

X C. Reginald Enock, F. R. G. S. _____

Miembro de la Real Sociedad Geográfica, autor de «The Andes and the Amazon», «Perú», «México», «The Secret of the Pacific», etc. _____

X ECUADOR _____



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Su Historia, antigua y moderna. Topografía y recursos naturales. Industrias y desarrollo social.

Traducido del inglés por Arturo Meneses Pallares. _____

NOTA PRELIMINAR

Para quienes se interesan por el conocimiento de la historia del país —dentro y fuera de sus límites geográficos— juzgamos de especial interés la publicación del libro escrito entre 1914 - 1919 por el destacado hombre de ciencia británico Mr. C. Reginald Enock, F. R. G. S. (1) acerca de nuestro país.

Este paciente y ordenado trabajo lleva un título escueto: ECUADOR. Pero, en resumen, comprende un detenido análisis de "su historia antigua y moderna. Topografía y recursos naturales. Industrias y desarrollo social".

El autor contempla, con certera visión, las singulares riquezas naturales que encierran los territorios de la República, muchas de ellas, inexplotadas hasta hoy.

Desde el aspecto prehistórico del Reino de Quito, hasta llegar al orden político, social y económico de los modernos tiempos, Mr. Enock estudia con mirada penetrante y respaldado por una amplia documentación bibliográfica, los orígenes y el desarrollo de la nacionalidad ecuatoriana.

Esta obra de evidente mérito histórico y geográfico, fué traducida al español por nuestro compatriota el Sr. Arturo Meneses Pallares, hace algún tiempo.

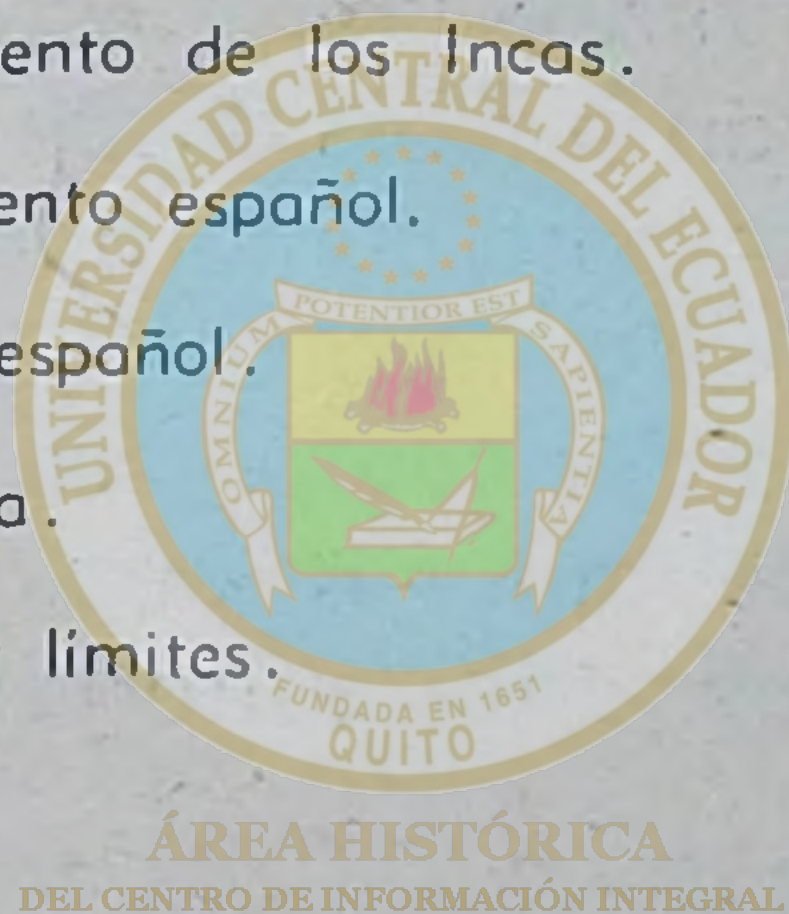
Ahora la ofrecemos, como una primicia, a los lectores de "ANALES".

H. A.

(1) Miembro de la Real Sociedad Geográfica. Autor de "The Andes and the Amazon".—"Perú".—"México". "The Secret of the Pacific", etc.

CONTENIDO

- CAPITULO I.—Ojeada General.
- CAPITULO II.—El Reino de Quito Prehistórico.
- CAPITULO III.—El advenimiento de los Incas.
- CAPITULO IV.—El advenimiento español.
- CAPITULO V.—El gobierno español.
- CAPITULO VI.—La República.
- CAPITULO VII.—Extensión y límites.
- CAPITULO VIII.—La Costa.
- CAPITULO IX.—Los ríos Guayas y Esmeraldas.
- CAPITULO X.—Los altos Andes y los volcanes.
- CAPITULO XI.—El Oriente Ecuatoriano.
- CAPITULO XII.—Clima, estaciones, patología.
- CAPITULO XIII.—Gobierno y división territorial.—Instrucción Pública.—Religión.
- CAPITULO XIV.—El pueblo ecuatoriano y sus razas.
- CAPITULO XV.—Principales ciudades del Ecuador.
- CAPITULO XVI.—Medios de comunicación: Ríos, caminos, ferrocarriles.
- CAPITULO XVII.—Historia natural.
- CAPITULO XVIII.—Las Islas de Galápagos.
- CAPITULO XIX.—Arqueología ecuatoriana.
- CAPITULO XX.—Agricultura y Ganadería.
- CAPITULO XXI.—Recursos minerales e industrias anexas.
- CAPITULO XXII.—Comercio, situación financiera, industrias.—Evolución social.



PREFACIO

Hasta aquí no se había publicado en inglés un libro lo suficientemente amplio acerca de la República del Ecuador. El presente volumen pretende llenar este vacío. El país, como se indicará, tiene gran interés desde varios puntos de vista, tanto para el comerciante como para el viajero y el lector común. Se ofrece este libro como un estudio de "geografía humana", dentro del campo respectivo, motivo básico de las varias obras del autor respecto a otras tierras, tanto en ésta como en otras series editoriales (1).

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

C. R. E.

Londres, 1914.

(1) Se refiere el autor a la colección de estudios sobre Sudamérica publicados por la Editorial Fisher Unwin de Londres, que comprende sus obras acerca del Perú, México y Ecuador.

CAPITULO I.—OJEADA GENERAL.

La República del Ecuador, si bien uno de los Estados menos conocidos de la América del Sur, en lo que respecta al resto del mundo, posee caracteres de marcado interés topográfico e histórico. En común con ciertas vecinas suyas en el continente meridional, especialmente aquellas que comparten con ella el interior montañoso y el litoral Pacífico de ese vasto territorio, la República está dotada de variados y extensos recursos naturales, cuyo desarrollo ha sufrido considerable demora, debido, sobre todo, a la distancia del país de los centros comerciales del mundo y a las agitadas circunstancias políticas que demasiado frecuentemente han sido fuente de desasosiego para la vida de sus habitantes. Empero, las corrientes económicas de orden internacional que laboran actualmente en el mundo se están dejando sentir aún en las más distantes comunidades de Sud América y el Ecuador indudablemente responderá, en igual medida, a estas influencias.

Geográficamente, y en lo que respecta a su topografía y condiciones naturales, el Ecuador incorpora una de las porciones más interesantes de la América del Sur. Dentro de su territorio, los Andes, una de las cordilleras más estuendas del mundo, alcanza su más alto desarrollo orográfico, en particular en lo que toca a la agrupación de sus volcanes. Estas grandes eminencias de la cordillera suramericana han sido apropiadamente descritas como uno de los más notables conjuntos de picos ciclópeos en el mundo, culminando sobre las nieves perpetuas. Nada puede sobrepasar a la majestuosa grandeza de la gran avenida de volca-

nes cubiertos de nieve, ya extinguidos o en actividad, que forma el camino a Quito y termina cerca del ecuador. El antiguo habitante de la tierra (cuya civilización fué forjada antes de la venida del viajero y del jinete español), el laborioso campesino de las serranías, el turista ocasional, todos han experimentado una admiración o un terror intensos en presencia de estas grandes montañas, pues, a decir verdad, más de una vez han sido amenazados o asolados por su actividad eruptiva.

Topográficamente, y en consecuencia climatológicamente, el Ecuador presenta contrastes bien marcados. Bajo llanuras perpetuamente cubiertas de hielo yacen valles fructíferos; el Invierno perenne reina sobre la Primavera perpetua; los frutos de los trópicos cuelgan a una distancia no mayor de un día de marcha de las formas botánicas Árticas, y los mares calientes de la zona tórrida bañan las costas ribereñas que ascienden, en suave declive, a los páramos helados.

En el mismo territorio, dentro de un campo de cuarenta leguas, aquel "dragón primigenio" el odioso lagarto en el ardiente limo de los ríos tropicales, y el boa constrictor de la jungla, dan lugar a las formas perfectas de ciervos o vicuñas de la altiplanicie y al majestuoso cóndor que traza círculos caprichosos sobre los bordes de volcanes revestidos de nieves eternas; desde los bellos cocoteros del Guayas a los humildes líquenes del helado Chimborazo, geográficamente hay apenas un paso.

El Ecuador ocupa aquella porción del continente sudamericano que se extiende más al oeste hacia el Océano Pacífico. Sobre la costa ecuatoriana, Francisco Pizarro, el renombrado conquistador del Perú, y sus compañeros supieron, por primera vez, la existencia de un gran imperio —el de los Incas— yacente allende los Andes, cuyas grises y distantes escarpas se levantaban como poderosa cortina entre ellos y la ignota civilización más allá: un imperio donde los utensilios hogareños se forjaban en oro, donde bellos templos y palacios de piedra se levantaban por doquier y donde florecía un bien concertado sistema social, superior, en muchos respectos, a cualquiera de los que ha producido el mundo.

Aún antes de la llegada de los Incas habitaba en el Ecuador un pueblo extraño, semi-civilizado: un pueblo que había llegado a sus costas en grandes balsas. De acuerdo con la tradición o la fábula estaba compuesto de gigantes; dejaron testimonio de sus artes en sillas de piedra de curiosa escultura sobre plataformas tumulares, ahora envueltas por la selva, y ascendieron a Quito para fundar la estable y culta nación shiri que precedió a las invasiones inca y española.

A través de estas agrestes regiones se abrió paso el fanático español, con una espada y una cruz para forjar de nuevo la historia en ese viejo mundo, quizás erróneamente llamado "nuevo". De Quito fueron aquellos intrépidos viajeros que descendiendo por las faldas orientales de los Andes se aventuraron sobre un gran río, el Napo, y en la eterna búsqueda de El Dorado salieron al Atlántico, después de haber navegado, por primera vez, las tres mil millas de su curso —viaje que en razón de sus riesgos y penalidades no tiene igual en la historia de la exploración interior. Sin embargo, como una suerte de compensación por las estupendas altiplanicies y la salvaje región amazónica, la naturaleza ha dotado al Ecuador del más hermoso y prolífico sistema fluvial en todo el trópico de América— el del Guayas y sus afluentes, que bordea una sección que provee al mercado mundial de la mayor parte de su cacao y chocolate y desemboca en el Océano Pacífico frente a Guayaquil.

El sistema fluvial del Guayas es el único grupo considerable de vías navegables y el golfo de Guayaquil la única gran dentelladura en todo el vasto litoral Pacífico de las Américas del Centro y del Sur y parte de la del Norte, en una extensión de varios miles de millas, detalle que da al Ecuador una marcada individualidad geográfica. El mundo tiene con los primitivos habitantes del Ecuador una deuda de gratitud, pues uno de sus productos más valiosos, la patata, obtenida por los indios a partir de la variedad silvestre, amarga, llamó la atención de los españoles por primera vez en Quito. Entre los dones de la América Latina al mundo (productos como el caucho, el chocolate, la quinina, la cocaína, etc.) la patata merece lugar muy especial.

La superficie del Ecuador presenta, en forma notable, la estructura peculiar y los atributos que caracterizan la to-

pografía del flanco occidental de Sur América de los cuales es copartícipe su vecino, el Perú. Hay tres regiones bien diferenciadas, y es necesario entenderlas para darse cuenta perfecta de la fisonomía general del país. La primera es la cis-Andina, litoral o costa, colocada entre el Océano Pacífico y el pie de los Andes; la segunda, la interandina, que abraza los flancos, mesetas y picos de la cordillera de los Andes; la tercera, la trasandina, forma la parte superior de la hoya amazónica. Cada una de estas divisiones presenta diferencias absolutas en lo que concierne al clima, la vegetación, aspecto general y aún su población humana. Si hubiese sido designio de la naturaleza construir un modelo gracias al cual pudiese exhibir, dentro de un contorno mensurable, los primores varios de su manufactura, tal propósito no podía haber tenido mejor realización que en la República del Ecuador.

Sobre las ardientes planicies de la costa, cubiertas en ciertos sitios por una densa vegetación y estériles en otros, yacen desoladas mesetas, coronadas por nieves perpetuas, no obstante su proximidad a la línea equinoccial. Se encuentran todas las condiciones de clima, todos los grados de la aridez o de la humedad. En el extremo superior de este modelo de climas y topografías prosperan las criaturas y la vegetación de los ambientes fríos, mientras en su base nutrida y densa, se agita esa vida fantástica y profusa, animal, vegetal y reptil, cuya morada es la selva impenetrable o el lodo perezoso de los arroyos tropicales. Análogamente se mueve el mundo vegetal, los frutos útiles para el hombre, cuyo cultivo sigue el compás del desarrollo de la civilización. La naranja, el banano, el cacao, el café y más productos dan lugar al trigo y a la patata, conforme se ganan más altas elevaciones. En cuanto al hombre, el pináculo de su civilización indígena tuvo asiento en la altiplanicie. Las tierras bajas le amenazaron con sus fiebres y sórdidas inclemencias, al paso que los bosques de la hoya amazónica dieron asilo sólo a desnudos salvajes a quienes la naturaleza primitiva brinda subsistencia.

La zona litoral ecuatoriana, está formada, en su mayor parte, de llanuras de poca elevación, producto, casi en su totalidad, de depósitos terciarios y cuaternarios, arenas aluviales, tierra y detritus arrastrados por la acción de las co-

rrientes que bajan de las montañas de la Cordillera. Difiere considerablemente de la región correspondiente en el Perú y el norte de Chile (extendiéndose más de 2.000 millas hacia el sur) por ser mucho más amplia, pues los Andes, en esta parte del continente, se levantan más lejos de la línea costanera. Se diferencia además por poseer numerosos ríos navegables que no existen en el litoral peruano, y por estar cubierta, en parte, por una densa vegetación, contrastando con la aridez de desierto que caracteriza a grandes porciones de las costas chilena y peruana. El litoral del Ecuador se extiende desde $1^{\circ}20'$ al norte del ecuador hasta la latitud $3^{\circ}14'$ al sur.

La estructura de la región alta del Ecuador se caracteriza por su sistema tectónico, de fisonomía marcada y muy particular. A grandes rasgos, comprende las dos grandes cadenas paralelas de los Andes conocidas respectivamente con los nombres de cordilleras oriental y occidental, situadas a una distancia de 20 a 50 millas la una de la otra, y unidas por contrafuertes o **nudos** (1), según expresión local. Este sistema se extiende en toda la extensión de la República, de norte a sur, un poco menos de 500 millas en total. En la mitad norte, el gran valle o serie de mesetas entre las dos cordilleras, donde se hallan los principales centros de población del altiplano, contempla a ambos lados elevados picachos, algunos de los cuales son volcanes muy activos. La altura media de las cordilleras de donde se levantan estas cumbres puede estimarse en 11.500 pies, y en algunos casos los picos alcanzan una altura de 19.000 pies. El valle longitudinal se halla situado a 8.250 pies sobre el nivel del mar. En este gran valle nacen numerosos ríos, a partir de las nieves y lluvias de las cordilleras, y abriéndose paso a través de profundos cañones encerrados entre ambas cadenas avanzan al Atlántico o al Pacífico. La posición de la línea divisoria de las aguas de la América del Sur, formada por los Andes, cerca de la costa del Pacífico, a todo lo largo del continente, presta a la estructura física del Ecuador un considerable interés. De ambas cordilleras se des-

(1) Todas las palabras en **bastardilla**, están en español en el original.—(N. del T.)

prenden estribaciones o ramales que descienden al Este y al Oeste, en el primer caso para morir en la planicie Amazónica, en el segundo al borde de la costa del Pacífico. En estas altitudes se encuentran cambios y contrastes sorprendentes, tal como ocurre en todos los países andinos y alpinos. Hay amenos vergeles y fértiles llanos bañados por transparentes arroyuelos, donde crecen la naranja y el arrayán, los cereales y más frutos necesarios para la vida de sus ocupantes humanos y el pastoreo del ganado, y en cuyos alrededores surgen ásperos e inclementes declives y yermos flancos, frente a los volcanes, de resultas de cuya actividad sobre vastos parajes se ha hecho la vida imposible. Gracias al ferrocarril de Guayaquil a Quito, una de las vías férreas más notables del mundo, para cuya construcción hubo que vencer grandes dificultades, son ahora más fácilmente accesibles el altiplano y los grandes nevados del Ecuador.

En el espinazo oriental de los Andes, desde las altas cimas y mesetas, no hay, desgraciadamente, tales medios de comunicación y en esta zona, en el Ecuador y el Perú, se revela lo que podría denominarse un mundo inacabado. El descenso es rápido. Del altiplano helado, sin árboles ni vegetación, excepto por la profusa hierba **ichu** y la maleza incipiente y enmarañada de las quebradas, el viajero penetra sin transición en parajes de riqueza arbórea en todo esplendor, en un clima húmedo y caluroso, a menudo revestido de sudarios de nieblas, los cuales yacen en embancamientos de curiosa forma en toda la extensión de los valles. A medida que se realiza el descenso aparecen, aquí y allá, grandes precipicios, viejos y grises, y otras veces recientes, donde los aludes, a causa de la acción de las grandes tempestades sobre los terrenos escarpados, han caído destrozándolo todo a su paso, para terminar más abajo, entre los árboles, donde se pueden ver sus restos. Sobre éstos prontamente vuelve a crecer una vegetación de arbustos, malezas y flores. La roca viva misma, puesta al descubierto por la caída, no permanece mucho tiempo desnuda. Centellantes cascadas saltan ágiles sobre márgenes vertiginosas, dejando flotar una densa llovizna sobre las copas de los árboles conforme caen en el fondo rocoso, pulido y simétrico por la acción de las aguas. A la vista se abren grandes grietas y profundas grutas, y en ocasiones el sendero al parecer im-

posible, se curva y zig-zaguea subiéndolo por este o aquel flanco de la cañada hasta coronar la cumbre, donde la mula jadeante y su jinete —siempre que el camino admita el paso de cabalgaduras, lo cual no es muy común— se detienen a descansar contemplando las dificultades de la ascensión. En estas zonas admirables se refocila la vista ante un paisaje irregular y caprichoso; por arriba surgen cimas y cumbres inaccesibles; por abajo grandes laberintos de follaje, y el misterio y la belleza salvaje del conjunto resarcen, en cierta medida, de las penalidades sufridas.

Hay mucho de interés en la hidrografía de los Andes. Los grandes manantiales que nacen entre las nieves de los Andes se destrenzan a lo largo de amplias mesetas a varias millas sobre el nivel del mar, recogiendo tributarios innumerables. Durante su curso atraviesan por desolados pueblos del altiplano, cuyas gentes, sencillas e ignorantes, pero fuertes y pacientes, arrancan su sustento a estas tierras adversas. Luego van a derramarse a la vera de los llanos, brotando, podría decirse, de la misma boca de los Andes; descienden, por fin, torrentosamente por los ásperos pretales de las cordilleras y en último término fertilizan y dan vida con sus aguas a suaves planicies y bosques tiernos, donde crecen todos los frutos de los trópicos. El sistema hidrográfico de las cordilleras, considerado como una gran máquina hidráulica que primero extrae el agua y luego la distribuye por gravitación, dondequiera que sea necesaria para la vida orgánica, es un fenómeno curioso y revelador.

La región oriental del Ecuador es similar, hasta cierto punto, a la parte norte de la faja litoral, como se apuntó antes, pero es menos montañosa. Bajo el pie de los Andes, donde los ríos que bajan tumultuosamente de las cordilleras permiten ya la navegación de canoas y buques, la fisonomía del país presenta enormes llanos cubiertos de árboles, interrumpidos solamente por pequeñas ondulaciones. Estos dilatados yermos que se extienden en toda la amplitud del Oriente Ecuatoriano y abrazan las montañas de Bolivia y el Perú, pasando a las selvas del Brasil, tienen un carácter peculiar que se graba en la mente del viajero. Es algo majestuoso en ciertos aspectos pero a veces se vuelve melancólico, sombrío y deprimente. No hay horizonte. La vista se halla aherrrojada por los árboles, cuyas verdes paredes bor-

dean los ríos hasta la misma ribera. No hay en el Oriente Ecuatoriano llanuras abiertas, de vegetación herbácea que permita la vista de las colinas distantes, tal como en las alturas, o como aquellas que en Colombia y Venezuela distinguen a las tierras bajas amazónicas de esos países. No obstante, para el naturalista, la riqueza de vida animal tiene un gran atractivo, aún en los bosques más sombríos.

El pueblo del Ecuador, según la descripción más completa que se encontrará más adelante, está compuesto de la raza española, los conquistadores y colonizadores originales, lo cual conserva en pequeño grado la pureza de sangre europea y en proporción varia, de acuerdo con la mezcla con la raza aborígen, ha dado lugar a otra, la **mestiza**, que es la que predomina en todas las Repúblicas montañosas de la América del Sur (como también en México). Esta constituye la raza típicamente ecuatoriana, y tiene igual carácter en el Perú, como estirpe latinoamericana (excepto en la Argentina y la región del Río de la Plata en general, donde el porcentaje indio es muy pequeño).

Por muchos respectos debe considerarse a esta raza como constitutiva de un pueblo fuerte e inteligente, bien que sujeta a muchas deficiencias como efecto de costumbres y medio ambiente. Las tribus propiamente salvajes del Ecuador, los **infieles**, habitan en la región amazónica, pues los habitantes de la altiplanicie han sido todos cristianizados.

El idioma oficial de la República ecuatoriana es el español o **castellano**. Sin embargo, la gran masa de la población, constituída por las clases que más se aproximan a la india, habla todavía la lengua quechua, la cual fué la del régimen Inca pre-hispánico. Tanto el español como el quechua son idiomas ricos y agradables, cualidades que se manifiestan en la terminología y nomenclatura topográficas. En este libro hemos conservado todas las palabras de esta naturaleza con el propósito de familiarizar al lector o al viajero con algo que es una parte inseparable de la atmósfera del país.

Para el viajero en busca de aventuras la porción de Sud-América que ocupa la República del Ecuador ofrece considerable atracción; algunos de los distritos orientales casi nunca han sido explorados y yacen en esa parte del continente que es la más remota e inaccesible. Del altiplano no

hay fáciles vías de comunicación con el Oriente; los primitivos senderos de mulas, sobre los cuales han pasado jinetes y bestias de carga desde la conquista, son los únicos medios de tránsito existentes. Desde Quito, el viajero puede seguir la ruta de Gonzalo Pizarro y Orellana, bajando por los flancos orientales de los Andes hasta la cebecera del río Napo, y embarcándose allí en una canoa o lancha a vapor para llegar hasta el Amazonas y así a la costa atlántica del Brasil.

En el Ecuador hay muchas riquezas inexploradas que aguardan mejores regímenes políticos y económicos y el desarrollo de un más culto sistema social; empero, antes de considerar estos aspectos, es necesario, dentro de la finalidad de este libro, bosquejar, a grandes rasgos, la historia de este país.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

CAPITULO II.—EL REINO DE QUITO PREHISTORICO.

La historia del Ecuador, en su época antigua, es en gran parte el relato de la conquista de aquel territorio misterioso, primeramente conocido por los europeos con el nombre de "Perú", tierra yacente al sur de Panamá. Mas la historia de esta región, si bien hasta cierto punto vaga e indefinida, se remonta mucho más atrás de la hora del desembarco de Pizarro en la inhospitalaria costa de Tumbez y se esfuma en las tradiciones semi-fabulosas de los Incas, milenarias en el tiempo. De la historia a la Arqueología del Ecuador y el Perú, el investigador se ve trasladado a tiempos todavía más remotos, acaso contemporáneos con el Egipto y Babilonia antiguos. Entonces, aún sobre esta costa de América distante e inaccesible, la inteligencia del hombre erigía templos y expandía sus leyes.

Hace muy pocos años que se tiene algún conocimiento detallado respecto al pueblo antiguo en la costa ecuatoriana y los objetos legados por ellos en la época pre-hispánica. Hasta años recientes (1) muy poco se había estudiado arqueológicamente la costa occidental de la América del Sur, en esa parte que se extiende al Norte del Perú, desde el golfo de Guayaquil hasta Panamá, o sea el litoral del Ecuador y Colombia. La misma ignorancia prevalecía, en

(1) Véase el Capítulo que trata de las antigüedades del Ecuador.

gran parte, en lo tocante a la región interandina de ambos países.

En la República de Colombia, el área cultural de los Chibchas, se encuentra un pueblo muy importante, cuya descripción compete más a este país que al Ecuador, y el de los Quimbayas, con rastros de otras culturas autónomas. Bogotá fué el centro del foco Chibcha, y de otros, Cali y Popayán. Parecería que las densas y húmedas florestas de Darien y Panamá sirvieron de barrera entre Sud América y el área cultural chiriqui de Costa Rica y Panamá, pero se sabe que los Mayas de México enviaban, de tiempo en tiempo, colonias que llegaron hasta la costa occidental de la América Central, y se han encontrado restos de sus poblados hasta en las inmediaciones mismas de la laguna de Chiriqui. Todas estas regiones se hallaban entre la amplia área de cultura de los Mayas y aztecas de Yucatán y México al norte, y la de los Incas del Perú al sur. Apenas parece que hubo conexión entre estas dos antiguas civilizaciones del norte y el sur de América, aunque posteriores estudios arqueológicos pueden determinar relaciones de mayor consideración. Los mitos y relatos de migraciones parecen indicar lazos de esta clase, así como también ciertos detalles arqueológicos. Es muy razonable pensar que ciertas tribus errantes de México y el Perú hubieran encontrado una vía a través del istmo de Panamá, la estrecha garganta que une a los continentes gemelos, cruzando, naturalmente, por donde la línea del canal de Panamá divide ahora el istmo. Estaría fuera del alcance de este libro describir en detalle todas las teorías acerca del origen de las culturas pre-colombinas de América. No se puede afirmar ni negar dogmáticamente si estas culturas fueron autóctonas, si el resultado de la evolución natural del hombre en su ambiente, merced a la adaptación al medio, o de origen extranjero. No hay ninguna razón para negar la posibilidad de antiguas relaciones con el Asia, merced a la llegada de juncos veleros desde la China, o por emigración a través del estrecho de Behring, donde es posible divisar desde la costa de uno de los continentes la del otro. Hay una variedad de pruebas que fundamentan la hipótesis de una cultura importada en los tiempos pre-hispánicos, bien que razones de igual peso sostienen la tesis contraria. El problema, en conjunto, tiene

un enorme interés (1). De todas maneras ha quedado prácticamente establecido que Norte y Sur América estuvieron habitadas originalmente por la raza mongólica. Se advierte, frecuentemente, gran analogía entre la raza cobriza americana y la mongoloide.

A la época de su obscuridad prehistórica el Ecuador estaba poblado por una cantidad de tribus en diferentes grados de cultura y con diversas lenguas. Velasco, el principal historiador y geógrafo del reino de Quito, ha dejado una enumeración de estos aborígenes primitivos, material que ha servido a investigadores más recientes. Parece que se agrupaban en "estados independientes" y "tribus" o "provincias principales". Estos estados, según la re-ordenación de Wolf (2), comenzando al norte en la provincia del Carchi, hasta Loja, en la frontera con el Perú, fueron los siguientes:

Huaca, Dehuaca y Tusa, 3 pequeños Estados unitarios; Pimampiro, un Estado de tamaño mediano compuesto de 4 tribus; Imbaya, gran Estado, con 8 tribus; Otavalo, grande, 7 tribus; Cayambe, grande, 3 tribus; Poritaco, Collahuaso y Lingachi, 3 pequeños Estados cerca de Quito, compuestos de muy pocas tribus; Quito, grande, con 34 tribus; Latacunga, grande, con 15 tribus; Angamarca, mediano, Colorados y Yungas; Ambato, pequeño, 4 tribus; Mocha, mediano, 5 tribus; Puruhá, grande, 30 tribus; Chimbo, mediano, 5 tribus; Tiquizambi (o Tixán) pequeño, 3 tribus; Lausí (o Alausí), mediano, 8 tribus; Cañar, grande, 25 tribus; Paltas, pequeño, 3 tribus; Zara, grande, 13 tribus.

Los anteriores vivieron en la región alta del Ecuador. Los que siguen, en la baja o marítima:

Tumbez y Mayavilca, 2 pequeñas confederaciones; Ponceos y Machala, 2 pequeños Estados; Lapuna, en la isla del mismo nombre; Guancavilcas, grande, 17 tribus; Manta, grande, 10 tribus; Cara, grande, 8 tribus; Tacames o Atacames, 13 tribus.

En la región oriental: Jaenes, con 10 tribus; Pacamo-

(1). Wolf, **Ecuador**, Leipsic, 1892 (Español y Alemán).

(2) El autor discute detenidamente este asunto en su libro "**El Secreto del Pacífico**". T. Fisher Unwin.

res con 12 tribus; Yaguarzongos, con 12 tribus; Jíbaros, 13 tribus; Huamboyas, 2 tribus; Macas, 8 tribus; Quijos (o Canelos) 5 tribus; Cofanes, 5 tribus; Sucumbíos, 5 tribus; Mochoas, 5 tribus. Además, Velasco en su lista de naciones indias de las misiones del Marañón enumera 43 naciones con 130 tribus y 20 naciones "dudosas". En total el número de naciones que cita Velasco llega a 100, y, de acuerdo con esta autoridad, cada una tenía su lenguaje independiente con un total de más de 430 tribus, todas con dialectos distintos. Así pues dentro de la extensión del Ecuador preincaico se puede decir que existía una verdadera Babel, un caos lingüístico y étnico posiblemente sin igual. Bien que probablemente muchas de estas diferencias habrían desaparecido con una observación más atenta y se basaban, en parte, en informes indios, no dignos de mucha confianza. Por lo demás la enumeración de Velasco se refería, indudablemente, y en su mayor parte, a meros **pueblos**, dignificados por el historiador con el nombre de "naciones". También se ha suscitado cierta confusión por la mezcla ortográfica de los nombres Caras y Quichuas. Sin embargo los varios distritos quedan diferenciados con cierta nitidez y precisión por los nombres geográficos puestos por los mismos indios, los cuales son muy significativos. Se nota, por ejemplo, que la terminación **bi** o **pi** significa "agua" o "río", equivalente del quichua **yacu**; el primer vocablo fué corriente entre los indios Cayapas de Esmeraldas. El quechua, el gran idioma de los Andes, fué desconocido entre los Caras, habiendo sido introducido por los Incas.

Se asevera que en esa época la nación de los Quitus no se distinguía mayormente de las que le circundaban ni por espíritu de empresa o más avanzada civilización. A decir verdad constituía una de las naciones más populosas de entonces, pero otras, y especialmente la de los Cañaris, le sobrepasaba en varios de los ramos de la cultura, tal como nos ha sido revelado por sus restos arqueológicos (1). Quito requería algún impulso del exterior para lograr la grandeza que alcanzó después, y tal incitación advino con la conquista de Quito por los Caras.

(1) González Suárez, "Estudio histórico sobre los Cañaris, Quito, 1878.

De los asentos de población más antiguos en la costa ecuatoriana es muy poco lo que se sabe. Del único pueblo del que se tienen datos concretos es del de los Caras, los cuales formaban una agrupación que se distinguía entre el resto de las aborígenes. En razón de esta diferencia se aduce que los Caras fueron un grupo invasor o inmigrante, que llegaron por mar en grandes balsas, en una época no muy remota, posiblemente durante el siglo sexto o séptimo de la Era Cristiana. En inteligencia y cultura eran superiores a los nativos; belicosos y conquistadores, rápidamente se apoderaron del territorio habitado por los bárbaros de la región. Su teatro de operaciones inicial fué Manabí, de la bahía de Caraquez a Manta, y se afirma que fundaron una ciudad en este último lugar. De allí gradualmente extendieron sus actividades a otras partes. No obstante, la historia de los Caras está envuelta en la obscuridad y la especulación y su migración es incierta. Lo único que se sabe es que abandonaron las costas de Manabí, estableciéndose, poco a poco, en Atacames y Esmeraldas en el norte, y en el interior, siguiendo los ríos hasta las vecindades de Quito. De acuerdo con Velasco esta migración tuvo por objeto el eludir la insalubridad del clima, pero como quiera que los parajes, lugar de su habitación original, son de clima saludable, y los que ocuparon después, florestas y bosques, todo lo contrario, se trata indudablemente de un error, y la verdadera razón de su movimiento migratorio fué probablemente su carácter nómade y aventurero. Posiblemente un grupo de los Caras debió haberse quedado en Manabí. Velasco y otros tratadistas afirman que el viaje a Quito se hizo siguiendo el valle del río Esmeraldas, cuya corriente ascendieron navegando en **balsas**. Los nombres geográficos que han quedado sirven de indicio para la determinación de sus residencias. Más o menos hasta el año mil permanecieron los Caras en posesión de la comarca quiteña, y data de ese tiempo la preminencia y esplendor de Quito. En lo tocante a los tres primeros siglos de este régimen hasta 1.300 se desconocen los datos cronológicos exactos.

Velasco, el historiador ecuatoriano cuyos escritos se remontan a 1789 y quien defendió a sus compatriotas de los ataques literarios de ciertos escritores europeos, afirma que con anterioridad a la ascensión por el río Esmeraldas los Ca-

ras permanecieron 200 años en la costa, tiempo durante el cual fueron súbditos de 8 soberanos sucesivos. Su conquista de los Quitus tuvo lugar en el año 980 de la Era Cristiana. Los Caras-Shiris adoraban al sol y a la luna, y construyeron un templo dedicado al rito del sol en las cercanías de Quito, en la colina que se conoce ahora con el nombre de Panecillo. En una descripción de la puerta oriental de este templo se cuenta que "tenía dos altas columnas al frente, que servían para la determinación de los solsticios, y doce pilares a un costado del templo, como gnomos, indicando, por su orden de colocación, cada uno de los días del mes". De esta manera seguía este pueblo el rudimentario sistema astronómico que hubieron de usar los Incas tan considerablemente. Sobre una altura adyacente se levantaba un templo a la luna. Sus tumbas eran construcciones funerarias abovedadas, erigidas con tierra y piedras en forma de montículos llamados **tolas**. Los shiris no tuvieron gran conocimiento de la arquitectura, arte que fué patrimonio admirable de los Incas, pero labraban excelentemente la piedra. En su toca caudal el rey shiri llevaba una gran esmeralda como signo de autoridad. Sus conquistas las hicieron principalmente en el norte, y en esos lugares construyeron fuertes circundados de villorios, donde contaban con guarniciones estables. Se considera a los escritos del padre Velasco algo defectuosos por su excesiva credulidad (1). Velasco fué un sacerdote jesuíta y cuando su orden fué expulsada de la América del Sur se retiró a Italia, lugar en el que escribió su libro, usando como material para su obra en gran parte manuscritos inéditos. La historia antigua del Ecuador tiene, sin embargo, el apoyo de otros escritores y descansa sobre bases suficientemente sólidas. Los objetos antiguos encontrados en la costa, especialmente las notables sillas de piedra esculpida y otros vestigios menores, atestiguan la habilidad muy desarrollada de un pueblo que vivió con gran anterioridad a la venida de los Incas.

Los emperadores de Quito ostentaban el título general de Caran-shiris. Se desconocen los nombres distintivos de los primeros diez u once caciques de esta dinastía. Gradual-

(1) Según Prescott.

mente estos soberanos extendieron sus dominios sobre un territorio considerable, el cual comprendía, en la región interandina, hasta la región que ahora forma Colombia, la provincia de Pasto, y en el Sur hasta la provincia de Puruhá, cerca de Mocha (Ecuador). La gran tradición del último y más esplendoroso período de los shiris, el que duró alrededor de 150 años, comenzó con la conquista pacífica de la importante provincia del Puruhá, y en rigor puede decirse que la geografía y la historia política del Ecuador se inician en esa época.

Según un juicio y dudosa conjetura de Velasco, a principios de la Era Cristiana las sabanas litorales fueron "invadidas por gigantes". Bandelier, sin embargo, sitúa la invasión en el siglo XV, rigiéndose por un manuscrito inédito de Gutiérrez, bien que tal opinión carece del apoyo de otras autoridades. De todas maneras son muy interesantes las referencias de los viejos escritores españoles en lo que atañe a estos supuestos gigantes. Según la tradición, los gigantes pisaron tierra ecuatoriana en la Punta de Santa Elena (la cual penetra en el Océano Pacífico, formando la máxima extremidad occidental del continente ecuatoriano), viajeros en **balsas** o embarcaciones de gran tamaño. Entonces vivían en la costa los Caras. Esta tradición, acogida universalmente entre los indios a la época de la conquista española, consta en todos los escritores. Los botes o **balsas** del pueblo nativo del Ecuador estaban formados de cañas atadas entre sí, y a veces de madera de balsa. En el relato que hace Diego de Almagro en la **Relación de los primeros descubrimientos de Francisco Pizarro y Diego de Almagro**, Ruiz, piloto de Pizarro, describe estas embarcaciones, una de las cuales fué capturada por la expedición. Las describiremos posteriormente.

Hablando de los gigantes, Zárate dice: "Cerca de Sta. Elena (1) hay ciertas venas que se extienden hacia el mar, las cuales contienen betún de apariencia de alquitrán, y los indios dicen que gigantes de gran estatura habitaron la isla en este punto, los cuales eran 4 veces más grandes que un hombre. No cuentan de dónde vinieron éstos, pero dicen

(1) Ahora centro de producción petrolera.

que comían peces y eran grandes pescadores, y viajaban en balsas, cada uno en la suya, porque no había sitio para más. Devoraban indios, treinta y dos cada uno, y vivían desnudos, y eran muy crueles para matar a los indios". Zárate afirma además, que los españoles "vieron dos macizas figuras esculpidas de estos gigantes, un hombre y una mujer", y que "los indios guardaban y se transmitían de padres a hijos muchos detalles respecto a los gigantes, especialmente en lo que hacía a su fin, el que ocurrió por la venida del cielo de un joven brillante como el sol, el cual obligó a los gigantes a refugiarse en un valle, y los mató con llamas de fuego, cuyas marcas todavía pueden verse en las rocas". Los españoles prestaron poco oído a estas historias "hasta que el capitán Juan de Olmos, de Trujillo, Gobernador de Puerto Rico, habiendo oído noticias de ellos, en 1543 hizo hacer excavaciones en el valle, quedando a la vista enormes huesos y costillas que si no hubieran aparecido con cabezas difícil habría sido creer que fueran de seres humanos". De esta tradición de los gigantes ha quedado constancia en los **quipos**, sistema mnemónico a base de cuerdas de los antiguos peruanos. Otro escritor, Bollaert, registra la tradición concerniente al abandono de la región costanera de parte de los Caras y la explica por razón del advenimiento de los gigantes, los cuales llegaban en flotillas de asedio. La tradición relata además que los gigantes se apoderaron de las mujeres Caras y mataron a los varones, y se añade que Pizarro debió haber visto estatuas de piedra de ocho pies de alto, con mitras y otras insignias, las cuales representaban a las monstruosas criaturas que habían sido aniquiladas por la cólera divina, y además grandes ruinas atribuidas a los gigantes, y muros elevadísimos. La aserción de Zárate de que los españoles vieron estas esculturas ciclópeas, según lo conjetura Bandelier, pudo haberse originado en la existencia de las grandes sillas o bancos de piedra de Manabí, una de las antigüedades más notables que tiene el Ecuador. Estos grandes asientos tienen esculpidos en sus bases figuras humanas y animales y se encuentran exclusivamente en la citada provincia ecuatoriana. Es extraordinario que los primeros españoles no hubieren hecho mención de estas curiosas sillas de piedra, las cuales no se encuentran entre las antigüedades de ninguna otra parte de las Américas. Los huesos

enormes que los indios supusieron pertenecían a los gigantes, eran fragmentos de esqueletos de mastodontes, de los cuales se ha encontrado una gran cantidad en varios lugares del Ecuador y el Perú, incluso en Sta. Elena. Indudablemente el mito del desembarco de los gigantes en Sta. Elena pudo haber tenido su raíz en el pasado remoto por el advenimiento de alguna suerte de gentes guerreras en embarcaciones de clase especial. La tradición de tales incursiones en la costa Pacífica, tanto en México como en el Perú, demuestra que pudo haber contacto con el mundo exterior mucho antes del descubrimiento de América por Colón. La fábula y la arqueología están extrañamente entremezcladas en la doctrina histórica de la América occidental. Los formidables colosos de piedra, algunos de más de 75 pies de altura que se encuentran en la Isla de Pascua (perteneciente a Chile), según la fábula representan "perversos gigantes antes del Diluvio".

Con la muerte del onceavo shiri llegó a su fin la línea masculina de los Caras. La legislación shiri prohibía el advenimiento al trono de una mujer, única hija del soberano. Mas la ley fué abrogada y en su lugar se dictó otra, la cual regulaba que a falta de un heredero podría reinar una mujer en compañía de un príncipe que ella tendría que elegir como consorte. Esta disposición fué bien recibida por el pueblo y la princesa Tota contrajo matrimonio con el primogénito del Cacique Duchicela. De esta manera el shiri de Quito logró a la vez una alianza y un heredero habiéndose ampliado el imperio con la adquisición de Puruhá, rico territorio que siempre había resistido la asimilación. El shiri murió en el año 1300 y su sucesor, el shriri XII, reinó pacíficamente durante 70 años, habiendo muerto centenario. Después de él ocupó el trono su hijo, el shiri XII quien reinó también pacíficamente por un período de 60 años; en esta época el imperio se extendió grandemente hacia el sur con la anexión de Huancabamba, Piura y Paita, merced a alianzas y tratados. Fueron incorporados en el imperio de los Cañaris, los Paltas, los Zargas y algunos Estados marítimos. Indudablemente algunos de los pequeños Estados buscaban la alianza con los más poderosos por motivos de defensa, en vista de la amenaza del gran imperio Inca en el sur, cuyo creciente poder había llegado muy lejos y ha-

bía alarmado gran parte del continente sud-americano. El sistema de conquista de los Shiris de Quito era completamente distinto al de los Incas. Estos últimos seguían un sistema de centralización, consolidando sus conquistas merced a la introducción de sus propias creencias religiosas, leyes, costumbres e idioma y estableciendo en las provincias sometidas autoridades civiles y militares. Los Quitos se contentaban con un simple tratado de alianza, con un pequeño tributo, es decir una especie de confederación, pero dejaban siempre a las provincias asociadas sus propios gobernadores indígenas, idiomas y costumbres. Este sistema que convenía bien con el carácter anti-social propio de las tribus americanas no era fuente de fortaleza en tiempo de guerra. Al Shiri XIV le tocó en suerte una guerra de éstas. Había tomado el poder en 1430 y de su régimen de 33 años tan sólo 20 fueron pacíficos. El nombre de este soberano fué Hualcopo Duchicela. En esa época el reino de Quito, que había gozado de una paz ininterrumpida por 150 años, abarcaba en realidad el mismo territorio que la actual República del Ecuador, quizá con la excepción de la región ultra-andina, o faja forestal amazónica. Las naciones de las laderas del Pacífico se le habían sometido o eran sus aliados, y su monarquía era la única en Sud-América que rivalizaba con el imperio incásico, tanto en extensión como por el número de sus gentes y el grado de civilización, en ese período.

Asunto de difícil investigación es aquel que se refiere al sistema merced al cual los Shiris alcanzaron su alto nivel cultural. ¿Se debió a la influencia extranjera o fué un desarrollo natural? Se trata seguramente de un proceso igual al que cimentó la vida de los incas. Todavía no se ha precisado si estos últimos debieron el impulso hacia mejores formas de gobierno, vida cívica y el desarrollo de sus artes y oficios, que fueron suyos de manera tan notable, al ímpetu de fuera y al contacto primordial con el Viejo Mundo o si fué un proceso autóctono y natural, nacido en su propio suelo. Igual situación tuvo el pueblo de Quito. Sin embargo se sabe que los Caras, al parecer los causantes de esta incitación, eran superiores a las tribus aborígenes al tiempo de su advenimiento: tuvieron mayor amplitud espiritual, un carácter noble e inteligente, gran espíritu de empresa y

conocimiento superior de las artes de gobierno, la guerra y la paz. Su origen es un misterio. Empero, penetraron como un fermento en el pequeño Reino de Quito y en la masa inerte de las naciones y tribus circundantes de la puna y al parecer estaban poseídos de la misión de civilizar y desenvolver el atrasado elemento humano con el cual se encontraron en contacto. Siempre alertas, persiguieron medios metódicos de perfeccionamiento y fueron, además, favorecidos por una serie continua de éxitos. Añádase a esto el medio ambiente favorable, la poderosa influencia del clima sano y vigorizador de las mesetas serranas y un suelo que respondió a la labranza y permitió el establecimiento de habitaciones estables y se verá que todo esto arguye en favor de un desarrollo natural. En tal forma las condiciones físicas y morales que circundaron a los Shiris por más de 400 años fueron muy parecidas a las que gozaron los Incas, no menos famosos. (1)

Mas tocaba ya a su término el floreciente Estado de Quito, y los Incas hubieron de ser los agentes de su caída. Amplio como era el continente, la ley de la polaridad negaba sitio para dos monarquías sobre su suelo, y durante la postrera mitad del gobierno de Hualcopo Duchicela, el Imperio Shiri, el viejo Reino de Quito, dió las primeras señales de decadencia.

Los historiadores ecuatorianos han prestado considerable atención a la historia del pre-incario de su país, y, en búsqueda de mayor información pueden consultarse sus obras (en español). Ahora nos toca considerar el advenimiento del invasor Inca.

(1) Véase *El Perú* por el mismo autor (segunda edición).

CAPITULO III.—EL ADVENIMIENTO DE LOS INCAS.

La historia de los Incas, y el conocimiento fragmentario que existe respecto a sus predecesores, el "pueblo Andino", (como puede denominárselo), pertenece más propiamente a la historia del Perú que a la del Ecuador. Los primeros pasos en la historia de este pueblo admirable, los Incas, yace en la aurora gris del mito y de la fábula, mientras los hechos de sus predecesores, de los cuales, sin lugar a dudas, heredaron los principios de su civilización, han quedado archivados tan sólo en los muros ruinosos de las estructuras pétreas que dejaron en el altiplano andino y en sus cacharos y tejidos textiles, a menudo de hermosa manufactura, descubiertos en sus monumentos funerarios. De otra suerte su historia es un libro sellado. El principal monumento del "pueblo de los Andes" es el umbral monolítico esculpido en las ruinas de Tiahuanako, en Bolivia, cerca del lago Titicaca, pero hay otros restos dispersos en todo el Perú. De allí en adelante se puede ya separar la obra propia de los Incas. No es finalidad dentro del plan de este trabajo el análisis de la admirable civilización incásica, sus leyes, templos e industrias.

Los Incas del Perú, cuyo poder e influencia habían llegado a gran altura comenzaron a mirar con envidia la floreciente nación shiri. Siempre había sido política del Inca extender las fronteras de su imperio, y en 1450, bajo el cetro del gran emperador Inca Tupac Yupanqui, el onceavo de la dinastía, la idea de la conquista nortea o "rectificación" de la frontera se cristalizó en acción por primera vez. Las primeras operaciones a raíz del impulso inicial fueron

sobradamente fáciles. La debilidad de la federación en contraste con el sistema central del gobierno shiri, contribuyó para este resultado. Las provincias sureñas del imperio de Quito fueron conquistadas por las fuerzas de los Incas, bajo el mando de Tupac Yupanqui sin derramamiento de sangre, y merced a las seductoras promesas de los conquistadores, de acuerdo con su política usual en estos casos, estos Estados aceptaron un tratado de paz y amistad. Las primeras noticias de la invasión extranjera llegaron a Quito simultáneamente con las nuevas de la defección de los Estados fronterizos y algunos de los marítimos. Al mismo tiempo estos Estados habían enviado sus embajadores a Huancabamba, ofreciendo amistad y alianza a los Incas, los cuales, ipso facto, replicaron destacando gobernadores, capitanes, y sacerdotes para instruir a estas nuevas provincias del imperio en sus flamantes obligaciones como súbditos. Los Incas redoblaron este fácil triunfo con una acción inmediata: marcharon, victoriosos, por las grandes provincias de Zara, Paltas y Cañar, y se detuvieron tan sólo en la base sur del nudo montañoso del Azuay, en el pleno portal de entrada al antiguo reino de los Shiris.

Debe recordarse, al dejar constancia de este rápido avance y resuelta voluntad, que los Incas estaban dominados no sólo por la fiebre de conquista sino por el fanatismo religioso. Los Incas, según su propia creencia, eran "hijos del Sol". Considerábanse los escogidos, mensajeros del cielo para civilizar la tierra y propagar el culto de su padre, el Sol. En su opinión eran hombres-dioses, la familia reinante de fabuloso origen, y desobedecerlos era rechazar los benévolos atributos que impulsaban sus acciones e incurrir en su cólera, semi-divina. El reino de Quito no estaba en condiciones de defender su patrimonio contra tan insólito ataque. Los hombres y los ejércitos bajo su mando se hallaban desorganizados, y lejos de pretender la reconquista de lo previamente tomado, su único interés era defender lo que restaba. Tupac Yupanqui, sin embargo, se dilató dos años en Cañar, construyendo palacios, fortalezas y templos, según la usanza incásica, estableciendo una firme base de operaciones y reclutando su ejército entre los nuevos aliados, bajo la conjetura de que, al otro lado del Azuay, su tarea sería harto

menos fácil, pues habría que hacer frente a los fieles vasallos del verdadero reino de los Shiris.

La conquista de la provincia del Cañari fué una de las grandes hazañas del Inca Tupac Yupanqui, cuyas actividades tendientes a la reducción de otras naciones vecinas para incorporarlas al imperio Inca le destacaban sobre todos sus predecesores. La conquista del Cañar se llevó a cabo después del sometimiento de Huanaco, lugar donde los Incas construyeron enormes estructuras de piedra (1). Entre ellas un palacio, un templo para el culto del Sol con hermosos umbrales de piedra tallada y una ciudadela de edificios redondos y cuadrados que se extendía sobre una llanura inmensa. El conjunto, aún ahora, forma un grupo típico y muy poco conocido de construcciones incásicas, y se levanta a más de 11.000 pies sobre el nivel del mar.

En el camino a Cañar, Tupac conquistó la provincia de Paltas y de acuerdo con Cieza de León, posteriormente trasplantó los deliciosos frutos **palta** (aguacates) productos de esa sección, a un valle cálido, cerca del Cuzco, la capital del imperio. Los Incas se preocupaban mucho de estas actividades. Al sur de Huanaco habían conquistado un lugar llamado Papamarca, "pueblo de las patatas", llamado así por la abundancia y tamaño de este tubérculo en aquel punto. Las obras de mejoramiento eran muy valiosas para la vida del Imperio y en todas las regiones invadidas los Incas hicieron construir canales de regadío, bancales de cultivo y dieron gran impulso a la Agricultura y más medios de vida de los aborígenes, redimiéndoles, de tal suerte, de su estado anterior, mucho más primitivo. No debe sorprender, por tanto, el que estas tribus hubieran aceptado con tanta presteza el dominio de los Incas. Los indios Paltas tenían la curiosa costumbre de atar dos tablillas a ambos lados del cráneo de los niños de tierna edad, y ajustándola día a día, hasta que el niño hubiera cumplido los 3 años, lograban modificar, alargándola, la forma de la cabeza. Esta horrible costumbre dió origen, posteriormente, a un término de oprobio, "Cabeza de Palta" o "cabeza aplastada" aplicado a aquellos indios en los cuales aparecía más alar-

(1) Visitadas por el autor y descritas ante la Sociedad Geográfica Real.

gada que de ordinario. Los Cañaris, aunque al principio reacios al yugo del Inca, finalmente se sometieron a él. El pueblo cañari adoraba a la Luna, los árboles y las piedras preciosas (el jaspe), pero aceptó el culto inca del Sol. El Inca favoreció a esta provincia con mucha munificencia construyendo palacios con oro y plata, cuyas puertas "tenían incrustaciones de oro engastadas de esmeraldas", y Tupac especialmente implantó aquí las beneficiosas leyes incas. Según relata Cieza de León se trajeron ricas vestiduras y copas de oro fino, y las piedras para la construcción de los palacios fueron transportadas desde el Cuzco, la capital incásica del Perú, situada a gran distancia. Estas piedras eran objeto de veneración y se consideraba como un privilegio especial el que fueran traídas del Cuzco. Los indios "con el fin de gozar de tales honores no daban mayor importancia al acarreo de las piedras por un camino tan largo y fatigoso, cuya longitud debe sobrepasar de cuatrocientas leguas, y tan accidentado que tan sólo quien haya viajado por él puede atestiguar su existencia" (1). Sea esto cierto o nó, el carácter del aborigen andino es de tal índice que muy fácilmente debió prestarse a estas labores. Tupac Yupanqui, habiendo arreglado los asuntos de gobierno en Cañari, retornó al Cuzco para atender a las nuevas urgencias en la capital imperial. Muy pronto, sin embargo, su espíritu de conquista pudo más que él y reiniciada la vuelta prosiguió conquistando pequeñas tribus y estableciendo su gobierno. Las provincias marítimas bajo la égida de Quito, especialmente la de los Huancavilcas, enviaron embajadores a Tupac Yupanqui, como ya lo dijimos, solicitando el suave gobierno del Inca y sus instituciones. Con este fin fueron destacados varios capitanes, portadores de obsequios y benévolas instrucciones. De acuerdo con los escritores iberos, Tupac Yupanqui en persona marchó a la tierra de los Huancavilcas, donde vió por primera vez el mar, en las costas de Guayaquil, y luego de coleccionar una gran flota de balsas zarpó con viento propicio. Se dice que los indios descubrieron dos islas en los Mares del Sur. Es posible, aun-

(1) El autor, que conoce bien ciertas secciones de este "camino" puede dar fé de su inaccesibilidad.

que no probable, que éstas hayan sido las Islas de Galápagos. Los nativos huancavilcas sorprendentemente se mostraron traidores, matando a los capitanes e instructores. Tupac supo esto, mas prefirió disimular, pues por entonces le habría sido difícil castigar a los ofensores.

El Inca volvió otra vez al Cuzco, pero después de un tiempo, nuevamente partió a la conquista de Quito con un ejército de 4.000 hombres que reunió en Tumipampa. Hualcopo, el rey shiri, aprovechando la demora, había fortificado parte de la provincia del Puruhá y los pequeños estados de Tiquizambi y Alausí que se extendían hasta la base norteña del Azuay. Tan pronto como Tupac Yupanqui con su ejército hubo pasado esta montaña, el soberano inca hizo las propuestas usuales de paz y amistad, bajo promesa de sometimiento, pero Hualcopo las rechazó con indignación.

El valor personal del shiri y sus súbditos fué estéril. Tampoco pudo impedir la marcha de los incas el territorio alto y recortado de esta frontera, ni detener su avance las profundas gargantas y ríos que nacen en esta bifurcación fluvial del continente Sudamericano. De estos ríos algunos corren hacia el Este a unirse con el Marañón y el Amazonas en camino al Atlántico; otros hacia el Oeste, en dirección al Pacífico. Los incas estaban bien acostumbrados al terreno accidentado, el que, en realidad, era similar al de su ambiente nativo. Las nieves del Chimborazo y del Sangay que tenían frente a sí eran tan sólo una repetición de sus cimas nevadas y aherrrojadas por los hielos. La resistencia pertinaz de las tropas del shiri, al mando de su general Epiclachima, hermano del rey, no prevaleció frente a los experimentados veteranos del Sol y después de varios encuentros sangrientos cayeron los estados de Alausí y Tiquizambi. Las fuerzas de Quito se retiraron a los **páramos** del nudo de Tiocajas, entre Tixán y Guamote, con el fin de alistarse para la batalla definitiva.

Tupac Yupanqui, viendo que la conquista de Quito sería ardua y dilatada, mandó a traer a su hijo y heredero Huayna Capac, para que adquiriese experiencia en el arte de la guerra. Este príncipe desde su niñez había dado pruebas de grandes talentos y de real magnanimidad. Su propio nombre significaba "el que desde la infancia ha sido

rico en proezas magnánimas". La palabra "Capac", sinónima de grandeza de alma y expresiva de las cualidades peculiares de los incas, sirvió para calificar a los jefes de esta notable dinastía desde su fundador, Manco Capac, en adelante. Una de las virtudes especiales de Huayna Capac, como príncipe y como monarca, y por la cual le veneraban los indios era no rehusar jamás la petición de una mujer, cualquiera que fuere su rango, edad o condición. Cualidad ésta que influyó en algunas de sus acciones posteriores.

La mala fortuna siguió afligiendo al pueblo de Quito en Tiocajas. Después de tres meses de escaramuzas en los alrededores de la fortaleza, los incas les infligieron una severa derrota, en la cual murió el valiente Epiclachima con 16.000 de sus soldados. Hualcopo se retiró a Liribamba, pero no habiendo hallado ahí mayor apoyo fué a refugiarse a Mocha, dejando la provincia íntegra en manos de los Incas. La fortaleza de Mocha era un punto estratégico eficaz, rodeado de bosques, con lagos conectados por canales. Allí recibió nuevos refuerzos de Quito y reorganizado el ejército, lo puso al mando de Calicuchima, hijo del general fallecido y joven muy experto. En los hombres surgieron nuevas esperanzas. Rechazadas, altivamente, las ofertas de rendición honrosa, los peruanos no cejaron en sus ataques. Víctimas, empero, de graves reveses, las fuerzas del Inca sufrieron grandes pérdidas. En vista de este desfavorable cambio de fortuna, Tupac Yupanqui, observando que disminuían sus tropas, y reconocedor de las dificultades de la campaña, levantó el sitio, contentándose con la consolidación del régimen inca en las provincias subyugadas. En ellas construyó fortalezas y estableció gobernadores. Hecho esto volvió en triunfo al Cuzco, el año 1460, dejando el mando en poder de Huayna Capac. Hualcopo, el monarca quiteño, pudo sobrevivir muy poco al dolor de sus derrotas y la pérdida de sus provincias, y murió en 1463.

A la muerte de Hualcopo subió al trono su hijo Cacha Duchicela, el quinceavo y último shiri de Quito. Cacha al punto púsose a recobrar las provincias que les habían sido arrebatadas. Ayudado por la suerte, pudo reconquistar la del Puruhá, con Tiquizambi y Alausí, previa destrucción de las fortalezas del Inca, pasando a cuchillo a los soldados de éste. De tal suerte extendió nuevamente los dominios de

Quito hasta el pié del Azuay, pero a pesar de todos sus esfuerzos no pudo circuir el extremo sur, debido a la obstinada resistencia de los Cañaris, quienes preferían permanecer fieles al Inca. Cacha cayó enfermo en Liribamba y su sobrino Calicuchima tomó a su cargo el mando del ejército. El inca Tupac Yupanqui, terriblemente contrariado por los descalabros de su ejército, según los informes llegados al Perú, habría querido ponerse en seguida en marcha para Quito, mas sintiendo que se acercaba su fin, hizo venir a su hijo Huayna Capac y le encargó el castigo de los traidores huancavilcas y la conquista de Quito. Luego el anciano soberano se despidió de su hijo y de su pueblo, indicándoles que su padre el Sol le había llamado a su seno. De este modo pereció este gran gobernante dejando una memoria inmortal hasta los más lejanos confines de su imperio, en virtud de su bondad y benevolencia. Su cuerpo fué embalsamado a la usanza incásica, y, dice Garcilazo de la Vega, su cronista y descendiente: "Yo lo ví después, en el año 1559, y parecía que estuviera vivo" (1).

Huayna Capac, comisionado para la reducción de Quito, partió del Cuzco en 1475, después de que hubo transcurrido un año en las ceremonias correspondientes a las exequias de su padre. Se hizo acompañar de 40.000 guerreros (2). Viajó por el camino a lo largo de la cordillera hasta Huancabamba, y descendiendo a Tumbes, se puso a conquistar pacíficamente las provincias litorales del reino de Quito. Rara vez se hizo necesaria la fuerza, excepto con los isleños de Puná. Este pueblo, por medio de una celada, inflingió una sangrienta derrota a los incas. El jefe de la isla, Tumbalá, a quien se describe como un ser orgulloso y depravado, dueño de "muchas mujeres y adolescentes" y que acostumbraba ofrecer a sus ídolos sangre y corazones humanos, convocó a su pueblo y le exhortó para que resistiera la pacífica solicitud usual de los Incas. La tribu, tenía, empero, conciencia de que sus fuerzas no bastaban contra las peruanas. Por tanto, devolvieron traidoramente el mensaje de paz, y el Inca, satisfecho, visitó la isla y se esforzó

(1) Reales Comentarios de los Incas.

(2) Ibid.

por establecer sus leyes. Fueron enviados entonces ciertos oficiales de sangre real, de cuyo transporte se encargarían los nativos por medio de sus balsas veleras. Una vez que hubo partido el Inca, se conjuraron los curacas de Puná, embarcaron a los oficiales en dos balsas y cuando estaban en la mitad de la travesía desataron las cuerdas que las unían arrojando a los Incas al agua, donde perecieron ahogados. Asesinaron a los restantes con suma crueldad, y colgaron sus cabezas en las puertas de sus templos idólatras. Sabedor de esta traición, Huayna Capac experimentó una profunda aflicción y se dirigió inmediatamente a la isla para tomar venganza. Esta fué terrible: ordenó que los Caciques puneños fueran ajusticiados en la misma forma en que habían asesinado a los oficiales peruanos, sea por inmersión, decapitación o descuartizamiento. Según datos históricos, varias de las tribus ecuatorianas (y lo mismo ocurría, probablemente, en ciertas regiones del Perú) practicaban la sodomía, vicio en especial del caudillo de Puná, y Huayna Capac castigó severamente a una tribu de Manabí por esta práctica criminal, extirpándola por completo.

En el curso de estos tiempos la salud de Cacha Duchicela, el Rey Shiri, se había resentido gravemente. Su espíritu, sin embargo, no participaba de las flaquezas de su cuerpo, y formuló una serie de planes cuidadosos para la organización de sus fuerzas, los que fueron puestos en práctica, al mando de Calicuchima. Atrincherada en las nevadas cumbres del Azuay la vanguardia de los Puruhaes detuvo, por largo tiempo, el avance de los Incas. Pero, ayudados por los Cañaris, los peruanos abrieron una brecha, y sobre los yermos y melancólicos **páramos** de Tiocajas, donde otrora habían peleado sus antepasados, se entabló de nuevo la batalla, con el mismo mortal resultado para las fuerzas del Shiri. Completamente vencido, Cacha se retiró a la fortaleza de Mocha, tal como lo había hecho su padre Hualcopo; pero, aún más infortunado, Cacha no pudo evitar el avance de los incas. Habiendo perdido casi todo su ejército, no tanto por las bajas como por la deserción y el descontento, el jefe indígena se vió obligado a abandonar las provincias de Mocha, Ambato, Latacunga y Quito, que parecían inseguras, y a pasar a las provincias norteñas. Segui-

do por el Inca se fortificó al principio en Cochasquí y luego en Otavalo (1). Aquí los valientes Caranquis que habían sido siempre fieles vasallos del Shiri pelearon con tal bravura que de la defensiva el ejército pasó a la ofensiva, y el Inca para escapar del ataque, se vió obligado a levantar el sitio de la fortaleza de Caranqui y suspender las operaciones. Ordenó que se construyeran fortificaciones en Pesillo y regresó a Tomebamba, con el objeto de pedir al Cuzco y a las demás provincias hombres de refuerzo. Mientras tanto los Caranquis atacaron y tomaron la fortaleza de Pesillo, matando a su guarnición, hazaña que fué correspondida inmediatamente por Huayna Capac por medio del envío de un fuerte destacamento de soldados al mando de sus hermano Auqui Toma. Sin encontrar ninguna resistencia, este general avanzó hasta Otavalo, pero cayó en el primer encuentro. Descorazonados por su muerte, los peruanos hicieron un alto. En son de venganza, Huayna Capac marchó adelante y renovó el ataque, resultó inútil. A la postre, por medio de un subterfugio (una falsa retirada y luego un ataque por los flancos) fué tomado el castillo y reducido a cenizas. Los chasqueados Caranquis cayeron en grande confusión ante el enemigo, y los mil que pudieron escapar se refugiaron en la selva. Cacha huyó a la famosa fortaleza de Atuntaqui, la última esperanza de sus restantes vasallos, y alrededor de este baluarte pudo concentrar a sus tropas. El rey shiry, pese a la enfermedad que le consumía, obligó a sus sirvientes a que le llevaran en una silla al sitio donde el combate era más reñido. El Inca, queriendo evitar más derramamiento de sangre, le solicitó por última vez que se rindiera honrosamente. Cacha replicó que él no había buscado la guerra, que defendía la integridad de su pueblo y que moriría antes de someterse. Los ataques continuaron y al principio pudo creerse que la suerte de las armas se inclinaba a favor del shiry. Estas esperanzas fueron, empero, vanas, pues, bruscamente atravesado por una lanza, el valeroso indio cayó muerto en su silla. El desastre no se hizo esperar: el ejército vencido entregó sus armas y se rindió, no sin antes proclamar, sobre el campo de la lu-

(1) Velasco y Cevallos.

cha, el derecho de sucesión al trono de Paccha, hijo del difunto soberano. Desgraciadamente con la batalla de Atuntaqui se acabó la dinastía de los shirys, y sobre aquella llanura que había sido alguna vez el fatal campo de batalla, el viajero puede ver hoy día los numerosos túmulos, bajo los cuales reposan los restos de los que otrora formaron el ejército del reino de Quito. Así se desarrolló, en esos elevados parajes mirados desde lo alto por los volcanes y nieves andinos, uno de esos dramas funestos de la América primigenia, análogo, en muchos respectos, a las luchas históricas de las dinastías del Viejo Mundo.

Inmediatamente después de la batalla de Atuntaqui Huayna Capac tomó como esposa a la hija del shiry fallecido, esperando aplacar con esta alianza a los quiteños. El Inca, como era costumbre entre los príncipes del Sol, tenía una multitud de concubinas. El verdadero heredero del trono del Perú era Huáscar. Este nombre significaba "cable" o "cuerda" y se originó en el hecho de que Huayna Capac celebró en el Cuzco el nacimiento de su hijo Huáscar mandando a hacer una enorme cadena o cable de oro que los nobles deberían asir mientras ejecutaban sus danzas autóctonas en el festival. Según Zárate y Garcilaso esta cadena tenía "700 pies de largo y el espesor de la muñeca de un hombre". Hay que traer a cuento, sin embargo, que los escritores españoles generalmente no reducían al mínimo los detalles portentosos que relataban. A decir verdad, el favorito de Huayna Capac era su hijo Atahualpa, a quien había tenido en la reina shiry, y cuyo destino sería perecer a manos del conquistador español del Perú, Francisco Pizarro, como se describirá en el Capítulo correspondiente.

Huayna Capac, después de la derrota de los quiteños, penetró hasta el norte de Quito y las provincias adyacentes, si bien Quito quedó como asiento central del reino. No tardaron en llegar los caciques de los valles del litoral, trayendo obsequios, entre ellos "un león feroz y un tigre". Los dos animales figuraron posteriormente en la historia del advenimiento español. El soberano inca volvió al Cuzco y visitó o envió emisarios hasta los más remotos confines del imperio, incluso lo que ahora forma la república de Chile, y Tucumán en la Argentina, allende los Andes. Hizo construir algunos de los más famosos edificios del Cuzco. Las pa-

redes del palacio de Huayna Capac, edificadas con sólidas piedras octogonales de ajuste preciso, son actualmente una de las características arqueológicas más dignas de nota en la ciudad cuzqueña (1).

Durante la ausencia del Inca se rebeló el pueblo de los Chachapoyas, matando a los gobernadores del conquistador. Chachapoyas es una extensa provincia en la parte norte del Perú; se halla situada en las márgenes orientales del Marañón, al norte de Huánuco. Huayna Capac avanzó con su ejército hasta el Marañón, y allí hizo construir un puente flotante formado de numerosas balsas de Maguey, madera sumamente liviana. Los rebeldes, temerosos de la ira del Inca, huyeron presurosamente, excepto los enfermos, las mujeres y los niños. Fué entonces cuando el atributo, ya mencionado, de Huayna Capac, el no rehusar jamás la petición de una mujer, tuvo prominente aplicación. Los Chachapoyas conocían esta virtud: mandaron al encuentro del Inca una mujer que había sido amante de Tupac Yupanqui, el padre del soberano, y esta valerosa mujer, urgida por las súplicas de su gente y la inerme situación en que se hallaban, se puso en camino, acompañada por un séquito de doncellas y matronas, dispuesta a arrojarle a los pies del terrible monarca. Ningún hombre las acompañaba. El encuentro con el Conquistador ocurrió, aproximadamente, a dos millas de Cajamarquilla. Las mujeres hundieron su rostro en el polvo. "Oh señor único" exclamó la matrona, "recordad que lleváis el nombre de Huac-Chacuyac, (2), amigo y protector del pobre y del indefenso. Os pido perdón para este infeliz pueblo; o, si es preciso que ejercitéis vuestra venganza, que ésta caiga sobre mi cuerpo humilde. Acordáos que sois un hijo del Sol. Mañana os pesará el haberos dejado llevar de vuestra cólera. ¡Que se detenga vuestra diestra!" Luego enmudeció, mientras sus compañeras plañían la súplica.

Se cuenta que el caudillo inca permaneció largo tiempo en suspenso. Por último levantó del suelo a la mujer y

(1) Véase **The Andes and the Amazon** del mismo autor.

(2) El nombre fué tomado por el primer Inca Manco Capac y adoptado por sus descendientes.

le dijo que su acción había salvado al pueblo, que los perdonaba, y que ella era en verdad una noble mujer y **mamacuna** (1). Dicho lo cual, Huayna Capac ordenó el retorno, luego de haber nombrado nuevos gobernadores para la provincia. El pueblo de Chachapoyas, arrepentido de sus acciones y conquistado por la magnanimidad del Inca construyó en el sitio donde había tenido lugar la entrevista, un pozo sagrado, rodeado de un triple muro, el interior del cual era "de fina piedra labrada, con una corniza en su parte superior" (2).

A continuación de estos acontecimientos Huayna Capac se puso en camino para realizar su expedición a la costa ecuatoriana proyectada mucho tiempo antes. Su propósito era establecer la civilización incásica entre las tribus salvajes que la habitaban. Llegó a Manta, bautizada más tarde por los españoles con el nombre de Puerto Viejo. Sus habitantes eran groseros idólatras que adoraban el mar, los peces, tigres, leones, serpientes y otros objetos, y —motivo principal de su veneración— una gran esmeralda "que se dice tenía el tamaño de un huevo de avestruz". Esta piedra preciosa era exhibida en las festividades y los indios hacían largos peregrinajes para visitarla. Se la llamaba Umiña y a guisa de ofrendas, los indios le ofrecían esmeraldas más pequeñas, pues los jefes y sacerdotes de Manta les habían inculcado la cómoda doctrina de que la gran esmeralda "tenía a las más chicas como hijas suyas", un credo ambicioso que enriqueció al santuario con una profusión de gemas. A la época de la conquista, Pedro de Alvarado y sus soldados encontraron gran cantidad de estas joyas, y según datos históricos, los españoles las "probaron" "haciéndolas pedazos sobre un yunque", convencidos de que las piedras preciosas no podían ser destruidas ni con el martillo más duro. No obstante, la gran piedra fué escondida cuidadosamente, y no hubo manera de encontrarla. En

(1) Es de notar que la palabra **mama**, en el idioma de los Incas, tiene el significado que en inglés y en español.

(2) **Reales Comentarios de Indias.**

cuanto a los nativos, se afirma que eran sodomistas y especialmente crueles y bárbaros con sus prisioneros de guerra, a los que desollaban vivos, llenando luego su piel de brazas vivas y, a fuer de embalsamados, colocándolos a la puerta de sus templos. Tenían además la repulsiva costumbre de aplanar la cabeza de cada niño tan pronto como llegaba a la infancia, por medio de tablillas atadas al cráneo. Ciertos escritores han tratado de mitigar estos detalles pertinentes a los vicios nativos de los ecuatorianos antiguos.

El Inca, como siempre, mandó la vanguardia de paz, pidiendo la sumisión de este pueblo. Así lo hicieron, viendo que toda resistencia habría sido inútil. Huayna Capac avanzó luego a la provincia de Caranqui, sometiendo a sus habitantes en forma semejante. Este pueblo practicaba también la costumbre de modificar la forma de la cabeza, y otras igualmente repulsivas. El Inca se dirigió luego a Cabo Pasado, cuyos indios, de costumbres así mismo bestiales, no tenían ningún conocimiento de agricultura, vivían en huecos practicados en los árboles, se pintaban la cara y el cuerpo y se alimentaban principalmente de pescado, pues eran muy diestros en el arte de la pesca. Se afirma que el Inca, convencido de que sería una pérdida de tiempo todo intento de civilizar a tales salvajes, se alejó con su ejército, dejando a los aborígenes de Pasado con su salvajismo. Luego retornó al Cuzco.

El incidente consecutivo durante el gobierno de Huayna Capac, en lo que concierne al Ecuador, fué la rebelión de los Caranquis, los que previamente habían aceptado a los gobernantes incas. La debelación de este movimiento requirió tiempo y tesón, pero al fin se resolvió en un castigo terrible. El Inca ordenó que 20.000 rebeldes (1) fueran ahogados en un lago, el de Yaguar-Cocha, nombre que significa "lago de sangre" y ha permanecido invariable hasta nuestros días. Otros cronistas observan que la cifra citada debe referirse a los combatientes que perecieron de ambas partes. Una vez ejecutada la expedición punitiva, el Sobe-

(1) Según Cieza de León.

rano regresó a Quito, muy preocupado por las continuas insurrecciones de las provincias del imperio norteño. Había una sombra en el espíritu del gran gobernante Inca, el augurio de un desastre cierto que sobrevendría a su nación. Ese presentimiento debía realizarse más tarde, pues los carabelas del hombre blanco, aunque en tal momento el Inca no lo supiese, se aprestaban para cruzar las aguas del Pacífico sobre las costas del imperio.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

CAPITULO IV.—EL ADVENIMIENTO ESPAÑOL.

La historia del descubrimiento y conquista de las tierras yacentes en la costa occidental de Sud América, ese vasto territorio conocido por los españoles con el nombre de "Perú", después que Balboa hubo cruzado, en 1513, el istmo de Panamá, es una de las más conmovedoras y románticas en los anales de la exploración. Relatar en detalle la conquista del Perú y la aventura de Pizarro y sus compañeros, haciendo más que un esquema breve, sobrepasaría, y con mucho, el alcance y propósito de este libro. Nuestra intención es referirnos sólo a los sucesos ocurridos en el territorio de lo que hoy forma la República del Ecuador.

Vasco Núñez de Balboa fué el primero que soñó en la conquista del Perú, y seguramente habría merecido la gloria por tal hazaña a no haber sido ejecutado vil e injustamente por razón de las maquinaciones del despiadado Pedrarias Dávila. Francisco Pizarro fué uno de los exploradores que acompañó a Balboa en la expedición a través de Panamá y quien coronó con éste el famoso "picacho de Darién" (cuya identidad todavía no ha podido determinarse con precisión) y juntos vieron por primera vez el gran Mar del Sur, u Océano Pacífico. Cuando Andagoya volvió en 1522 con entusiastas nuevas acerca de su expedición a lo largo de la costa al sur de Panamá, relato que inflamó la imaginación de los españoles ya excitada por las hazañas de Cortez en México, dos de los colonos de Panamá, Francisco Pizarro y Diego de Almagro, con un tercer socio, el eclesiástico Fernando de Luque, entraron en sociedad para continuar las exploraciones y haciendo bolsa común de sus

capitales compraron dos pequeños navíos. Se enganchó gente con alguna dificultad, entre el pueblo de la Península, y se tuvo una tripulación. Pizarro desplegab sus velas desde Panamá en Noviembre, 1554. Almagro debía seguir después. Ignorantes de la estación, el viaje dió comienzo en el tiempo de los vientos adversos, pero de todas suertes el barco entró en el río Birú, el que marcaba el límite de la aventura de Andagoya. Zárate opina que el nombre de esta vía fluvial, por un trueque fonético, dió origen al término Perú. El territorio marginal era muy poco promisor. Era tan sólo tierra pantanosa, arboladas lúgubres, desiertas soledades; y los hombres de Pizarro, que esperaban encontrar alguna especie de El Dorado, donde las riquezas estuvieran aptas para sus manos ávidas, se insurreccionaron e intimaron la vuelta a Panamá. Empero la fibra de Pizarro era más recia. Sabía, además, que esta expedición que había significado para él y sus compañeros esfuerzos grandes y gastos era la única coyuntura que había tenido en su vida para el logro de la gloria y la fortuna. Por lo pronto, y en vista de que la expedición corría el peligro de perecer de hambre, envió el barco a la isla de las Perlas, en la bahía de Panamá, a proveerse de vituallas. El viaje no era muy largo. En espera de la vuelta de la carabela, murieron de hambre muchos expedicionarios, pues la jungla tropical no les deparaba ningún alimento. En el colmo de su angustia toparon con un villorio indígena. Precipitándose entre los nativos atónitos, los Iberos devoraron el maíz y los cocos que llenaban los graneros indios, sordos a las protestas de sus dueños. Mas otros motivos provocaron el interés de los españoles. Habían visto el brillo del oro. He aquí que habían encontrado el fascinador metal, incitación de su viaje, en forma de rudos ornamentos sobre el cuerpo de los nativos. Y todavía este oro fué sólo el preludio de otros descubrimientos más sensacionales. Pizarro logró saber, por signos y otras formas de comunicación posibles entre aquellas gentes, que, allende los bosques y las elevadas cimas detrás, se extendía un gran imperio y había un gran Señor cuyo nombre terrible había llegado hasta esa primitiva tribu a las orillas del mar. Tales fueron las noticias que por primera vez recibieron los españoles sobre el imperio de los Incas, e indudablemente el "Gran Señor" no podía ser otro

sino Huayna Capac, quien 30 años antes de este período había subyugado el reino de Quito.

Sus sufrimientos físicos aliviados en cierta medida y sus espíritus más ligeros y animosos por los informes recibidos, Pizarro y sus compañeros aguardaban, día tras día, el retorno de su nave. Llegó 6 meses después, cargada de provisiones. Mitigadas sus penas, abandonaron las costas del puerto del Hambre —como apropiadamente bautizaron a ese lugar— y surcaron mar afuera, con dirección sur, bordeando la costa. Empero muchas penalidades hubieron de acontecerles. En un combate con los indios, Pizarro estuvo a punto de perder su vida y muchos españoles fueron victimados. Cundió la desesperanza entre los expedicionarios y el grupo regresó a Chicama, cerca de Panamá. Mientras tanto Almagro continuaba el viaje en su carabela con unos 60 hombres de tripulación. Siguiendo la misma ruta, tocó en los mismos puntos que Pizarro, encontró los mismos salvajes feroces y en dirección sur avanzó hasta el río San Juan. Este río corre a unas cuantas millas al norte del puerto de Buenaventura, Colombia, a 4 grados de latitud norte. (Actualmente se le considera como una vía fluvial utilizable como ruta para un canal trans-istmico). Se advertirá pues que la distancia sureña que se había recorrido hasta entonces no era mayor cosa. Pizarro ordenó la vuelta de su barco a Panamá, y Almagro también retornó al mismo lugar. Nuevas dificultades se suscitaron, pues fué preciso vencer la resistencia del Gobernador de Panamá, Pedrarias Dávila, quien se oponía a otros viajes de exploración por el sur, y, de no haber mediado el auxilio y la influencia del tercer socio de Almagro y Pizarro, el sagaz sacerdote Fernando de Luque, el descubrimiento del Perú no hubiera podido llevarse a cabo. Calificados casi de locos por los colonos de Panamá, los tres confederados acordaron un nuevo pacto, y Pizarro y Almagro, con su piloto Bartolomé Ruiz, el más experto navegante en esas aguas, nuevamente se hicieron a la vela hacia el río San Juan. Habiendo recogido un considerable botín de oro de los indios de la región y alentados por este pequeño triunfo, las esperanzas de los españoles surgieron con renovado vigor. Mas, a juzgar por el número de indios, los conquistadores se dieron cuenta de que sus fuerzas no eran suficientes para emprender la gran aven-

tura. Por lo tanto Almagro regresó a Panamá, con el oro, en busca de refuerzos, mientras Pizarro acampaba en el territorio y Ruiz navegaba hacia el sur con el fin de explorar la costa ignota que se extendía a sus pies.

El piloto ibero llegó a la bahía que se conoce ahora con el nombre de San Mateo, a la isla del Gallo y a la cabezuela extrema de la costa ecuatoriana, llamada cabo Pasado. Este cabo se halla ligeramente al sur del Ecuador, y de tal suerte el valiente Ruiz fué el primer europeo que cruzó la Línea en el Pacífico occidental. Súbitamente apareció en el horizonte una vela sobremanera extraña. Buque de blancos no podía ser, en esas aguas; entonces, ¿qué significaba aquello? A medida que se aproximaba la carabela a la curiosa embarcación, los viajeros pudieron distinguir que se trataba de una balsa indígena, llevando a bordo un buen número de nativos. La balsa india (que como se describirá en un Capítulo subsecuente todavía se usa en forma más o menos similar en el río Guayas) se hallaba construída con grandes troncos de livianísima madera de balsa atados entre sí y cubiertos con una plataforma, sobre la cual se erguía un mástil con una vela cuadrada, grande, de algodón. Se hallaba además dotada de un rudo timón y de una quilla movable. A bordo de esta rara embarcación se veían indios, vestidos de telas de lana de fina y curiosa textura recamadas con figuras de pájaros y flores brillantemente matizadas. En posesión de los viajeros se hallaron singulares objetos, entre otros, espejos de obsidiana y un par de balanzas para pesar el oro. Ruiz se quedó atónito al contemplar estas muestras de una notable cultura nativa. De boca de los ocupantes de la balsa, dos de los cuales procedían de la costa norte del Perú (Túmbez) supo maravillas del monarca y las gentes de aquellas regiones, de sus vastos rebaños y manadas, sus palacios de piedra, del oro y la plata, tan comunes que servían para la fabricación de los utensilios caseros. A todas luces, aquí se encontraba el estímulo de guisa tan cara al español.

Virando otra vez hacia el norté desde el cabo Pasado, Ruiz se apresuró a reunirse con Pizarro. Era tiempo, pues sus acompañantes estaban exhaustos de hambre y de necesidad. Habían penetrado en el interior de los bosques tropicales donde parloteaban los monos y grandes boas y la-

gartos aterrorizaban la manigua y la marisma, y muchos habían caído víctimas de la fiebre y de los ataques de los salvajes. Excepto la patata silvestre, el coco y el fruto amargo del mangle los exploradores habían tenido muy poca cosa para su subsistencia y acosados por los mosquitos se habían visto obligados a enterrar sus rostros en la arena para poder dormir durante la noche.

Con el estímulo de las buenas nuevas de Ruiz estos sufrimientos fueron prontamente olvidados, y, para colmar su satisfacción, Almagro y su nave llegaban al puerto trayendo nuevas provisiones y más refuerzos, incluso una partida de entusiastas españoles recién llegados a Panamá. Pizarro se embarcó. Llegó a la isla del Gallo y a San Mateo y prosiguió el viaje sin detenerse. Conforme avanzaba se veía aumentar el número de villorios indígenas a lo largo de la costa y se abrían a la vista opulentos retazos de tierra cultivada, campos de maíz y verdes praderas. Al llegar a Atacames, cerca del gran río Esmeraldas (en la parte norte del Ecuador) Pizarro largó el ancla frente a su puerto. Los españoles "vieron una ciudad de dos mil casas cuyos habitantes resultaron poseer oro y esmeraldas preciosas". Sin embargo los nativos no fueron fácil presa para la conquista. Desde la orilla, canoas armadas rechazaban el ataque, con el apoyo de diez mil guerreros que secundaban la defensa desde la playa. En un encuentro, una vez que hubieron desembarcado, Pizarro cayó de su caballo, y los indígenas, estupefactos y aterrorizados por la separación en dos partes del jinete y su cabalgadura, lo que ellos habían imaginado un animal único y formidable, huyeron despavoridos, y los españoles pudieron entonces regresar a su buque.

Una vez más Pizarro y su gente constataron la ineficacia de sus fuerzas y la aparente imposibilidad de conquistar una tierra tan vasta y bien organizada, a menos de contar con recursos muy superiores a los que poseían hasta entonces. Fué preciso convocar a consejo de guerra. La opinión de algunos era el abandono de la empresa y la vuelta a los hogares; Almagro insinuaba su retorno a Panamá en busca de refuerzos, siempre que Pizarro aguardara, a pie firme, su regreso. Pero este último objetó esta proposición. En Panamá todos ellos habían dejado un buen número de acreedores y posiblemente allí les esperaba tan sólo la pri-

sión y la vergüenza. En cuanto a su permanencia, Pizarro reconvino a su camarada enrostrándole su preferencia por la fácil vida de a bordo, mientras él tendría que soportar, una vez más, las durezas del desierto. Almagro replicó que si era menester, él se quedaría también, pero de las palabras los dos socios vinieron a las manos y, a no haber mediado Ruiz, quizá habría llegado el fin para uno de los dos. Al fin y al cabo se aprobó el plan de Almagro. Pero había que contar también con el resto de los hombres de la expedición, para los cuales tenía muy poco atractivo la prolongación de sus sufrimientos. ¿Dónde estaba el tesoro que se les había prometido? ¿Cuál podía ser la gloria o la fortuna para combatir contra una partida de salvajes miserables? A su juicio todo el plan había resultado un fracaso y un engaño, y muchos de ellos escribieron cartas, que llevaría Almagro, rogando al gobernador que exigiera la vuelta de esta desastrosa expedición. Sin embargo Ruiz astutamente se apoderó de estas cartas a bordo, con la intención de destruirlas. Mas se frustró su plan por el ingenio de uno de los soldados, quien ocultó una carta en un ovillo de hilo de algodón, destinado, como obsequio, para la esposa del gobernador. La denuncia llegó cumplidamente a su destino, y el gobernador, Pedro de los Ríos, irritado por el pésimo resultado de la expedición y haciendo fízga de las solicitudes de Almagro y Luque, que afirmaban que el éxito sería seguro la próxima vez, despachó dos navíos inmediatamente con órdenes de traer a Pizarro y a sus compañeros.

No obstante, Almagro y Luque enviaron una comunicación a su confederado, aconsejándole que no hiciera caso de la conminación y permaneciera firme, prometiéndole, al mismo tiempo, tarde o temprano, reunirse con él. Esto fué suficiente para Pizarro. Llamando a la tropa desmoralizada y semi insurrecta, se plantó frente a sus hombres y con su espada trazó una línea en el suelo —gesto que ha pasado a la historia— y les dijo: "Camaradas! Al sur de esta línea encontraréis penalidades, hambre y posiblemente la muerte; al norte, el fruto de nuestros desvelos y la salvación. Al sur, el Perú, con sus riquezas; al norte Panamá, con sus pobreza. Seguidme si lo deseáis. Por mi parte, iré al sur. ¿Cuál de vosotros está dispuesto a seguirme?" Con estas palabras, Pizarro dió un paso sobre la línea que trazara en

el suelo. Siguió inmediatamente Ruiz y Pedro de Candía, un griego de gran coraje y gigantesca estatura que se hallaba buscando fortuna con la banda, y además 11 miembros de la expedición. Los nombres de estos 13 leales quedaron grabados para siempre en la convención que se hizo posteriormente con la Corona de España, documento en el que se encomia su fidelidad.

Fué uno de aquellos momentos en la vida de un hombre en que se hace preciso arrostrar, con decisión, la marea del éxito o la del fracaso. Fieles a su ideal estos héroes de oceánica caballerosidad, un mero puñado de hombres, escogieron deliberadamente el desierto y su futuro antes que un regreso ignominioso. Tafur, el oficial enviado con el encargo de embarcarlos, no estaba, de ningún modo, animado de tal espíritu y a regañadientes, dejándoles algunos víveres, enrumbó hacia el Istmo. Ruiz le acompañaba, con la intención de laborar posteriormente, de acuerdo con Almagro y Luque. Pizarro armó sus tiendas en la pequeña isla Gorgona, frente a la costa colombiana, habiendo navegado hasta allí en una balsa que se construyó para este objeto. En el islote había agua y caza mayor para el sustento, y los mosquitos eran más soportables. Se celebraban oficios religiosos todas las mañanas y aquí los españoles apenas hacían otra cosa que contemplar las monótonas olas con la remota esperanza de la llegada de los refuerzos de Almagro.

Almagro fué fiel a su promesa y al fin el gobernador de Panamá, movido por un sentimiento de responsabilidad, permitió el despacho de una nave a la isla Gorgona, conminando el regreso de los expedicionarios dentro de un término no mayor de seis meses. Pizarro y sus leales se embarcaron con dirección sur, nuevamente; se dejó atrás el cabo Pasado y después de 20 días de navegación la carabela penetró en las tranquilas aguas del golfo de Guayaquil, región que hasta entonces no había sido tocada por la quilla de nave de hombre blanco. Las riberas se hallaban orladas de verde, y más allá, hacia el Este, brillaban las resplandecientes crestas del Chimborazo y del Cotopaxi, dominando la poderosa cadena de los grises y rocosos Andes. El barco pasó la isla de Puná y clavó su ancla a la entrada de la bahía de Tumbes (1).

(1) Isla de Santa Clara.

La aparición del castillo flotante en sus aguas atrajo prontamente grandes hordas de indios y se destacó un gran número de balsas llenas de guerreros. Dos nativos de ese lugar, capturados anteriormente por Ruiz y que se hallaban a bordo, se mezclaron con sus conciudadanos y relataron las maravillas, cualidades y hazañas de sus nuevos señores, los cuales, afortunadamente, los habían tratado bien. Entonces los indios enviaron nuevas **balsas** cargadas de frutas y provisiones —plátanos, cocos, maíz y otros productos del fructífero valle de Túmbez. Los españoles manifestaron un asombro inmenso a la vista de las llamas, si bien ya habían visto anteriormente los dibujos rudos que de estos animales había hecho Balboa. Un noble Inca, que había estado en Túmbez de casualidad, toda su persona decorada con ornamentos de oro, hizo una visita a Pizarro a bordo de la embarcación y recibió como obsequio del español una hachuela de hierro, metal este desconocido para los aborígenes. Además Pedro de Candía bajó a tierra en calidad de emisario, portador de espada y cruz y armado de una carabina y ante la delectación de los nativos hizo varios disparos y exhibiciones de tiro. El valiente Candía se había aventurado solo, como una suerte de caballero andante, pero pudo penetrar en la ciudadela indígena y volvió sin novedad, relatando detalles maravillosos de lo que había visto. Entre aquellas preciosidades había "jardines llenos de flores artificiales labradas en oro". Debe recordarse que Túmbez era el lugar favorito de Tupac-Yupanqui y los Incas, que contaba con una fortaleza y era el término del camino a Quito. Por exagerada que hubiere sido la cálida narración del entusiasta griego había en ella parte de verdad suficiente para volver locos de alegría a los aventureros iberos.

Una vez que hubieron abandonado Túmbez, Pizarro y sus compañeros llegaron a Paíta, en la costa del Perú. En todas partes los españoles recibían los mismos informes sobre el poderoso imperio de los Incas cuya plaza fuerte se encontraba allende los Andes proyectando su presencia sobre el horizonte oriental. Prosiguiendo el viaje, después de haber tenido que luchar con tempestades adversas, los expedicionarios llegaron a Trujillo y habiendo penetrado 9° más al Sur que cualquier otro navegante, los españoles decidieron volver al Istmo.

Todo el resto de las aventuras de Francisco Pizarro y sus compañeros pertenece propiamente a la historia del Perú. A su vuelta a Panamá narró todo lo que sabía y había conocido del rico imperio indígena. Pero "unos cuantos cachivaches de oro y plata y algunos ovejones nativos" (las llamas) no despertaron ningún entusiasmo en el pecho del gobernador y agenciándose algún dinero Pizarro partió para España con el objeto de presentar su causa ante el rey de Castilla. El fervor extremo de su relato, su porte y los exóticos y valiosos objetos que había llevado le granjearon las simpatías del soberano y de la corte y conseguido el favor real se le prometió todo apoyo para otra expedición. Desgraciadamente los arreglos necesarios para el viaje de retorno requirieron demasiada espera y se agilitaron finalmente tan sólo gracias a la Reina. La soberana hizo que se firmara una **Capitulación** en la cual se concedía a Pizarro el derecho de conquista del Perú o Nueva Castilla, como había de denominarse la región.

Almagro y Luque fueron también recompensados con esplendidez y elegidos para el desempeño de importantes destinos. Pizarro recibió exhorto especial de dejar tal como estaba el buen gobierno nativo de los indios. Debe recordarse que los soberanos españoles se esforzaron generalmente en proteger a los indígenas, los cuales si posteriormente fueron tratados cruelmente fué a manos de los codiciosos colonos. Además no debe olvidarse, en abono de los soberanos Iberos, que ellos pusieron todo empeño en que se enseñara la doctrina cristiana a los indios, y en tal virtud se exigía que aparte de la ruda soldadesca los navíos que enrumaban hacia América llevaran, como complemento, un grupo de sacerdotes. Antes de embarcarse de nuevo para el continente americano Pizarro hizo una visita a su pueblo nativo en Extremadura y se trajo consigo a sus hermanos, uno de los cuales, Gonzalo Pizarro, había de figurar tanto en las páginas de la historia del Ecuador. Venciendo muchas dificultades Pizarro al fin partió con su expedición rumbo al Nuevo Continente. En Panamá tuvo un altercado con Almagro pero, finalmente, en el mes de Enero de 1531, el conquistador del Perú se hacía a la mar en su tercera y última expedición.

El primer pueblo de la costa sureña en el que desembarcaron fué Coaque, y luego de una cruel carnicería de indios fueron despachados los navíos de vuelta a Panamá en busca de más hombres y caballos, al mismo tiempo que se expedía con el mismo destino el oro arrebatado a los indígenas, cuyo valor ascendía a 20.000 castellanos. Los expedicionarios continuaron la marcha a lo largo de la costa, sufriendo durezas indecibles y enfermedades y luego de haber subyugado varios poblados llegaron a la isla de Puná en balsas que construyeron especialmente para cruzar el golfo. Al mismo tiempo llegaba de Panamá un barco con provisiones y varios oficiales Regios. La isla de Puná estaba habitada por una raza aborígen intensamente belicosa, la misma que había resistido a los Incas, y fué necesaria una porfiada lucha para lograr la ocupación del lugar. Varios españoles perecieron en esta acción y Pizarro mismo fué herido. El arribo de los dos navíos del Istmo alivió, sin embargo, la situación, y los Peninsulares se abrieron camino hacia Túmbez, iniciando así la verdadera conquista del Perú. El relato de su esforzada marcha por los asolados desiertos costaneros, su ascenso por las rocallosas paredes de los Andes, hasta entonces no holladas por ningún jinete y lo que les aconteció allí son asuntos que no pertenecen a la historia del Ecuador sino a la de la conquista del Perú, a cuyas vicisitudes es menester que echemos una ojeada final.

Bajo el gobierno de Huayna Capac el imperio inca había alcanzado su mayor desarrollo y poderío y después de su muerte y a la época de la invasión española el Estado comenzaba ya a declinar. Su territorio abarcaba el que corresponde ahora a las repúblicas del Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Pues bien, Huayna Capac que había hecho más que todos los incas precedentes para aumentar el imperio, fué también el instrumento en la división que antecedió a su ruina. Huayna Capac, como era costumbre entre los monarcas indios, tenía un gran número de mujeres. De sus numerosos hijos varones, dos de ellos, Huáscar y Atahualpa—este último vástago de la princesa shiri—, heredaron el reino. Sintiendo que se aproximaba su fin, Huayna Capac dividió la posesión, adjudicando a Huáscar la porción sur, cuya capital era el Cuzco, y a Atahualpa la del norte, cuyo centro era Quito. El Inca vivió sus últimos días en esa

ciudad, y su muerte ocurrió, aproximadamente, a las postrimerías del año 1525, más o menos 7 años antes de la llegada de Pizarro a la isla de Puná. Su cuerpo fué embalsamado y transportado al Cuzco para que descansara, en forma sagrada, con los de sus antecesores. Una de las obras de Huayna fué la construcción de los famosos carreteros incásicos entre el Cuzco y Quito, empresas de gran utilidad pero cuya importancia ha sido muy exagerada por los primeros cronistas españoles. También se han atribuído al mismo Inca algunos de los más suntuosos edificios del Cuzco. A él se debe también un sistema de correos en toda la extensión de los caminos y muchas obras tendientes a aumentar el bienestar material del pueblo, mientras se difundía el idioma quechua. Si el imperio hubiera continuado prosperando y desarrollándose podría quizás haber alcanzado un nivel de civilización muy próximo al de los grandes despotismos del Asia o Africa.

Huayna Capac sin lugar a dudas, recibió noticias de las primeras irrupciones de los blancos en la costa panameña de Sud América y este acontecimiento hubo de impresionarle profundamente. Relata la tradición que fenómenos sobrenaturales anunciaron la caída del imperio inca: cometas flamígeros, terremotos, etc. En su lecho de muerte, según cuenta la tradición, Huayna recordó un pronóstico que había oído muchos años atrás: que después de que hubieren gobernado doce incas —Huayna era el doceavo— aparecería una raza bravía, gentes blancas y barbudas, que someterían bajo su férula al imperio. "Voy a descansar con nuestro padre el Sol", añadió. Empero parece que el gran Inca no había siempre considerado al sol como un poder infalible. Algunos años antes, en la gran fiesta de Raymi, celebrada en el Cuzco en honor del Sol, el Sumo Sacerdote había observado que el monarca de vez en cuando miraba al astro sin empacho alguno, una acción ilícita y tenida como sacrílega; entonces preguntó al soberano por qué hacía tal cosa. El inca replicó: "Os diré que nuestro padre el Sol debe tener otro señor más poderoso que él; cosa así tan desasosegada y constreñida en su ruta no puede ser un dios". Antes de morir Huayna Capac amonestó a su sucesor a que llevara adelante las nobles tradiciones de su dinastía, en particular cumpliendo sus deberes como "amigo del pueblo".

En efecto, una civilización y soberanos tales que pudieron organizar tan bien los recursos físicos de sus dominios y la vida de la comunidad de manera que nadie sufriera privaciones ni clase alguna oprimiera a las otras, como era indiscutiblemente el caso en el imperio inca, justicieramente merecía un título así. Es uno de los hechos más lamentables de la historia el que un sistema de esta clase haya sido destruído por el despiadado individualismo de los europeos.

Durante los 5 años siguientes a la muerte de Huayna Capac, Atahualpa y Huáscar gobernaron sus respectivos dominios, cuyos límites eran aproximadamente los mismos que los del Ecuador y Perú en nuestros días. Una violación de fronteras provocó una disputa entre los dos hermanos, de tal suerte que aún en esos remotos tiempos prodújose incitación a la guerra por razón de cuestiones limítrofes. Atahualpa invadió el Perú, irrumpió sobre los Cañaris y luego de haber avanzado hasta Cajamarca mandó un ejército al Cuzco. Huáscar fué derrotado y en ese momento —al despuntar el año 1532— desembarcaban los españoles. Las crueldades de Atahualpa culminaron con el asesinato de Huáscar. Atahualpa ya se había proclamado emperador de ambos reinos cuando Pizarro y sus huestes penetraron en la ciudad de Cajamarca, en su marcha invasora por el litoral. Cualesquiera que hayan sido las faltas de Atahualpa, su cruel asesinato de parte de los españoles en la plaza de Cajamarca es una mancha indeleble sobre el nombre de Pizarro y sus compañeros. Esta vileza ocurrió el 3 de Mayo de 1533. El Cuzco, la capital incásica, cayó en Noviembre y comparativamente con pequeña resistencia. Pizarro estableció firmemente el dominio ibero en toda la extensión del vasto imperio aborigen. Si el imperio no hubiese estado dividido por las disenciones entre los dos Incas la historia de la conquista del Perú podría haber sido escrita muy distintamente, pero el Destino dispuso los acontecimientos de tal suerte que cuando advino la irrupción europea, fué relativamente muy poca la resistencia que pudo oponerse.

CAPITULO V.—EL GOBIERNO ESPAÑOL

Los verdaderos conquistadores del Ecuador fueron Diego de Almagro y Sebastián de Benalcázar. Los dos, por orden de Francisco Pizarro, en 1534, partieron de San Miguel de Piura, cerca de Paita, y penetraron en las provincias de Loja, Cuenca y otras poblaciones de la meseta, siempre con dirección a Quito. Luego de librar algunas batallas con los lugartenientes de Atahualpa que interceptaban su paso, entraron en Quito el 6 de Diciembre de 1534. Empero Benalcázar sufrió una de las más amargas decepciones de su vida, pues los tesoros no aparecían por ninguna parte. Desde Riobamba, Almagro regresó al Perú, y Benalcázar, habiendo consolidado el régimen ibero en Quito, subyugó los distritos de Pasto y Cauca, en tanto que sus capitanes fundaban colonias en la costa, desde Guayaquil hasta Esmeraldas, tratando además de rendir a los pueblos de Canelos y el Napo.

Fué en esta misma época que otro **conquistador** español trató de sojuzgar, por su cuenta, el reino de Quito. Pedro de Alvarado, un oficial que había peleado con gran renombre en México, a órdenes de Cortez, y que desempeñaba el cargo de gobernador de Guatemala (el antiguo imperio de los Quiches conquistado por él mismo) concibió el plan de invadir el reino. Presuponiendo arbitrariamente que éste se encontraba más allá de la esfera de influencia de Pizarro en el Perú, y con una poderosa fuerza de 500 soldados, incluso 230 de caballería, ejército el mejor equipado de los que hasta entonces habían invadido los mares del sur, Alvarado desembarcó en Bahía de Caráquez (pertene-

ciente a la costa ecuatoriana) en Marzo de 1534. Acometiendo inmediatamente la marcha por las montañas, la expedición pronto se encontró envuelta en una urdimbre de inclementes yermos entre las nieves de la cordillera, y los españoles, acostumbrados al cálido clima de Guatemala sufrieron severamente, en tanto que los indios que formaban parte del grupo, perecían por centenares. Su curso a través de las gélidas altiplanicies y nevados pasadizos quedó sembrado de objetos que fué necesario arrojar y de cadáveres de hombres y animales. Posteriormente, obligados por la necesidad, los famélicos soldados tuvieron que alimentarse con la carne de sus caballos. Aún el oro, botín del pillaje entre los nativos, devino una carga en una situación en que nada importaba, excepto el logro de algo con que alimentarse. Sumándose a los terrores de la expedición, ocurrió la erupción de un gran nevado, muy cerca de su ruta, llenando el aire de cenizas, en tanto que el ruido de la explosión resonaba sobre la faz de la tierra como descargas de artillería. Era el magnífico Cotopaxi, en erupción en ese momento. Efectuado el cruce del pasadizo helado, los aventureros entraron a la llanura de Riobamba, habiendo perecido en la ascensión andina la cuarta parte de los invasores. Aquí les esperaba otra decepción. En el polvo del camino se veían huellas de cascos atestiguando que por esa región, desconocida para el blanco, a juicio de Alvarado y sus adláteres, varios jinetes les habían precedido. En efecto, la expedición de Benalcázar había cruzado ya por allí y Quito habíase rendido definitivamente. La marcha de Alvarado fué una de las más notables y desastrosas en la historia de la conquista.

Durante la ausencia de Benalcázar en su busca del mítico "El Dorado" de Cundinamarca, en 1538, Pizarro nombró a su hermano Gonzalo Gobernador y Capitán General de Quito, Popayán y todas las regiones que descubriera, proscribiendo injustamente a Benalcázar. A poco de estos acontecimientos Gonzalo Pizarro y su lugarteniente Orellana realizaron su famoso aunque terrible viaje a la tierra de los Quijos, expedición desgraciada que tuvo como resultado el descubrimiento del río Napo, la gran vía fluvial que corre al oriente, y la navegación memorable, por primera vez, sobre las aguas del gran Amazonas.

Despuntaba el año 1540 cuando Gonzalo Pizarro, con 350 españoles, entre ellos 150 jinetes, 4.000 indios y una piara de cerdos que les servirían de alimento, iniciaban esta expedición. Ascendieron los Andes, la gran cordillera oriental, sufriendo intensamente por el frío, y mientras realizaban el cruce experimentaron un terrible terremoto. En la ladera oriental cambió el clima y la altiplanicie abierta dió lugar a profundas quebradas y a una vegetación enmarañada, en medio de un calor intenso y lluvias torrenciales. Después de meses de marcha fatigosa, la expedición llegó a Canelos, la tierra de la canela. A ambos lados se bifurcaban los árboles de corteza aromática, pero fué la leyenda del oro de boca de indios errantes lo que fascinó a los exploradores impeliéndoles a seguir adelante, en busca de la rica tierra prometida. La selva impenetrable les cobijaba abrumadora, y para abrirse paso fué preciso que sus **machetes** fueran hendiendo la espesura. Sus vestidos rasgados en pedazos, agotadas las provisiones, dispersa la piara de cerdos, estos hombres se vieron obligados a devorar los miles de perros feroces que habían traído con ellos para cazar a los indios. Al fin los fatigados españoles contemplaron la dilatada corriente del Napo, el cual, si bien tan sólo uno de los tributarios del Amazonas, en comparación con sus propios ríos de España, les pareció uno de los más grandes que habían visto. Después de luchar penosamente a lo largo de sus riberas, todavía atentos a los relatos de indios que encontraban ocasionalmente y que contaban del fructuoso país yacente más allá, Gonzalo y sus compañeros decidieron construir una embarcación. Así lo hicieron con la madera de los bosques y clavos manufacturados con las herraduras de sus caballos. Este bergantín costó dos meses de trabajo a la expedición y sólo podía embarcar a la mitad del grupo. El comando del buque fué confiado a Francisco de Orellana, un caballero de Trujillo en cuya constancia creyó Gonzalo se podía fiar, y por agua y tierra los exploradores prosiguieron el viaje tesoneramente río abajo, cruzando la melancólica y monótona manigua del Napo. Exhaustos los comestibles, devoraron los caballos que quedaban y una vez que se hubieron acabado éstos, las sillas, pues la montaña del Amazonas superior es muy parca en

elementos de vida (1). Una y otra vez los aventureros oían nuevas del magnífico paraje, siempre "a unos pocos días de marcha" en un lugar que se decía era aquel en que el río desembocaba en otro más vasto. Empero Gonzalo Pizarro ordenó un alto. Se convino en que Orellana, con parte de la expedición, prosiguiera el viaje en el barco y volviera con provisiones para el resto de los hambrientos exploradores. Al punto partió el bergantín y pronto se perdió de vista llevado por la veloz corriente del Napo.

Esa fué la última vez que Pizarro y sus compañeros vieron al bergantín y sus tripulantes. Aguardaron, mientras corrían las semanas, sin que volviera Orellana, y finalmente, cansados y abatidos, reiniciaron su marcha hacia la supuesta tierra de promisión. Transcurrieron dos meses de viaje dificultoso antes de que llegaran a la confluencia del Napo con el Amazonas, y los iberos se quedaron atónitos contemplando la poderosa avenida que se desaguaba hacia el oriente en el continente desconocido. Hubo de abandonarse toda esperanza de hallar a Orellana. No había tal tierra fructífera, ningún El Dorado, ni refugio, ni consuelo de descripción posible. Convenidos de esto, resolvieron emprender el viaje de vuelta a Quito. Súbitamente apareció un hombre blanco semi-desnudo, vagando por la floresta, y cuyas facciones parecían familiares. Resultó ser Vargas, uno de los compañeros de Orellana, cuyo relato no podía ser más sombrío. Llevado por la rápida corriente, el bergantín había llegado en tres días al Amazonas, pero ni se había visto la región prometida ni tampoco había sido posible proveerse de vituallas. Por lo demás habíales parecido imposible navegar de vuelta contra la corriente. En vista de estas dificultades, Orellana había decidido dejar abandonados a su suerte a Gonzalo y sus compañeros, descender por el Amazonas hasta su desembocadura y luego seguir a España y adjudicarse la gloria del descubrimiento. Vargas se había opuesto a esta deshonrosa conducta y como castigo fué abandonado solo en la selva. Orellana y sus hom-

(1) El autor pudo comprobar esto personalmente, en una expedición por la región oriental del Perú, habiéndose visto obligado a efectuar marchas forzadas debido a la falta de provisiones.

bres cumplieron su objetivo. Una y otra vez el barco se escapó de estrellarse contra las rocas, y su tripulación, del ataque de los salvajes, y después de penalidades increíbles el 26 de Agosto de 1541 el bergantín llegaba a la desembocadura del Amazonas. Los exploradores bordearon la costa a lo largo de la Guayana inglesa y Trinidad y de allí Orellana puso la proa hacia España. Las dificultades de un viaje así, casi 3.000 millas de navegación por un río desconocido, fueron necesariamente enormes y fué algo casi milagroso que se lo hubiera coronado con éxito.

La única alternativa para Pizarro y sus acompañantes era regresar a Quito. El viaje fué uno de los más terribles en la historia de América. Muchos de los expedicionarios perecieron en el camino y los que caían morían abandonados. De ese ejército que se había puesto en camino con altas esperanzas de conquista, sólo ochenta españoles regresaron a Quito y la mitad de los indios. Un año entero se había consumido en el viaje. Los sobrevivientes de la expedición regresaron convertidos en sombras humanas, por la fiebre, el hambre y las privaciones. A medida que se aproximaban a Quito salieron a su encuentro los pocos habitantes blancos de ese lugar, y tan pronto como hubieron llegado, conste a favor de los exploradores, se dirigieron a la iglesia y ofrecieron un acto de acción de gracias por el retorno de los pocos que habían sobrevivido.

La suerte de Gonzalo Pizarro había cambiado en otros respectos durante su ausencia de Quito. Una guerra civil entre los conquistadores del Perú había provocado gran desorden en el gobierno de Nueva Castilla. La vergonzosa ejecución de Almagro en el Cuzco, después de un juicio falso e irrisorio, consecutivo a la batalla en el mismo lugar entre los adherentes de Almagro y los de Pizarro, además de otros disturbios, provocó el envío de un juez de la Corona, encargado de poner en claro los asuntos del Perú. Este funcionario fué Vaca de Castro, cuya llegada se demoró grandemente a causa de tempestades marinas, en las cuales, según se comunicó al principio, había perecido el emisario. Un acontecimiento todavía más terrible que la muerte de Almagro hubo de conmover al país: el asesinato del famoso **conquistador**, a cuyo espíritu de empresa debía su descubrimiento el Perú. Francisco Pizarro fué alevosamen-

te victimado por los iracundos partidarios de Almagro, acremente exasperados por la dilatoria de la justicia ocasionada por la demora del enviado Real. El conquistador fué apuñaleado por los asesinos durante la comida, el Domingo 10 de Junio de 1541.

Se han hecho frecuentes descripciones del carácter y la persona del Marqués Francisco Pizarro. Se dice que era un hombre alto y bien proporcionado y aunque de inteligencia poco cultivada, tenía un talante marcial, con cierta dignidad que hubo de servirle de mucho en la puntillosa corte de Castilla cuando se presentó allí. Era moderado, de gran capacidad para sobrellevar las adversidades; las dificultades de la conquista atestiguan suficientemente su indomable voluntad. Probablemente su principal defecto fué no ser fiel al cumplimiento de su palabra, y a este respecto se le ha calificado de pérfido. Sin embargo su constancia fué grande para otros menesteres. Su fatal ruptura con Almagro se debió indudablemente al defecto ya anotado.

Como resultado de un urgente mensaje de Alonso de Alvarado, quien había sido uno de los valerosos capitanes de Pizarro, el licenciado Vaca de Castro tomó inmediatamente parte activa en los asuntos del país. El emisario español, después de un viaje tempestuoso, se había detenido en Buenaventura hasta recobrar su salud. Las complejidades de la situación significaban para él una pesada carga, pero, leal a España, continuó su marcha a Quito, donde se unió con Benalcázar. Una vez allí, Castro mostró el edicto real que le autorizaba para asumir el gobierno del Perú. El hijo de Almagro, quien había tomado el caudillaje del Perú, disputó su autoridad, y Castro avanzó hacia el Cuzco. Entablado el combate, triunfaron los realistas y el joven Almagro fué ajusticiado. Desde Quito, Gonzalo Pizarro, de vuelta de su expedición por el Napo, ofreció sus servicios a Castro y después de la victoria fué llamado al Cuzco. No obstante se le amonestó para que se retirara a la vida privada. Vaca de Castro era un hombre que inspiraba respeto y, si bien no era soldado, logró afianzar su posición. Habría sido muy beneficioso para el país si Carlos V de España lo hubiera mantenido en su puesto como Gobernador del Perú.

Fué en esta época, 1542, que Las Casas completó su célebre tratado sobre **La Destrucción de las Indias**. Las Casas fué el piadoso fraile cuya obra por la protección de los indios le ha ganado gloria tan grande para sí como la de los **conquistadores** agentes de su opresión. Denunció acremente ante la Corte española los trabajos forzados y la ruina de los aborígenes de Sud América, aduciendo, con mucho vigor, sus derechos naturales. Gracias a su labor, se ordenó la redacción de un código de ordenanzas. Fray Bartolomé se presentó ante una comisión real en Valladolid, de la cual salió finalmente un sistema de leyes para el gobierno de las colonias americanas. También se decidió mandar un virrey para que se pusiera al frente del país como representante del soberano español. Este funcionario debía acompañarse de cuatro jueces (Real Audiencia) dotados de jurisdicción tanto para lo civil como para lo penal, formando en conjunto una especie de Concejo. La Ciudad de los Reyes, como se comenzó a denominar a Lima, fué elegida como la metrópoli del imperio español en el Pacífico. Estas ordenanzas recibieron la sanción real en Noviembre, 1543, y en tal virtud fué promulgada por primera vez la famosa **Ley de Indias**. Sin embargo, en lugar de elegir como Virrey a Vaca de Castro, la persona más apropiada, el rey eligió para este alto puesto a un caballero español, Blasco Núñez de Vela. Las nuevas leyes produjeron gran conmoción entre los colonos españoles, pues sabían que la supresión del trabajo obligatorio de sus esclavos aborígenes y más reglas de conducta, a las cuales tendrían que someterse, les privaría de los pingües beneficios económicos y de la plena libertad de que habían gozado hasta entonces. Si Vela hubiere suspendido la aplicación de las ordenanzas hasta que fuera consultada la Corona sobre la conveniencia de su derogación, se habría conseguido la paz, pero, por el contrario, el Virrey anunció que las haría cumplir al pie de la letra. Tomó posesión de su cargo de Virrey, en Lima (1544), mas una revolución en su contra le obligó prontamente a prepararse para la guerra. Gonzalo Pizarro, avivada su ambición de poder, fué elegido jefe por los oponentes de la política real, si bien ellos mismos se cuidaron bien de ostentar los colores de España y de no aparecer en la contienda como simples revolucionarios. En esta situación,

el Inca Manco, el último de su estirpe, elevado a la dignidad real, como simple muñeco instrumento de Pizarro, fué asesinado cruelmente por algunos de los partidarios de Almagro.

La situación de Vela se tornó rápidamente crítica. Realizó varios actos arbitrarios, entre ellos la prisión del bien intencionado Vaca de Castro y otros caballeros. Mientras tanto habían llegado a Lima los jueces de la Real Audiencia. Sus opiniones fueron adversas a la actuación del Virrey y como éste continuara en sus excesos, se declararon contra él y entre un tumulto popular en las afueras del palacio el funcionario real fué arrestado. La Audiencia conminó luego a Gonzalo Pizarro a que depusiera las armas, lo cual rehusó obedecer y marchando a la cabeza de sus partidarios entró en Lima y fué nombrado Gobernador General del Perú, hasta oír las nuevas órdenes de Su Majestad. Los jueces de la Real Audiencia tomaron el juramento de estilo.

Este cuerpo gubernamental pronto se deshizo en pedazos. Blasco Núñez de Vela había sido deportado a Panamá, pero, en compañía de Castro, que se había escapado de su arresto, volvió dispuesto a establecerse en Quito. A su alrededor se agruparon un cierto número de voluntarios y recibió promesa de apoyo de parte de Benalcázar, el comandante regio establecido en Popayán. Gonzalo Pizarro inició una de las marchas más terribles en la historia del país en persecución de Vela: en ocasiones los soldados del Virrey desfallecían de hambre; no había más alimento que unos cuantos puñados de maíz requemado y hierbas recogidas en el camino, las cuales tenían que ser hervidas en los cascos guerreros, a falta de otros utensilios culinarios. Los caballos había que dejarlos morir o desjarretarlos. Los sufrimientos de Gonzalo Pizarro y su gente eran casi una duplicación de los horrores de su marcha amazónica. Blasco al fin penetró en Quito, pero fué mal recibido y continuó hacia Pasto, lugar dentro de la jurisdicción de Benalcázar. Pizarro le seguía muy de cerca, ambos bandos luchando dolorosamente con las inclemencias de la altiplanicie y perdiendo gran número de hombres en razón de las durezas del camino. La retirada de Vela fué una de las jornadas más severas que se hayan realizado en ese período y su

recorrido abarcó más de doscientas leguas de territorio montañoso. Al fin pudo el Virrey llegar a Popayán, donde fué recibido muy cordialmente. Gonzalo Pizarro fijó su asiento en Quito y por medio de una estratagema, para entablar inmediatamente la lucha, obró en tal forma que el Virrey resolvió el regreso. Benalcázar y el representante regio marcharon sobre Quito y a continuación se dió la gran batalla de Iñaquito, el 18 de enero de 1546, en una planicie cercana a Quito. Las fuerzas del Virrey llegaban a 400 hombres y las de Pizarro al doble y por ambas partes unos 140 de caballería. El resultado fué desastrozo para Vela, quien murió con la tercera parte de su ejército. Habiendo caído al suelo, herido, fué decapitado por un esclavo negro de Pizarro, y luego su cabeza fué colocada en una pica y expuesta a la infamia pública. Así pereció el primer Virrey del Perú. El nombre de Pizarro resonó desde Quito hasta Lima y el Cuzco como el libertador del país. Una vez que regresó a Lima fué aclamado como Protector, habiendo sido acompañado por los Obispos y los cuerpos de ejército del Cuzco, Quito y Bogotá. De ahí en adelante vino a ser el Regidor indisputable de todo el país.

La venida de un nuevo Virrey, Pedro de la Gasca, la derrota última y la ejecución de Gonzalo Pizarro son asuntos que pertenecen a la historia del Perú. Desde la época del primer Gobernador, Francisco Pizarro, hasta el establecimiento de la independencia del Perú se sucedieron en el gobierno de ese país y Quito cuarenta y cuatro Virreyes. Los jesuitas llegaron en 1567, introdujeron la primera imprenta en el Nuevo Mundo, establecieron Iglesias y Colegios y adquirieron grandes riquezas. En 1573 tuvo lugar el primer **auto de fé** de la Inquisición en Lima y esa devastadora institución persistió hasta la caída del gobierno español. En cuanto a su comercio, las colonias españolas sufrieron el estricto sistema proteccionista de España, y los **curacas** indios contemplaron, con tristeza, la gradual extinción de su pueblo bajo el yugo inicuo de la **mita**, o sistema de trabajos forzados en las minas y plantaciones. Las instituciones del régimen español lograron firme estabilización; en cada ciudad se levantaron hermosos templos, centros del fanatismo religioso y quedó así grabado indeleblemente

te el carácter español, para bien o mal, en toda la amplitud de América.

Todas las colonias españolas, denominadas **tierra firme**— el **Nuevo Reino de Granada**, el **Nuevo Reino de Castilla**, el **Nuevo Reino de Toledo**, Tucumán, Paraguay y Buenos Aires— fueron gobernadas hasta el año 1717 por un solo Virrey con residencia en Lima, la capital del **Nuevo Reino de Castilla**. Este vasto Virreynato estaba compuesto de las **Audiencias** de Panamá, Caracas, Santa Fé, Quito, Lima, Cuzco, Charcas, Santiago y Buenos Aires. El que ahora forma la república del Ecuador estaba constituido, en 1564, con el nombre de **Presidencia de Quito**, por otro nombre **Reino de Quito**, pero su jurisdicción abarcaba mucho más territorio que en nuestros días. Su primer presidente fué Don Fernando de Santillán, el **Oidor** de la Real Audiencia de Lima. Junto con la presidencia se estableció una **Real Audiencia**, la cual sin embargo fué suprimida, así como también la de Panamá, en razón del establecimiento del Virreynato del **Nuevo Reino de Granada**, el 27 de Marzo de 1717. Sea para moderar el poder de los virreyes o para facilitar la administración de tan extensos virreynatos, el rey de España determinó establecer un segundo Virreynato, el de **Nueva Granada**, con su capital en Santa Fé, ahora Bogotá. A éste fueron posteriormente incorporados los territorios de la Presidencia de Quito. Por razones que no se conocen el nuevo Virreynato fué suprimido en 1723, y el gobierno nuevamente centralizado en Lima, reestableciendo así mismo la Real Audiencia de Quito. En 1739 el Rey de España vuelve a erigir el Virreynato de Nueva Granada, conservando al mismo tiempo con sus límites siempre constantes la **Real Audiencia** de Quito.

En esa época la **Presidencia de Quito**, de acuerdo con la **Recopilación de Indias** se extendía por el norte incluyendo Pasto, Popayán, Cali, Buza, Chapandica y Guarchicona y por la costa hacia Panamá hasta el puerto de Buenaventura inclusive; en el sur hasta Paita, incluso este puerto, y en el interior hasta Jaén; en el oriente abarcaba los pueblos de Canelas y Quijos "con los demás que se descubrieren". Los descubrimientos hechos especialmente por los misioneros de Quito pasaban más allá de la confluencia de los ríos Yavarí y Amazonas. La presidencia tenía bajo su mando 7

gobiernos menores —Popayán, Guayaquil, Cuenca, Macas, Quijos, Jaén de Bracamoros y Maynas; 5 **corregimientos**— Ibarra, Otavalo, Latacunga, Riobamba, Chimbo y Loja y las **Tenencias** de Ambato y Barbacoas. Al gobierno de Cuenca pertenecía la **tenencia** de Alausí y al de Guayaquil las de Babahoyo, Baba, Daule, Portoviejo, Santa Elena, Puná, Naranjal y Yaguachi.

Del gobierno eclesiástico de Sud América participaban tres "iglesias metropolitanas": Las de Nueva Granada, Perú y Chacras. Quito, que políticamente y en cuanto al control militar se hallaba bajo el Virreynato de Santa Fé dependía eclesiásticamente de Lima. De las otras iglesias dentro de la presidencia, algunas estaban bajo el control del arzobispado de Lima y otras bajo el de Santa Fé.

La maquinaria gubernamental de la Corona Española en el Ecuador, las virtudes y defectos del régimen seguirían la misma ruta que trazó el destino de sus antiguos predecesores shiris e incas. La vieja ciudad de Quito aguardaba su vida futura. Había sonado ya la hora de la decadencia española, y una por una las ricas colonias del Nuevo Mundo habrían de pasar a manos de la raza mixta fruto y brote de la América Latina. La madurez de las ideas revolucionarias y liberales en el mundo civilizado de entonces se hizo sentir aún en aquellas remotas regiones. Actualmente aparecen con toda nitidez los beneficios y los males aportados por el régimen español en América. Hubo en ello mucho de belleza y utilidad, mucho de opresión y fanatismo. A la época de los Virreyes, creció en el Perú, en el Ecuador y en todas partes una raza mestiza, producto del cruce indo-español. Así se formaron las varias naciones del continente, cuyo desarrollo social ofrece en nuestros días tal multiplicidad de problemas.

CAPITULO VI.—LA REPUBLICA

El Peino de Quito permaneció dentro de la demarcación política descrita anteriormente hasta principios del siglo diez y nueve. Durante 250 años no había ocurrido ningún cambio en su geografía política, pero cuando llegó la época de la independencia ocurrieron notables modificaciones en su estructura geográfica y social. Quito no fué por completo indiferente al grito de independencia en la América del Sur. El Dr. Eugenio Espejo y Pío Montúfar, ambos de Quito, entraron en arreglos con Nariño y Zea, los caudillos revolucionarios en Santa Fé, y establecieron en la capital una asociación política. Después del fracaso de la primera revolución en Quito, en 1809, se hicieron varios otros esfuerzos para sacudir el yugo español, todos sin resultado, hasta que, el 9 de Octubre de 1820, Guayaquil obtuvo definitivamente su libertad, después de un buen número de derrotas. El año siguiente, el general venezolano Antonio José de Sucre, enviado por Bolívar y con el auxilio de un contingente del Perú, al mando de Andrés de Santa Cruz inició su campaña contra las fuerzas realistas en la sierra, y obtuvo el 24 de Mayo de 1822 una victoria decisiva. El encuentro tuvo lugar en las faldas del volcán Pichincha, frente a la ciudad de Quito. Tal fué la famosa batalla inmortalizada con el nombre del nevado capitulino.

Dos días después de la batalla, Aimerich, el último presidente del gobierno español en Quito, firmó una capitulación, y con ella se selló la independencia de todo el antiguo Reino de Quito, 288 años después de la conquista del

vasto dominio para España. La Presidencia de Quito aceptó la constitución de Colombia y fué incorporada en esa gran república. El famoso libertador Simón Bolívar llegó por entonces a Quito y descendió a Guayaquil. Fué menester toda su poderosa influencia para que ese departamento se adhiriera a la república de Colombia y no a la del Perú, como lo deseaba un buen porcentaje de sus habitantes. Teniendo como base la constitución republicana signada en Cúcuta en Julio, 1821, se efectuó una unión política con Nueva Granada y Venezuela. La triple federación tomó el nombre de Colombia, y de tal suerte la bandera de esa nación ondeó sobre el dilatado territorio que se extiende desde la desembocadura del Orinoco, en el Atlántico, hacia el sur hasta la desembocadura del río Túmbez (hoy entre el Ecuador y el Perú), en el Pacífico, abarcando más o menos la misma área que estuvo bajo el gobierno del antiguo virreynato de Santa Fé.

Pero la gran república de Colombia no estaba destinada a perdurar. En realidad duró sólo ocho años, sin que le hubiera sido posible obtener en el curso de ese período ni solidaridad política ni estabilidad cívica. Fué víctima de la misma suerte que había afligido a todas las repúblicas latinoamericanas; una vez terminada la lucha por la independencia, brotó la guerra civil, y de la rivalidad, la contienda fratricida. Un desacuerdo con el Perú en 1828 tuvo como resultado la irrupción de un ejército peruano en el Ecuador, y la ocupación de Cuenca y Guayaquil; y si bien se restauró la paz al año siguiente, después del triunfo ecuatoriano en Tarqui, todo ello fué señal de la rivalidad que se levantaría entre esos vecinos de los Andes. La división de la Gran Colombia ocurrió en el año 1830. Por medio de un instrumento firmado en Caracas el 24 de Noviembre de 1829, Venezuela se había declarado como república independiente e inauguró las sesiones de un congreso nacional el 6 de Mayo de 1830. Casi al mismo tiempo —por un decreto fechado el 13 de Mayo de 1830— el año de la muerte de Bolívar— se resolvió en Quito separar al Ecuador de la federación, acto al que se adhirieron Guayaquil, Cuenca y otras ciudades. Un congreso se reunió el 14 de Agosto de 1830 en la ciudad de Riobamba, y José Flores, venezolano de nacimiento, fué elegido primer presidente de la re-

pública. Flores, si bien tuvo que luchar contra muchas dificultades internas y externas, mantuvo una fuerte posición durante quince años.

Las ciudades de Pasto, Buenaventura y Popayán, que habían hasta entonces dependido de la presidencia de Quito, bajo el régimen español, se incorporaron en ese entonces, voluntariamente, al Estado ecuatoriano, y todas las provincias del Cauca se hicieron representar con sus **diputados** en el primer congreso constitucional de la república, en 1831. Colombia no vió con buenos ojos esta incorporación y reclamó todas las antiguas provincias del gobierno de Popayán, sin tomar en consideración —según los escritores ecuatorianos— el deseo de los habitantes de esos distritos ni la razonada protesta del gobierno de Quito. Se produjo la guerra entre los dos países, pero el Ecuador llevó las de perder. Los historiadores ecuatorianos afirman que el resultado, fatal para sus demandas, se debió a las traidoras acciones del coronel López en Popayán y del coronel Sáenz en Pasto. Como consecuencia de la derrota, el Ecuador y Colombia firmaron un tratado de paz, el 8 de Diciembre de 1831, en la ciudad de Pasto. Según las cláusulas de este documento, la frontera entre los dos países quedó delimitada por el río Carchi (un tributario del Mira superior que corre al Pacífico) de acuerdo con el Art. 22 de la ley colombiana del 25 de Junio de 1824. Esta línea limítrofe definitiva ha persistido hasta el presente.

Al general Flores le sucedió en la presidencia de la república, Dn. Vicente Rocafuerte, quien 4 años después era nuevamente elegido presidente. En 1843, logró triunfar nuevamente en las elecciones, pero, poco después Rocafuerte aceptó el título de **generalísimo** y la cantidad de 20.000 **pesos**, resignándose a dejar el país y el gobierno en manos de sus rivales políticos. Durante el segundo período presidencial de Rocafuerte se llevó a buen término una medida muy importante: el establecimiento de la paz con España. Después de Rocafuerte ocupó la presidencia Ramón Roca, de 1845 a 1849. Durante su gobierno se hizo un arreglo temporal de la cuestión pendiente con Colombia, y una convención con Inglaterra, en contra del tráfico de esclavos, además de un tratado comercial con Bélgica. Bajo el corto gobierno de su sucesor, Diego Noboa, ocurrió una ruptu-

ra con Nueva Granada. Noboa había sido elegido después de una época de gran turbulencia política. La causa de las dificultades con Nueva Granada, o Colombia, fué el haber acogido el presidente, con el carácter de refugiados, a ciertos políticos conservadores que se habían visto obligados a huir de ese país. No tardó en producirse la caída y el exilio de Noboa. De 1852 a 1856, fué presidente J. M. Urbina, demócrata al principio y dictador después. Fracasado un intento de llevar a Noboa nuevamente al poder, bajo el gobierno de Flores, ocupó el primer puesto de la república Francisco Robles, en 1856. En este tiempo se adoptó en el país el sistema métrico francés de pesos y medidas, y varias otras mejoras que han quedado como aporte útil de aquellos años. Robles abdicó en 1859 y salió del país. Había rehusado ratificar el tratado con el Perú, bajo el cual se convino en levantar el sitio de Guayaquil.

El Dr. García Moreno, elegido para la presidencia en 1861, fué un hombre progresista, en ideas y en acción. Profesor de Química, poeta y periodista, fué quizás el espíritu más notable de su época en el Ecuador. Reconocido como "leader" único del partido conservador, fué elegido por la convención nacional en Quito. Entre las concepciones de García Moreno estaba la construcción del Ferrocarril de Guayaquil a Quito. Este dignatario se esforzó por desarrollar los recursos materiales del país, en oposición a las ambiciones meramente políticas de la mayoría de sus predecesores. Era firme doctrina suya que mientras existiera tan grande pobreza general, el progreso sería inalcanzable. Durante la presidencia de García Moreno, el mandatario y las fuerzas de Colombia trataron de usurpar territorio patrio. El ecuatoriano destacó un ejército a su encuentro. Derrotado éste, García Moreno presentó su renuncia, la cual, sin embargo, no fué aceptada. Desgraciadamente la publicación de algunas de las cartas privadas del presidente, en las cuales se había expresado favorablemente acerca de un protectorado francés sobre el Ecuador, excitó la desconfianza en su política. Esta opinión de García Moreno fué indudablemente inducida por el estado de anarquía política de su país. Por otro lado, ciertos actos de despotismo y su propósito de establecer una dictadura soliviantaron el ánimo de sus rivales políticos. Se le acusaba también de

un "papismo" demasiado ferviente y de métodos retrógrados en lo tocante a religión y a educación, y en 1865, García Moreno se retiraba de la magistratura. La figura de García Moreno merece un estudio más detenido que el que hemos podido dedicarle aquí (1).

Durante el período 1865-67 detentó el mando Jerónimo Carrión. Durante este gobierno se verificó la alianza del Ecuador con Chile y el Perú contra España. De la península Ibérica había llegado una expedición a la costa del Pacífico sudamericano, comandada por el almirante Pinzón, con dos fragatas, aparentemente con el objeto de verificar observaciones científicas. Pero por los actos que se cometieron se hizo ostensible que España trataba de recobrar su perdido pedestal en esas regiones. Pezet, el presidente del Perú en aquel entonces, contemporizó con España, pero Bolivia y Chile, poniendo a un lado la disputa pendiente entre ambos países por el asunto de Atacama, combinaron sus fuerzas y los chilenos capturaron un cañonero español. Perú entró también en alianza con Chile para hacer frente a los iberos, mas Callao y Valparaíso fueron bombardeadas, con graves pérdidas de ambas partes. La marina española optó por retirarse, y luego emprendió el retorno a la Península. Gracias a la amistosa intervención de los Estados Unidos se convino en un tratado de paz. De resultados de la acción española los súbditos de esta nacionalidad habían sido expulsados del Ecuador y del Perú.

Consecutivamente a la renuncia de Carrión, el congreso del Ecuador hizo algunas reformas de importancia. Considerando el peligro que entrañaba la facultad del presidente por la cual quedaba a su arbitrio la encarcelación de toda persona cuyas opiniones parecieran adversas al orden público, se decretó la insubsistencia de tal poder. También se aprobó la naturalización de los bolivianos, chilenos, peruanos y colombianos en el Ecuador. En 1868 fué nombrado presidente Jerónimo Carrión, pero no bien había asumido el poder, cuando, en Agosto del mismo año, un terrible terremoto devastó el país, calculándose en 30.000 la pérdi-

(1) Un estudio de esta clase puede encontrarse en **Latin América: its rise and Progress**, por F. García Calderón: Unwin, 1913.

da de vidas humanas. El movimiento sísmico dejó en ruinas los edificios públicos de Quito y se destruyeron completamente varias otras ciudades de la serranía. A los disturbios de la naturaleza siguieron los de la política humana, y una revolución que se encendió en la capital un año más tarde, dió fin a la presidencia de Espinoza.

La convención nacional eligió a Carvajal para la magistratura suprema, pero García Moreno, el presidente anterior, desafiando esa voluntad, consiguió ser exaltado en 1869. Su política, que le había granjeado el antagonismo de muchos de sus conciudadanos, no había sufrido cambio alguno. Volvió a manifestar el mismo pertinaz deseo de establecer un despotismo religioso, en el cual tuviera el clero la supremacía y el presidente tan sólo un segundo lugar junto a él. Enardecida la opinión, no tardó en suscitarse un terrible asesinato político, de aquellos que han manchado tan frecuentemente la historia moderna de la América Hispana. El presidente García Moreno murió asesinado en Quito, el mes de Agosto de 1875.

El sucesor de García Moreno, el Dr. Antonio Borrero, detentó el poder durante un período sumamente breve, pues en 1876 estalló una revolución en Guayaquil, encabezada por el general Ignacio Veintemilla. Las fuerzas gubernamentales destacadas a su encuentro al mando del general Aparicio fueron vencidas en Galte, un día del mes de Diciembre. Veintemilla se proclamó presidente y al año siguiente fué elegido legalmente por el congreso. Veintemilla era radical y la campaña emprendida con tan cumplido éxito por los revolucionarios respondía al deseo de una política más liberal. Las viejas falanges del conservadurismo y del clericalismo habíanse tornado opresivas. El revolucionario presidente hizo que se modificara la Constitución a tono con un espíritu más libre e inflingió golpes certeros al partido clerical, aboliendo, entre otras cosas, el concordato con Roma. Veintemilla, empero, se extralimitó penetrando en el terreno fatal de las dictaduras, las que tan a menudo han ocasionado la caída de sus autores. En 1878, obró en tal forma que se hizo elegir para un nuevo período de cuatro años, y cuando éste llegaba a su fin, en lugar de entregar el poder a su sucesor, tal como lo exigía la ley, asumió facultades dictatoriales y retuvo su magistra-

tura como jefe del Ejecutivo. Exasperados por esta acción, el partido clerical y los liberales moderados unieron sus fuerzas, provocando un levantamiento popular en todo el país contra Veintimilla. Arrojado de Quito, su gobierno quedó reducido a las provincias litorales de Guayaquil y Esmeraldas; incapaz de retener aún este último reducto, sus antagonistas, comandados por el general Reinaldo Flores, le compelieron a salir de Guayaquil y luego a huir al Perú, en Junio de 1883.

Por esta época, el Perú emergía recién de su terrible lucha con Chile, habiendo perdido, como consecuencia, sus ricas provincias salitreras. Los chilenos habían derrotado a los peruanos en la tierra y en el mar, no obstante la heroica resistencia del ejército y del pueblo de Lima. La famosa batalla naval del **Huáscar**, la muerte de aquellos héroes del mar, Grau y Prat, el uno de la marina peruana y el otro de la chilena, el funesto encuentro del Morro de Arica y la muerte del heroico Bolognesi, así como también las sangrientas acciones en el desierto ardiente de Tarapacá y el sitio y caída de Lima, fueron otros tantos incidentes de esta gran guerra, motivada principalmente por la posesión de las provincias salitreras. En 1883 se firmó el tratado de Ancón, pero la enconada cuestión de Tacna y Arica todavía aguarda un arreglo definitivo. Estos asuntos, son materia propia de la historia del Perú y el Ecuador no tomó parte en ellos, salvo como espectador.

A continuación advino a la presidencia del Ecuador el Dr. Plácido Caamaño, llamado al principio con carácter provisional y luego elegido oficialmente en 1883, para el período que habría de terminar en 1888. El curso de este régimen se marcó por varios movimientos subversivos, todos debelados, y en 1888 ceñía la banda presidencial el Dr. Antonio Flores, para gobernar, sin ninguna dificultad política, durante los cuatro años del período legal. Esta tranquilidad no perduró, sin embargo, pues elegido su sucesor, el Dr. Luis Cordero, en 1892, el país se vió envuelto una vez más en sórdidas contiendas y matanzas políticas.

La causa de estos desórdenes fué hartó peculiar, pues se originó en un asunto extranjero que no tocaba en nada los problemas domésticos. Estaba en pleno hervor la guerra chino-japonesa, y en 1894, el gobierno de Chile, ha-

biendo ultimado la venta del crucero **Esmeralda** al Japón, y deseoso de evitar complicaciones internacionales, quiso que la transferencia del barco se hiciera por intermedio del Ecuador. El método propuesto para la entrega fué que ésta se verificase en aguas ecuatorianas frente a las islas de Galápagos, a 600 millas de distancia del continente. La bandera del Ecuador debía ser reemplazada por la del Japón, previo formal traspaso del buque al representante de ese país enviado a recibirlo. Este plan se llevó a cabo sin ninguna dificultad y el **Esmeralda** fué transferido al gobierno del Sol Naciente en las solitarias aguas del Archipiélago. Conocida la transacción por el pueblo del Ecuador, produjo una indignación general, sobre todo cuando se supo la ingerencia en el asunto del presidente Cordero. Flameó la revolución al mando del general Alfaro. Un año se vió conturbado el país por el fragor de una lucha interrumpida por grandes paréntesis, pero al fin, enconada la batalla final, fueron vencidas las fuerzas del gobierno y el presidente Cordero abandonó su puesto y se escapó del país.

Alfaro era radical y anti-clerical nato. Había penetrado a la arena política en temprana edad, y en una época, exilado y sin recursos, conoció las más dolorosas privaciones. La suya fué la carrera que caracteriza típicamente a ciertos caudillos latinoamericanos cuyas épocas de poder, meteóricas o tintas en sangre, se suceden unas a otras con tanta frecuencia en la América Central y en la del Sur. Parece que Alfaro estaba animado por un odio especial contra el clero, árbitro del país en ese entonces y bastante retrógrado y corrompido. Lograda la victoria, asumió inmediatamente facultades dictatoriales como jefe supremo de la república y continuó en esa capacidad administrativa hasta que en Febrero del año 1897 se puso en conocimiento de todos que había salido legalmente electo presidente. La elección produjo resistencias en ciertos sectores y una serie de revoluciones contra la administración de Alfaro hundió al país, por varios años, en guerra civil y cruento sacrificio. Estos levantamientos se debieron en gran parte a las intrigas del clero, cuyos poderes habían sufrido bajo el gobierno de Alfaro grandes restricciones. La influencia eclesiástica, ejercida, frecuentemente, con torcidos propósitos, fué refrenada severamente. Durante este período se

firmó el contrato para la terminación de la vía férrea Quito - Guayaquil, paso progresista de gran valor para el país. En agosto, 1901, el general Alfaro entregó el poder al general Leonidas Plaza, quien había sido "elegido" como su sucesor y gozaba de la simpatía oficial.

La política anti-clerical inaugurada por Alfaro tuvo su continuador en el presidente Plaza. La ley que permitía el matrimonio civil y el divorcio fué un triunfo para el elemento progresista del Ecuador; y lo que tomaba caracteres de revolución social en un país de preponderante clerecía tuvo su fecha en 1904, cuando la Iglesia fué puesta bajo el control del Estado, prohibido el establecimiento de nuevas órdenes y uniformado el estatuto legal de todas las religiones. Hacia las postrimerías del gobierno de Plaza se tomaron medidas anti-clericales todavía más drásticas. Las grandes posesiones de la Iglesia fueron declaradas bienes nacionales y se las sacó a licitación pública. De esta suerte se efectuó en esta parte de la América del Sur la inevitable reacción contra los dogmas y la opresión del papado.

En 1905 la oposición se sintió lo suficientemente fuerte para esforzarse por cambiar esta política progresista que había llegado a extremos demasiado marcados. La Iglesia no era en todas partes necesariamente una institución maligna, ni su influencia inevitablemente retrógrada. El pueblo de la América Latina no puede precipitarse en el materialismo sin grave daño para su estado social, y en todo caso la gran masa de la población apoya a su Iglesia. Fué elegido para la presidencia D. Lizardo García, un rico comerciante y director del **Banco Comercial y Agrícola** del Ecuador. Las fuerzas de la oposición eclesiástica eran, no obstante, demasiado poderosas, y el general Alfaro, en virtud de un **pronunciamiento** y un llamado a las armas derrocó a García, expulsó a sus colegas de Gabinete y asumió de nuevo la presidencia con carácter dictatorial. El ejército le proclamó Dictador Supremo.

En 1911 fué elegido presidente Emilio Estrada. Estrada había sido el candidato de Alfaro, pero posteriormente el general se arrepintió de su elección, y según rumores populares, el día conmemorativo de la Independencia el ejército habría de proclamar a Alfaro dictador. Pero, ante la sorpresa y desengaño de este último, se produjo un estallido

popular en el cual tomaron parte aún sus propios soldados, unidos contra sus procedimientos anticonstitucionales. El populacho fué invitado a armarse en las barracas; súbitamente se oyó el grito "**¡Viva la Constitución!**" mezclado con disparos de artillería, bajo la ventana de la habitación donde cenaba el atónito general. Fué preciso el auxilio de los ministros chileno y boliviano para librar a Alfaro y sus hijos de la furia de las masas. Les fué brindado asilo en la legación de Chile. Si bien no se combatió verdaderamente, era peligroso transitar por las calles debido a los disparos de la soldadesca embriagada. El objeto de la asonada era en parte exaltar a la presidencia a otro candidato, el Dr. Emilio Terán. Este caballero había representado anteriormente a su país en la Gran Bretaña. Era persona de mérito y merecedora de mejor suerte, mas cúpole ser asesinado por un enemigo personal, el Coronel Quirola, quien se aprovechó de los disturbios políticos para tomar venganza, hecho no del todo insólito en la América Latina. Los partidarios de Terán, sin embargo vengaron su muerte de manera terrible: al día siguiente, el asesino fué sacado a rastras de su celda y victimado; luego se mutiló su cadáver, según la bárbara costumbre que caracteriza a las épocas de encarnizamiento político en la América Española.

Alfaro tuvo que presentar su abdicación por escrito y Emilio Estrada, el Presidente Electo, tomó posesión del cargo. Se permitió salir del país a Alfaro, previa promesa de permanencia en el exterior al menos por un año, a pesar de que el pueblo pedía su ejecución. Estrada no gozaba de las simpatías de ninguno de los partidos, pero fué bien recibido, como un cambio después de la dictadura anterior. Falleció en Guayaquil, el 22 de diciembre de 1911, y una vez más la Revolución agitó al país, con su séquito usual de sangrientos excesos. El General Plaza ofreció su apoyo al Gobierno, así como también el General Montero, el Comandante Militar de Guayaquil. En esta ciudad se consideró la oferta del primero como signo de que el Gobierno secundaba sus pretensiones a la Presidencia, y, con tal pretexto, Montero, en el **pronunciamiento** del 27 de Diciembre, se dió a conocer como Jefe Supremo de la Nación y sobrevino una revolución. Se decía que antes de la muerte de Estrada había habido una conspiración en Guayaquil, co-

mo resultado parcial de una disputa entre el Gobierno y la Compañía Portuaria de Durán, de la cual era accionista Estrada. El Gobierno había arrendado el muelle a la Compañía por un período de 10 años, al término del cual el Gobierno habría de pagar a los concesionarios 600.000 libras esterlinas o, en caso de incumplimiento, la Compañía rendiría su posesión.

Podrían narrarse los incidentes consecutivos a esta disputa y revolución, pues al par que nos llevan a la época actual en la historia del país demuestran la base deleznable en que parece apoyarse el Gobierno Constitucional en el Ecuador. Se verá también el carácter sanguinario que pueden asumir tales disenciones.

Las fuerzas gubernamentales, después de rudo batallar, entraron en Durán, la población terminal del ferrocarril a la Costa, frente al puerto de Guayaquil. Gracias a un ardid, las fuerzas revolucionarias fueron incitadas al cruce del Guayas y entonces a tiro de rifle y ametralladora produjo una siega de vidas, habiendo caído cientos, fáciles víctimas de la estratagema del General Plaza. El número total de muertos subió a mil, sin contar muchísimos heridos, y de parte del Gobierno apenas se registraron algunas bajas. En esta coyuntura llegó Eloy Alfaro a unirse con Montero, y los dos Jefes con un cuerpo de tropa, quedaron en posesión de Guayaquil, protegidos por el río. Montero juró reducir la ciudad a cenizas en caso de que intentaran el cruce las tropas del Gobierno. En estas circunstancias ofrecieron su mediación los Cónsules de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, en Guayaquil, la cual fué aceptada por ambas partes, y Plaza de parte del Gobierno y Montero y Alfaro por los revolucionarios firmaron un acuerdo. Según las cláusulas de éste, los sediciosos se comprometían a capitular con honores de guerra y bajo promesa de amnistía. Pero mientras se ultimaban los detalles de la capitulación, un grupo de guayaquileños, enemigos de los revolucionarios, atacó a los soldados inermes, los que huyeron, y Alfaro y Montero fueron hechos prisioneros. Esta acción, realizada contraviniendo el pacto, arrancó la más enérgica protesta de los Cónsules, los que presentaron sendas exposiciones al gobierno de Quito, desgraciadamente sin ningún fruto. Parte del ejército gobiernista regresó a Quito y fué

recibido con una lluvia de flores de ventanas y balcones. A petición popular, Montero fué juzgado por una Corte Marcial en Guayaquil y condenado por alta traición. En consecuencia sería expulsado, deshonrosamente, del ejército, y guardaría diez y seis años de prisión. El populacho, considerando esta sentencia insuficiente, y presa de ira frenética por la proterva y desenfrenada revolución en su seno, fusiló a Montero o al menos estimuló a sus guardias para que lo hiciesen. Después de que se hubo disparado el tiro de gracia, las masas le cortaron el cuello "para asegurarse de su muerte". Alfaro, su hermano, y algunos de sus compañeros, fueron enviados en tren a Quito a esperar su enjuiciamiento. Por entonces se desarrolló en Guayaquil una epidemia de fiebre amarilla y cayeron enfermos cientos de soldados. Entre los muertos mencionaremos al capitán de un cañonero norteamericano surto en el río. Se afirma que esta fiebre ocasionó 2.000 víctimas. Alfaro, con otros 5 "líderes" de la revolución, fué encarcelado en el Panóptico de Quito, con una guardia para protegerlo del populacho. Empero la venganza última había de caer. Pocos minutos después, las masas forzaban las puertas de hierro de la cárcel sin que ofreciera ninguna resistencia la policía armada, y dirigiéndose a las celdas de los prisioneros (no obstante que sólo el alcaide de la prisión debía saber la situación de éstas) (1), asesinaron a Alfaro y sus compañeros con absoluta sangre fría y "odiosas atrocidades".

Plaza y algunos otros jefes del gobierno condenaron estos actos. La situación era crítica: no había un solo centavo en el Tesoro y se produjo la caída del gobierno. Varias semanas habíase paralizado el ferrocarril, y en Guayaquil descansaba la correspondencia aportada por 6 buques. El gobierno provisional que se había establecido después de la muerte de Estrada, dirigió los asuntos del país hasta el mes de Marzo de 1912, fecha en que el general Plaza fué elegido presidente por una gran mayoría y sin molestias futuras. Plaza tomó ciertas medidas para restablecer el cré-

(1) "The Times", Marzo 26, 1912.

dito del país por medio del envío de las cuotas atrasadas a los tenedores de bonos en Londres. Siguió un período de tranquilidad, mejorado el comercio y abiertas ciertas perspectivas para el Ecuador. Esta situación ha perdurado hasta las postrimerías del año 1913, si bien se han producido ciertos disturbios revolucionarios de menor importancia.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

CAPITULO VII.—EXTENSION Y LIMITES

La República del Ecuador ocupa un área territorial de forma triangular, con su frontis sobre la costa del Pacífico, y se extiende hacia el oriente, a través de los Andes, hasta el valle Amazónico. Linda por el noroeste con la República de Colombia y por el sur con la República del Perú. Deriva su nombre moderno del hecho de hallarse situada directamente bajo la línea equinoccial (ecuador), la cual cruza por el norte del país.

En cuanto a extensión, el Ecuador es la más pequeña de las repúblicas sudamericanas, con excepción del Uruguay. No se puede decir que su área esté plenamente delimitada, pues todavía hállase en disputa la frontera con su vecina del sur. Los mapas del país son muy defectuosos. Los publicados por el Perú reclaman para sí gran parte del territorio que el Ecuador considera como suyo, en tanto que los mapas ecuatorianos extienden sus límites en las regiones cuya pertenencia reclama el Perú, y en los cuales el país últimamente citado tiene avanzadas y ocupación territorial. De acuerdo con Wolf, (1), en su prolija obra:

"Si el Ecuador reclamaría todo el terreno a que se cree con derecho, el área de la república comprendería aproximadamente 714.860 kilómetros cuadrados (o 275.936 millas cuadradas, de las cuales 2.888 representan las islas de Galápagos). De la tierra firme ocupa actualmente el Perú:

(1) Ob. cit.

1.—En Tumbes, la región entre el río Tumbes y el río de Zarumilla, 513 millas cuadradas.

2.—En Jaén, la región entre la orilla derecha del río Chinchipe y la izquierda del Marañón, 3.242 millas cuadradas.

3.—Toda la región al lado derecho del río Amazonas, 41.380 millas cuadradas. Además pretende el Perú toda la región del Oriente al lado izquierdo del Amazonas, entre el río Chinchipe y la frontera del Brasil —esto es hasta el pie de la cordillera oriental— hasta donde los ríos son navegables, región que se calcula aproximadamente en . . . 149.190 millas cuadradas, un total de 194.325 millas cuadradas. El Ecuador quedaría reducido a 74.050 millas cuadradas de territorio.

No sé de punto fijo cuáles sean los límites pretendidos por la República de Colombia, por eso no puedo calcular el terreno que quieren quitar al Ecuador.

Advierto que el cálculo de Villavicencio que da a la República 16.000 leguas cuadradas y al Archipiélago de Galápagos 800 leguas cuadradas, cálculo que ha pasado a todas las geografías modernas y a los libros de enseñanza del país, carece de todo fundamento".

Será necesario que echemos aquí una ojeada a estas pretensiones rivales, las que han sido materia de larga y enconada controversia entre las tres repúblicas interesadas. Las áreas territoriales en disputa, si bien distantes de la civilización, son de enorme extensión y probablemente serán de gran valor para el desarrollo futuro de las regiones del Alto Amazonas y sus afluentes, actualmente en un estado de atraso absoluto.

Parte del territorio en disputa se interpone entre el Ecuador y el Brasil y los mapas del primer país extienden su territorio hasta las fronteras del segundo. Los mapas peruanos, en cambio, muestran al Perú ocupando casi toda la extensión de la hoya amazónica en el Ecuador, con las líneas limítrofes norte y sur a muy poca distancia de Quito y Riobamba, hacia el Este, pretensión indudablemente fantástica. Los mapas comunes dan al Ecuador la frontera con Colombia en el río Napo, y es de importancia extrema para el Ecuador tener acceso a este gran río navegable que se comunica con el principal sistema amazónico, el Marañón.

Si al Ecuador le fuere negado este territorio la república quedaría confinada a un área pequeñísima, la que comprendería sólo la faja andina y el litoral Pacífico. La posesión del Napo, de gran importancia para el Ecuador, lo es mucho menos para el Perú, pues este país tiene varios afluentes navegables hasta el Amazonas, especialmente los que desembocan en el Marañón desde el Sur. El Perú goza en realidad de algo que es equivalente a un litoral Atlántico, pues los vapores oceánicos atraviesan el Amazonas peruano, o Marañón, por varios centenares de millas, dando salida, a través del Brasil, hasta el Océano Atlántico. Iquitos, la capital oriental del Perú, situada a 2.500 de la boca del Amazonas, está, en verdad, en comunicación directa con el Atlántico, y de ahí, sin trasbordo, con Liverpool o Nueva York.

La línea que indica la frontera provisional en la parte Sudeste se extiende desde Huirima-Chico en el río Napo, aproximadamente a 2.50' de latitud Sur y 73.20' de longitud occidental y se dilata en dirección O.S.E. hasta el río Santiago (1).

La porción fronteriza Perú-ecuatoriana que cruza los Andes parte desde el río Santiago (vía fluvial que desemboca en el Marañón cerca de la cabecera de navegación de ese mismo río en el **Pongo** (o rápidos) de Manseriche) en un punto norte de su confluencia, aproximadamente a los 14.12' de latitud Sur y 78 de longitud occidental. De allí atraviesa los Andes en dirección occidental hasta la cabecera del río Macará, sigue hasta el Chira, o Achira, del cual es tributario, hasta un punto en el que se vierte desde el norte un riachuelo, el Alamo, más o menos a 80.17' de longitud occidental. De allí se curva casi en ángulo recto y separándose apenas de su orientación norte en dirección occidental se extiende hasta la ribera sur del golfo de Guayaquil, sobre el Pacífico. El Perú reclama una pequeña sección en el valle de Chira (2).

(1) Esta es la demarcación provisional ilustrada en el mapa del Ecuador de la Enciclopedia Británica.

(2) Enciclopedia Británica.

Si se cumplieran los deseos del Ecuador, su frontera noroeste se extendería hasta el río Putumayo —cuyo territorio adyacente se ha tornado odioso últimamente en razón del infame tratamiento recibido por los aborígenes— y la posesión del cual pretenden Perú, Colombia y Ecuador. El Putumayo corre paralelo al Napo, a una distancia de 60 a 80 millas al norte de esa vía fluvial y desemboca en el Amazonas en tierra brasileña. De Huirima-Chico, sobre el río Napo, la línea limítrofe colombo-ecuatoriana se extiende provisionalmente por el Napo, aguas arriba hacia el noroeste, siguiendo el curso de los ríos Coca y San Francisco, tributarios del Napo, hasta el Divortium Aquarum andino, y un punto cercano a éste, donde lo cruza el ecuador, forma la línea divisoria en una extensión aproximada de 80 millas. De allí la línea tuerce hacia el oeste y corta la costa del Pacífico en la cabecera de la bahía Panguapi, a $1^{\circ}34'$ de latitud norte. El río Mira se vierte en esta bahía y Colombia pretende una pequeña zona adyacente. El Ecuador reclama como límite el cauce mayor del río Mira, y Colombia un pequeño distrito al sur de éste, limitado por una línea que corre al oeste desde la desembocadura de los varios desagüaderos más meridionales del Mira hasta un punto de intersección con este río.

La cuestión de límites entre el Ecuador y el Perú y entre este último país y Colombia, más de una vez ha estado a punto de provocar la guerra entre estas naciones. De tiempo en tiempo, soldados de las guarniciones establecidas en estos solitarios parajes y colonos de los mismos han violado la frontera, o cometido alguna tropelía y aún tratando de imponer su autoridad. De tales incidentes no ha habido sino un paso a patrióticas manifestaciones en Quito, Bogotá o Lima. Apenas hay cosa más inflamable que el espíritu latinoamericano a la sola mención de que "han sido ultrajados sus derechos soberanos" sobre territorio que reclaman como suyo. En realidad hay muy poca diferencia fundamental entre los pueblos de estas repúblicas, en aspecto, idioma, acento, o cualquier otra característica. El extranjero suele observar que los nacionales de Colombia, Perú y el Ecuador son esencialmente idénticos, y sin embargo en ninguna parte se ha fijado con tanta estrictez y artificialidad la línea limítrofe de **patria**. Los territorios en disputa,

en algunos casos están casi completamente deshabitados, excepto por unas cuantas tribus aborígenes diseminadas sin concierto, y están formadas en parte de selvas impene-trables y pantanos malíferos, distantes centenares de millas de cualquier centro civilizado. En tales circunstancias la acritud de la contienda y las dificultades de su solución son motivo de sorpresa, contempladas desapasionadamente.

Las dificultades fronterizas tuvieron comienzo cuando los países de América arrojaron lejos de sí el yugo de España y de Portugal. Los límites no tuvieron siempre una demarcación precisa y las naciones independientes, en pleno desarrollo, sufrieron sus consecuencias. No obstante los linderos a los que generalmente se hace referencia son aquellos que enmarcaban las viejas Audiencias Españolas, y las partes, cuando es menester, presentan sus pruebas, no desprovistas de sutileza, basadas en antiguos decretos o documentos emanados de la Corona Española, y en ciertos casos en bulas del Papa que datan de la época colonial.

El litigio limítrofe entre el Ecuador y el Perú fué materia de un tratado entre los dos países en las postrimerías del último siglo, y por medio de él los signatarios acordaron someterse al arbitraje del rey de España. El Soberano defirió largamente su decisión y transcurrieron varios años de fricción creciente entre las dos naciones sometidas al laudo. Cuando se anunció al fin que el real árbitro estaba listo a dar su fallo, llegó a traslucirse que éste era muy favorable para una de las partes y completamente adverso para la otra, y en 1908 fueron ultrajados en el Perú ciertos funcionarios ecuatorianos y en el Ecuador atacados la legación y el consulado del Rimac. Intensamente excitado el ánimo popular, no tardaron en ser movilizados los ejércitos de ambos países. En vista del peligro de guerra, los gobiernos del Brasil y Argentina, y así mismo el de los Estados Unidos, ofrecieron mediar en el asunto, proposición aceptada por el Perú pero rechazada por el Ecuador, lo mismo que otra en que se proponía someter el asunto al tribunal de La Haya. Afortunadamente se pudo conjurar el conflicto armado. El gobierno del Ecuador informó a las partes interesadas que no serían aceptables las condiciones estatuidas —según rumores— en el dictamen Regio, que en su opinión, el asunto no había sido demostrado imparcialmente y proponía que

quedara en suspenso la jurisdicción del arbitrador y que los dos litigantes entraran en negociaciones directas. El Perú, profesando sentimientos de delicadeza en lo tocante al rey, cuyos reales oficios habrían de ponerse a un lado, rehusó acceder a ese arbitrio, a pesar de que (según las autoridades peruanas) sabían que el fallo sería adverso a sus legítimos derechos". De resultas de tales disenciones y procedimientos, el Rey de España renunció a su ministerio arbitral y se retrocedió al estado de cosas vigente antes del tratado de 1887. A poco de esto, el Ecuador se vió envuelto en graves dificultades políticas y en el torbellino revolucionario, y la cuestión límites fué relegada a segundo término. El Perú mantuvo posesión de casi la totalidad del territorio en disputa y se esforzó por desarrollar varias empresas que robustecieran su situación y sus pretensiones.

La contienda fronteriza entre Perú y Colombia afecta, en cierto grado, al Ecuador, y lo mismo rige respecto al sistema fluvial materia de la controversia. La demanda peruana, que despojaría al Ecuador de sus provincias orientales o trasandinas y le privaría del acceso al río Napo, con sus facilidades de Navegación hasta el Amazonas, se extiende hacia el norte, tras el Ecuador, más allá del río Putumayo hasta el río Caquetá o Yapura. Estos ríos, el Napo, el Putumayo y el Caquetá, forman parte de esa serie de vías fluviales aproximadamente paralelas que descienden desde los Andes de Colombia y Ecuador y van a desembocar al sudeste en el Marañón y el Amazonas. El Napo es valioso para el Ecuador —como salida al Atlántico— en la misma medida que el Putumayo lo es para Colombia. El Caquetá es insuficiente para Colombia como río navegable, pues, si bien sus tributarios y ramales superiores permiten la navegación interna, los buques no pueden avanzar hasta el Amazonas debido a los rápidos y cataratas de Araracuara. En lo tocante a sus necesidades económicas parece esencial para Colombia sostener sus derechos al Putumayo, único río que le permite navegar (a vapor) hasta el pie de los Andes cerca del meridiano setenta y seis, o sea únicamente a 200 millas más o menos de la costa del Pacífico, pasando los Andes. El Perú reclama la región bañada por este importante río. El Putumayo, como se indicó anteriormente, ha devenido casi sinónimo de infamia, a causa de las exce-

crables atrocidades de que han sido víctimas los indios de la región, a manos de los trabajadores del caucho peruanos y otros. Llama la atención que el Perú haya demostrado tan poca repugnancia por los actos cometidos y ningún empacho en sobrellevar la responsabilidad; indudablemente la razón de su actitud debió haber sido el reconocimiento implícito que se hacía de su propiedad al presentar cargos contra el gobierno de este territorio. "Los peruanos son tradicionalmente diplomáticos y seguramente consideran estas molestias como el logro, a poco precio, del reconocimiento implícito de sus derechos. Estos, en verdad, son controvertibles y hace mucho tiempo constituyen motivo de enconada disputa" (1) .

Ciertos mapas del Ecuador señalan el Marañón como frontera meridional del país, en lugar de la línea provisional fijada por la ocupación efectiva, esto es desde el Napo hasta el Santiago, según se describió anteriormente. La carta geográfica que se conoce con el nombre de gran mapa de Fray Enrique Vacas Galindo, de la orden de Predicadores, extiende el territorio del Ecuador hasta el Marañón, y lo mismo puede observarse en el mapa publicado por la Unión Panamericana, Washington, 1894. Este último, sin embargo, coloca a Iquitos dentro del Ecuador, algo manifiestamente imposible. Cruzando esta zona corren hasta desembocar en el Marañón los ríos Morona, Pastaza, Tigre y otros más, como se verá detalladamente cuando tratemos del sistema fluvial. El Ecuador basa sus derechos de propiedad sobre este territorio, en el protocolo Pedemonte-Mosquera, firmado en 1830. El Perú, por otra parte, asegura que ninguna de estas dos líneas fronterizas tiene validez y reputa como insostenible cualquier pretensión ecuatoriana en virtud de la cual quisiera llegarse hasta el Marañón. Afirman que el Perú, desde principios del siglo diez y nueve, ha ocupado el territorio adyacente a los ríos Santiago y Morona. En lo que respecta al protocolo Pedemonte-Mosquera, las autoridades peruanas aseveran que "el documento es apócrifo y cualquier reclamo fundamentado en él

(1) **The Times**, Suplemento Sudamericano, Abril, 1913.

por ende, desprovisto de valor; que el gobierno del Perú sostuvo ante la Corte de Arbitraje de Madrid, que el mencionado protocolo jamás llegó a existir, y que en la fecha que, según alega el Ecuador, fué firmado en Lima por el ministro peruano de Relaciones Exteriores, Sr. Pedemonte, y el ministro colombiano, Sr. Mosquera, hacía ya varios días que este último viajaba con rumbo a Guayaquil" (1). El Perú alega, además, la posesión efectiva, **de jure y de facto** de todo este territorio desde 1803, año en que entraron en vigencia las disposiciones administrativas contenidas en la Real Cédula del 15 de Julio de 1802, en la cual se resolvía segregar del Virreinato de Santa Fé para agregarlos al Virreinato de Lima el gobierno y Comandancia general de Mainas, con todo el territorio bañado por los tributarios meridionales y septentrionales del Amazonas, hasta "el paraje en que por sus altos y raudales inaccesibles dejan de ser navegables". La nueva área política y administrativa del Virreinato de Lima comprendía toda la región bañada por los ríos Santiago y Zamora, afluentes septentrionales del Marañón (2). A las antedichas declaraciones peruanas contestan los comentadores imparciales anotando que, dado que persiste la condición jurídica de territorio en disputa entre ambas repúblicas, la exactitud del reclamo no sufre ningún cambio si uno cualquiera de los litigantes aduce, como prueba, que su posición **de jure** o **de facto** es más fuerte que la del otro (3).

Según expresamos en la sección histórica de este libro, el Virreinato de Nueva Granada, que incluía la Presidencia de Quito, fué estatuido en 1739. El gobierno de Colombia reclama, para su propio país y el Ecuador, todo el territorio de ese Virreynato, en conformidad con el **uti possidetis** (4) de 1810, el cual fué la norma para la demarcación fronteriza de varias de las repúblicas sudamericanas. Cuando se estableció el gobierno de Quito, a mediados del siglo diez y seis, abarcaba Macas, entre los ríos Santiago y Morona, Ca-

(1) Encargado de Negocios del Perú en Londres; carta al **Times**, Junio, 1913.

(2) **Ibid.**

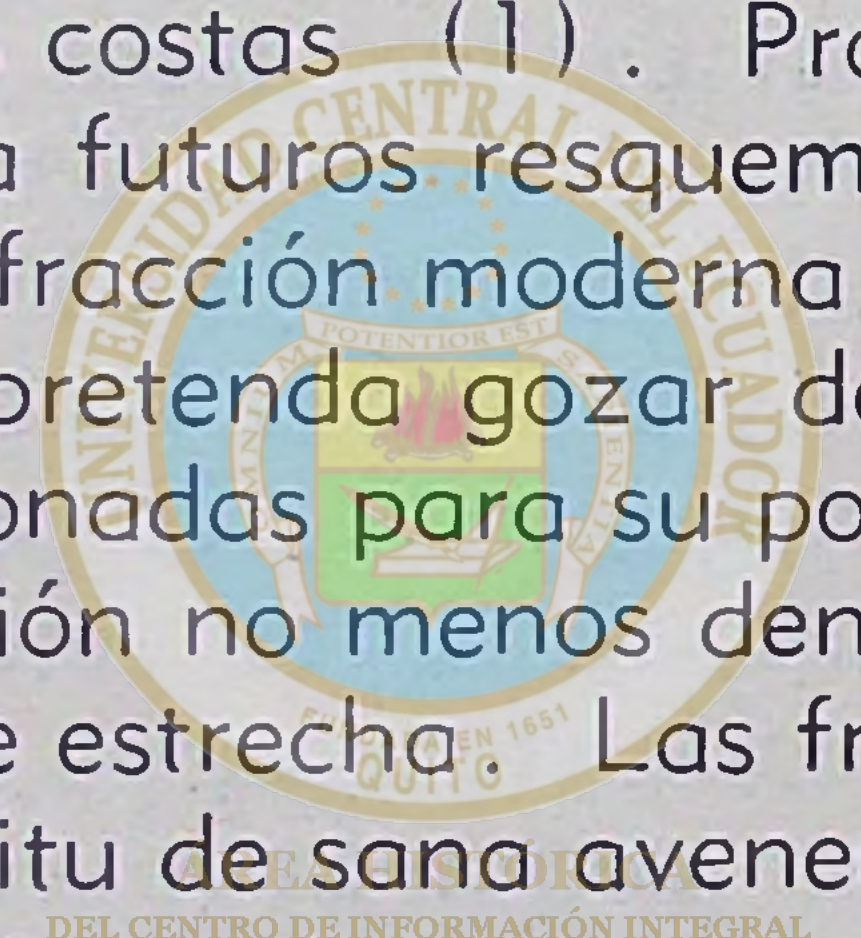
(3) Nota editorial del **Times** en respuesta a la carta anterior, Junio, 1913.

(4) *Uti possidetis*, "Como poseéis seguid poseyendo".

nelas, entre el Morona y el Pastaza, Quijos, entre el Pastaza y el Napo, y las **Misiones** de Mocena y Sucumbíos, entre el Napo, Putumayo y Caquetá, misiones éstas que dependían de Pasto, el centro religioso de los jesuítas y los franciscanos. A principios del siglo diez y siete, la región adquirió categoría de provincia, con el nombre de Mainas. La **Real Cédula** sobre la que basa el Perú su pretenso derecho al Putumayo, Napo, Pastaza y otros ríos al norte del Marañón, fué promulgada en 1802, pero Colombia niega su validez. Esta Cédula fué motivada por la expulsión de los jesuítas en 1717. Estos sacerdotes habían fundado un buen número de pequeñas poblaciones a la vera de los ríos, muchas de las cuales databan de 1616, y cuando los religiosos abandonaron esas regiones los indios volvieron a caer en su primitivo salvajismo. El Decreto Real ordenaba el establecimiento de la Diócesis de Mainas, la que abrazaba las tierras a ambos lados del Marañón, extendiéndose por los grandes ríos meridionales y septentrionales, aguas arriba, "hasta donde fueren navegables". El gobierno administrativo y militar de esa región había de estar sujeto al Virreinato del Perú y su obispo sería sufragáneo del Arzobispado de Lima. Los colombianos niegan la validez de esta **cédula** aduciendo que jamás se la puso en práctica, y que por tanto dejó incólume el **uti possidetis** de 1810. Demuestran además que Mainas y Quito fueron incorporadas a Nueva Granada, y basan su derecho a la propiedad del Putumayo en las cédulas de 1717 y 1739 que definen los límites del mencionado Virreynato.

El lindero austral del Antiguo Reino de Quito que, salvo posteriores arreglos considera el Ecuador como perteneciente a la república, toca con el Marañón unas cinco leguas al sur de la boca del Chamaya (que es la misma que la del Huancabamba), cruza luego los ríos Utcubamba, Chuchunza, Huallaga y Ucayali y termina con el curso del Yaravi en la boca de ese río, abarcando, con el curso del Amazonas, una superficie de 107.200 kilómetros cuadrados. La parte occidental de este vasto territorio fué pertenencia del antiguo **Gobierno de Jaén** y la oriental del de Mainas. Actualmente constituye una de las ocupaciones peruanas. El Perú ha ido avanzando paso a paso hasta el borde mismo del Marañón, pese a las tribus salvajes que

obstaculizaban su marcha. Hay que anotar, sin embargo, que todo lo que se sabe hoy respecto a esas remotas regiones, no sólo en lo tocante a la ribera meridional del Marañón sino a la septentrional y sus principales tributarios, se debe a los exploradores peruanos o a los extranjeros apoyados por el gobierno del Perú. A este respecto es muy poco lo que ha hecho el Ecuador.

Desde un punto de vista imparcial, parece que los linderos de estos países —cuyas líneas han dependido de oscuros decretos azás discutibles— podrían fijarse ahora con cierta medida de proporción y estabilidad. Es irracional, e indica muy poca cordura, dar a una nación una faja de terreno que se circunde o se extienda arbitrariamente tras otro Estado, o que se le prive, por tal arbitrio, del acceso a los ríos navegables y las costas (1). Proceder así es tan sólo sentar las bases para futuros resquemores. Es sobremane-
ra anormal que una fracción moderna de la antigua unidad territorial española pretenda gozar de vastas tierras enteramente desproporcionadas para su población, en tanto que su vecina, de población no menos densa, queda reducida a una zona sumamente estrecha. Las fronteras naturales son las mejores: un espíritu de sana avenencia transaccional establecería permanentemente un entendimiento sincero entre estas naciones, especialmente entre aquellas de auténtica comunidad de sangre y cuyas gentes apenas se diferencian entre sí.

Un geógrafo imparcial se aventuraría a pensar, sin ánimo de ofensa, que el Marañón es el límite más natural entre el Ecuador y el Perú. Corre hacia oriente y occidente, es navegable y recibe de ambos países grandes afluentes así mismo navegables, en direcciones opuestas —del norte para el Ecuador y del sur para el Perú. Si fuere posible el acuerdo, sería difícil encontrar una línea de demarcación más natural. Al sur de esta línea el Perú posee enormes áreas de territorio rico e incultivado, mucho más que el Ecuador. Iquitos, el importante puerto fluvial sobre la ribera septentrional del Marañón es, en cualquier caso, indiscutiblemen-

(1) Como es el caso en Bolivia y Chile.

te peruano. Colombia se extiende al norte del Ecuador. Entre estos dos países la línea divisoria natural parece ser el Putumayo, al menos hasta un cierto trecho de su curso. Como sabemos, éste es el gran río navegable que corre hasta el Marañón o Amazonas y los dos países citados deberían gozar, solidariamente, de las ventajas de su condominio. Aparece como un intento absurdo de demarcación geográfica que el Perú reclame como suya una faja de territorio casi aislada, sobre el río Putumayo, entre Colombia y Ecuador. Equivaldría a plantar, en estas tierras, la semilla de las discordias futuras. Colombia posee magníficas salidas al mar y tiene costas sobre el Pacífico y el Atlántico; domina además parte del Orinoco, el gran río navegable. En cuanto al Brasil, esta república posee la más dilatada superficie del continente, y parece forzado y artificioso que quiera adjudicarse ese ángulo territorial que comprende la desembocadura del Putumayo y aún más, aquel otro mayor que penetra en el Perú (de los 70 a los 74° de longitud occidental). Un espíritu de concesiones mutuas debería bastar para la liquidación final de las disputas limítrofes en Sud América. Ninguno de los países en cuestión puede todavía supervigilar o explotar, eficazmente, los inmensos territorios dentro de su gobierno, ni les será posible hacerlo, antes de que prevalezcan, en la América Hispana, mejores condiciones políticas y económicas.

CAPITULO VIII.—LA COSTA

Como ya lo observamos anteriormente, el territorio de la República del Ecuador se caracteriza por tres grandes divisiones naturales: La costa, la altiplanicie, y el Oriente o región amazónica. Es preciso estudiar cada una de estas zonas en detalle y separadamente, y en tal virtud dedicaremos nuestra atención, en este Capítulo, a la zona litoral.

La costa ecuatoriana presenta especial interés debido a los cambios producidos por los fenómenos climatéricos. Podría comenzarse su descripción con el extremo austral de la república, en las riberas del gran golfo de Guayaquil. Sobre él se extiende la línea divisoria con la vecina República del Perú.

El golfo es de forma triangular y constituye la mayor abertura en toda la amplitud de la costa sudamericana. El Cabo Blanco, en el Perú, bajo el cuarto paralelo de latitud sur determina su extremo más meridional. Entre éste y la escarpada puntilla de Santa Elena, sobre el segundo paralelo, el golfo alcanza una anchura media de 140 millas, y se halla delimitado, en su parte interna, por la isla de Puná. El Ecuador propiamente dicho principia al norte de la ensenada o bahía de Túmbez, con un grupo de islas bajas y cubiertas de manglares. El golfo penetra tierra adentro hacia el Este, y en su parte superior, en una extensión de 100 millas, curva al norte para terminar en el delta del río Guayas, sobre el cual se recuesta la ciudad y puerto de Guayaquil, descrito más ampliamente en otro lugar. Numerosos esteros de menor magnitud cortan la extremidad superior del golfo y sus riberas septentrionales. Los entrantes en la

tierra firme se hallan marcados por las bocas de los ríos que descienden de la cordillera. Estas costas se hallan generalmente bordeadas de manglares. La parte sudeste del golfo, conocida con el nombre de Canal de Jambelí, entre la gran isla de Puná y la tierra firme, mide entre la Punta Salinas y la de Jambelí 18 millas náuticas, y se estrecha luego a 6 millas. Este pasaje marino constituye la vía de entrada de los barcos hasta el puerto de Guayaquil. El Canal es algo peligroso para la navegación por los cambiantes bancos de arena que interceptan el paso. Los buques reciben para su entrada y salida un piloto (práctico) desde y hasta la Punta Arenas. Posteriormente describiremos el Canal del Morro, la entrada al norte de la isla de Puná. El río Guayas se presenta como la continuación del golfo hacia el norte. Desde la punta sur de la isla de Mondragón, donde propiamente termina el golfo, hasta la ciudad de Guayaquil hay una distancia de treinta millas.

La planicie arenosa sobre la cual se halla situada la ciudad de Guayaquil forma una garganta de terreno que separa el Estero Salado y el río Guayas. El estero, en época geológica no muy remota, formaba el delta del río, pero a causa de los aluviones del río mismo se ha verificado la separación completa del Salado y el Guayas. El río Guayas desciende desde muy lejos de Guayaquil, como se verá oportunamente.

La isla de Puná merece cierto interés. Mide en su mayor extensión longitudinal (de Punta Mandinga a Punta Salinas) 30 millas náuticas y en su ancho mayor 14 millas náuticas. Su área total se calcula en 919 kilómetros cuadrados. Su terreno es ondulado y de poca elevación, la costa completamente plana y recubierta de **salitrales** y **manglares**. Un laberinto de esteros divide casi en dos partes la isla. El clima y la hidrografía de la isla son desfavorables para la agricultura y las principales industrias susceptibles de desarrollo son la cría de ganado y la explotación de la madera, de excelente calidad, que se encuentra allí. El carácter densamente forestal de la isla de Puná presenta un contraste marcadísimo con la árida costa peruana al sur; al pintoresco efecto del paisaje litoral en los trópicos se suma el verde del follaje exuberante. Las pequeñas eminencias de la ribera oriental surgen sobre el nivel ordinario. A

través de la isla se extienden, a poca altura, los cerros de Zambo Polo. En Puná sólo hay un **pueblo**, el que lleva el mismo nombre de la isla. No tiene más de 200 habitantes. La preponderancia de la fiebre amarilla en Guayaquil ha impuesto la necesidad de establecer una estación de cuarentena y observación en Puná, lugar por tanto de permanencia forzada por un tiempo fijo, de los tripulantes y viajeros que pudiesen hallarse dentro del período de contagio.

A 12 millas de la Punta Salinas en la isla de Puná, y aproximadamente en el punto medio del golfo de Guayaquil yace un islote estéril y solitario, el de **Santa Clara o del Muerto**. Debe su nombre a la singular estructura topográfica de la isla, cuya apariencia da la impresión de un gigante amortajado yacente sobre la superficie del mar. Esta cresta angosta de roca arenosa, de dos kilómetros de largo, se halla coronada de un faro.

Las 4 islas principales cerca de la costa meridional del golfo son Payana, Tembleque, Pongal y Jambelí. Hacia el oeste circunda las islas una **zona** de peligrosos bajos, "**los bajos de Payana**", que quedan descubiertos en la bajamar. Estos bajos, sin embargo, poseen ricos bancos de ostiones, de los que se provee el mercado de Guayaquil y el de algunos pueblos peruanos. Al norte de la isla se ramifica un laberinto de islotes y **esteros**, en cuyo estudio los pescadores nativos son los únicos guías.

A consecuencia de la gran ensenada que hace el golfo de Guayaquil en la costa sudamericana, el Océano Pacífico se aproxima mucho a la cordillera de los Andes. Sólo desde Tumbéz, al sur, y desde Puná, al norte, donde la costa retrocede al occidente, comienza a tomar mayor amplitud y desarrollo el litoral. El río Tumbéz pertenece en su sistema superior a la **hoya** interandina de Zaruma, el rico distrito minero del Ecuador que será descrito más adelante. Después de salir de las montañas altas, el río penetra en la llanura y cruza la línea limítrofe con el Perú. En su curso inferior, que mide hasta Tumbéz unas 5 leguas, el río es navegable por canoas pequeñas. Corre por un terreno suavemente ondulado que en la estación de las lluvias se cubre de vegetación y de flores. Este carácter del paisaje, empero, pronto pierde su encanto para ser reemplazado por el aspecto melancólico del desierto de Tumbéz que ocupa la par-

te norte del Perú. La **villa de Tumbéz** se halla unas 9 millas arriba de la desembocadura del río.

Al noroeste del Tumbéz, a lo largo de la costa, corre el pequeño río Zarumilla. Tiene interés por ser actualmente la línea divisoria entre la jurisdicción ecuatoriana y la peruana (Wolf y otros). La costa se dirige luego al este, hasta la boca del río Arenillas, el que corre por tierras desoladas y desiertas. Sólo desde Santa Rosa, unas pocas millas más allá, donde las altas montañas ya se acercan mucho a las orillas del golfo, comienza a desarrollarse el clima húmedo característico de la zona litoral del Ecuador.

El río Santa Rosa tiene varios ramales, uno de los cuales cruza el camino que conduce del puerto de Santa Rosa a Zaruma, hasta las minas y Loja. El río o estero, como se puede denominar su curso inferior, es navegable por canoas y **chatas** (pequeños botes sin velas). El Jubones es una vía fluvial más considerable. Tiene su boca al norte de la desembocadura del Santa Rosa, y en esta parte la costa del golfo, o más bien dicho el canal de Jambelí, se curva bruscamente. El río Jubones nace en la gran hoya interandina del mismo nombre, entre las dos cordilleras andinas. El río se abre paso a través de la cordillera occidental. En su curso superior y sobre sus riberas existen extensas ruinas de la época incásica, y se cree que sobre esos lugares se levantaba la famosa ciudad de Tomebamba, donde nació Huayna Capac. Sobre uno de los tributarios superiores del río, a la vera de los cerros de forma cónica cerca de Pucará, han quedado otras viejas fortificaciones de los Incas o de los Cañaris, más o menos a 10.500 pies de altura sobre el nivel del mar. Todavía más bajo, sobre un promontorio de poca elevación frente al Jubones, han perdurado los restos de otra antigua fortaleza, la de Pitaviña, que debió ser indudablemente el destacamento más lejano de los Cañaris hacia la costa, y ésta y la de Pucará fueron seguramente reductos de defensa contra las tribus costeñas que defendían el valle de Yunguilla. Una legua más abajo de las ruinas de Pitaviña principian las llanuras de Pasaje y Machala. El río Jubones, en los sitios donde cruza por el litoral, parece haber cambiado de curso una y otra vez, y la costa de Payana se caracteriza en esta zona por la escasez de agua. El pueblo de Machala, cerca del mar, sufre por su situación

desventajosa al borde de los salitrales y además hállase privado de agua. La región cultivada, productora de cacao, dista unas cuantas millas. Desde Puerto Bolívar se extiende hacia el interior una pequeña vía férrea.

Desde el "Rompido" hasta el río de Naranjal, una sección de unas treinta y tres millas de largo, la costa tiene un carácter uniforme. Aquí la cordillera se acerca más al mar, y su vista desde el golfo o desde Puná es una de las más notables, presentándose con su altura absoluta de 13.200 pies.

La zona litoral entre Machala y Naranjal constituye uno de los distritos de cacao más importantes de la república. La región es uniforme y para conocerla resulta un excelente punto de mira cualquiera de los ríos que la atraviesan. De los ríos que fertilizan la región, el primero es el Pagua, al norte del Jubones, el cual recibe a la mitad de su curso, como tributarios, el Machalera y el Chaguana. Todas las tierras adyacentes a estos tres ríos pertenecen a la gran hacienda de Pagua. Sigue el pequeño río Siete, el cual nace cerca del cerro cónico de Tenguelillo, y luego el Tenguel que tiene su origen en la cresta de la cordillera, en el lago Nariviña y desciende desde esa alta elevación hasta los llanos, retorciéndose, tortuosamente, para desembocar en el mar. Otro de los ríos de la región es el Gala, y todos los terrenos comprendidos entre éste y el Siete y atravesados por el Tenguel hasta las altas faldas de la Cordillera pertenecen a la hacienda de Tenguel, una de las más grandes y más valiosas de la república. No muy lejos del río Gala corre el de Balao, el más grande en lo que respecta a su caudal. Los valles superiores y medios de los otros ríos eran angostos y despoblados, pero el valle del Balao es amplio y cuenta con una buena población en las haciendas y caseríos hasta cerca de los **páramos**. Por él conduce un camino bastante frecuentado a Cuenca, en la gran Cordillera. Lanchitas de vapor y balsas llegan hasta Balao, el **pueblo** cerca de la desembocadura. A continuación encontramos el Jagua y siguen luego otros más pequeños hasta llegar al Naranjal. Con este río se acaba la región angosta del litoral; las llanuras se ensanchan considerablemente, marcando el límite del golfo de Guayaquil y el principio del delta del río Guayas.

El Naranjal, que en su curso superior toma el nombre de Cañar, nace en el gran **nudo** del Azuay y atraviesa, en la parte más alta de su recorrido, por una región inhabitada y poco conocida. Pasa entre desfiladeros tortuosos bordeados de torvos tejados de pórfido. En su descenso recibe varios tributarios, uno de los cuales pasa bajo la mal afamada Pucaloma, una estribación corta del Azuay, sobre cuya cima, a 14.600 pies sobre el nivel del mar, serpenteaba el viejo carretero de los Incas, y lugar muy temido de los viajeros por estar comunmente nevado y sujeto al azote de furiosos vientos gélidos. Bajo la cresta yace una hermosa laguna, servida por un canal estrecho, y un valle difícil y pantanoso; a poca distancia se encuentran los Paredones, ruinas de un **Tambo** del tiempo de los Incas. El pueblo de Cañar se levanta sobre el río. Varios afluentes se reúnen con el Naranjal, entre ellos el Chacazaen, a cuya vera está situado el **pueblo** de Naranjal. Hasta el puerto de la Revesa, en la confluencia, sube la marea y el río o estero es desde allí navegable por los vapores fluviales.

Según anotamos anteriormente, el distrito litoral entre Machala y Naranjal, valioso, generalmente por sus plantaciones de cacao, se caracteriza por la uniformidad del terreno. Siguiendo por el río Tenguel o el de Gala, se distinguen cuatro regiones distintas. La primera es la de los manglares, a lo largo de la orilla del golfo; mide por lo regular una milla de ancho y se halla sujeta a las inundaciones. Con la creciente entran las **chatas** al río. La segunda es la zona de las **sabanas** y **tembladeras**, con un ancho variable de una a tres millas. Este distrito no se presta a la agricultura, pero es excelente para la cría de ganado. En el invierno se inunda casi íntegramente, y el río serpea tortuosamente. La tercera es la zona del cultivo, la más importante de todas, y se extiende entre la sabana y el pie de las montañas, con un ancho de tres a nueve leguas. Esta región es casi plana y se compone de un terreno algo arenoso recubierto por rica tierra vegetal. En el estado natural esta zona está cubierta de una vegetación arbórea muy variada y densa, en la cual se encuentra mucho cacao silvestre, lo cual demuestra la capacidad natural del suelo para esta clase de cultivo. Se reúnen en esta zona todas las condiciones favorables para el cultivo del cacao, incluso un cli-

ma húmedo y ardiente y un suelo ligeramente arenoso o cascajoso, pero sólido y substancioso. Se dan igualmente bien otros productos tropicales, especialmente el café, el plátano y la caña de azúcar; en síntesis, ésta es una de las regiones más fértiles del país y está todavía lejos de ser explotada en toda su capacidad. En esta zona el río corre por un cauce más estable, es más rápido y correntoso y ya no es navegable ni aún por canoas pequeñas. La cuarta zona es la de las faldas inferiores de la cordillera y sus estribaciones. Se levanta hasta 3.300 pies de altura, cifra que indica el límite máximo del cultivo, útil, de los productos del trópico. La zona necesita mayor laboreo agrícola y se halla de ordinario recubierta de esa majestuosa vegetación que da ese carácter tan peculiar al pie de los Andes. Los ríos avanzan en forma de poderosos torrentes y dan lugar, por sus depósitos, a la formación de los bancos y vegas de arena, tan útiles para el cultivo del café, plátano, tabaco, etc.

Más allá de esta región, a lo largo del litoral principia, como ya se indicó, el delta del río Guayas y los ríos propios de este sistema, cuya descripción va en Capítulo aparte.

Los términos topográficos españoles que se encuentran tan abundantemente de un lado al otro del Nuevo Mundo cobran sentido especial en ciertos lugares de Norte y Sudamérica, si bien con muy pocas excepciones, su uso es general. Es posible que tales acepciones sean más numerosas en el Ecuador, por las asimismo excepcionales condiciones climatológicas del país, las que han originado características geográficas peculiarmente interesantes. A continuación van unas cuantas notas explicativas de los términos empleados en el Ecuador con carácter ciertamente privativo.

Los **manglares** y **salitrales** serán descritos en el Capítulo sobre la vida vegetal. El **manglar** representa la vegetación espesa y bien nutrida; el **salitral** (llanura salina) carece de ella por completo. El decurrir periódico de las épocas de aguajes da lugar a la evaporación del agua y por consiguiente a la deposición de las sales marinas. De tal suerte aparece el salitral como una llanura tras los **manglares**. En ciertos puntos se forman **pozos** naturales donde el agua marina, estancada y sujeta a una evaporación continua,

forma gruesas capas de sal gema, como en Santa Elena, Puná, Payana, etc. Esta sal en ocasiones constituye valioso artículo para el comercio.

El término **pampa** o llanura es autóctono de Sudamérica; su origen es indio y la palabra se ha incorporado tanto al español como al inglés.

Las **sabanas** son llanuras cubiertas de una vegetación gramínea, comunmente con árboles aislados y en pequeños grupos. En el Ecuador, las sabanas libres de las inundaciones durante el verano, toman el nombre de **sartenejales**. Aquí el terreno es seco y resquebrajado, eminentemente arcilloso, y las gramas se presentan por mechass aisladas, en lugar de formar una alfombra continua. No hay experiencia más penosa para los viajeros y lesiva para las bestias que atravesar sartenejales, debido a su superficie dura e irregular. Al acercarse a una costa se pasa sucesivamente, en el orden siguiente, las cuatro formaciones antedichas: **sabana, sartenejal, salitral y manglar**.

Las **tembladeras** son sabanas anegadas durante todo el año y cubren, en ocasiones, muchas leguas cuadradas. En ellas prosperan las gramíneas gigantes y otras plantas. El agua no permanece del todo estancada, y su profundidad varía de unas cuantas pulgadas a algunos pies; proviene del desborde de ciertos ríos que las atraviesan o que se pierden en ellas. Las sabanas constituyen excelentes áreas forrajeras para el ganado.

Los pajonales "no son mas que tembladeras en escala más reducida". Se hallan principalmente en el sistema superior del río Guayas, y se las encuentra generalmente entre los bancos de los ríos que describiremos después. El nombre se deriva de la vegetación correspondiente la planta **pajón**, muy distinta del pajonal de la sierra.

Los esteros (del latín, **æsterium**) son pequeños brazos de mar sujetos al flujo y reflujo de la marea, pero en el Ecuador se aplica también el término a cualquier río pequeño fuera del alcance de la marea, se designa así aún a un río seco o un cauce abandonado. Tales esteros abundan en las regiones del Ecuador occidental, donde los ríos que corren por las llanuras aluviales de la costa, cambian de cauce con extrema facilidad. En ocasiones los esteros constituyen un medio de comunicación entre dos sistemas fluviales.

El agua corriente de los ríos da origen a las **playas**, **vegas** y **bancos**. Playas se llaman los planos casi al nivel del agua, cubiertos de arena o cascajo; como estas formaciones no tienen la fertilidad necesaria carecen de vegetales y se inundan concomitantemente con la creciente de los ríos. No es insólito en Sudamérica que las playas posean arenas auríferas, tal como las "ensenadas" de California.

La formación de las **vegas** ocurre solamente en los ríos correntosos y profundos. Son depósitos de tierra vegetal mezclada con lodo y arena fina que se forman en los remansos, al lado opuesto de la corriente más fuerte del río.

Las **vegas** son terrenos movedizos y cambian frecuentemente de posición cuando crece el agua de los ríos y varía el cauce de esos. A la **vega** corresponde el barranco al lado opuesto del río, en virtud de la obra de cincel que verifica la corriente en el talud del cauce, y el material viene a depositarse en forma de **vegas**. A cada vuelta de un río corresponde su **vega** y su barranco. El terreno de la **vega** es sumamente fértil y los grandes depósitos de esta naturaleza —tan abundantes por ejemplo en el río Daule (Guayas)— rinden espléndidas cosechas de tabaco, arroz, maíz y otras plantas anuales.

Los **bancos** tienen aún mayor importancia para la agricultura. Las grandes plantaciones de cacao de las provincias del Guayas y de Los Ríos se dan precisamente sobre estas formaciones. La "tierra roja" tiene tanto valor para el cafetero del Brasil como los **bancos** para el cacaotero ecuatoriano. El material que compone los **bancos** es similar al de las **vegas**, tierra arenosa y feraz que permite la penetración de las raíces y las deja expandirse con facilidad, conservando al mismo tiempo la humedad y la formación compacta del terreno. Esta rica tierra que también se llama localmente, "**pan de sembrar**" forma la zona próxima al cauce del río con un ancho variable de pocas a muchas millas. Es el producto de aluvión del río mismo. El **banco** es algo más alto que la sabana que se extiende detrás, y tiende a extenderse hacia ella merced al aporte de nuevos depósitos, sea del lado de la sabana, sea del lado del río, durante las inundaciones. No es difícil de comprender la formación de un banco. El río se abre un nuevo cauce apenas ocurre una vía en el **banco**, corre a la **sabana** y con la menor cre-

ciente inunda todo el terreno circundante; el material que el agua lleva en suspensión se deposita a la orilla y las partículas más finas forman una capa delgada en las inmediaciones del nuevo borde del río. Con cada creciente aumenta el grosor de la capa y en unos cuantos años se forma el **banco** de mayor magnitud. Naturalmente tales bancos requieren para su formación parajes apropiados en que los ríos transportan el material necesario y donde la topografía se presta adecuadamente para ello. Como los bancos se han formado extensamente a lo largo de los viejos esteros, así como también a la vera de los ríos actuales, su número y magnitud alcanzan cifras considerables. Muchas veces permiten identificar el curso de las vías fluviales antiguas y ya desaparecidas. La región de los bancos, con sus plantaciones de cacao, merecerá nuestra atención más detallada al tratar del sistema fluvial del río Guayas.

El Estero Salado, mencionado anteriormente, es la continuación directa del golfo de Guayaquil y lleva el agua pura del mar hasta el respaldo mismo del puerto. El ancho de este estero es de tres millas, entre Punta Escalante y Boca Sabana, pero se estrecha rápidamente hacia arriba. Su canal primario es profundo y seguro y permite la entrada de grandes embarcaciones hasta cerca de los Baños de Salado, frente a Guayaquil. El Canal del Morro, entre la Isla de Puná y la tierra firme, mide solamente 1 1/2 milla de ancho, de Punta Trinchera a Punta Arena. Al norte de la isla el canal se torna peligroso por la profusión de islotes y bancos razón para que los buques eviten el paso en esa dirección. Debemos observar aquí que la isla, en un período geológico anterior, estuvo unida al continente.

Desde la Punta Arena, la costa del golfo se dirige, uniforme e ininterrumpidamente, hacia el Noroeste, hasta la Puntilla de Santa Elena. Esta constituye el extremo Occidental más saliente del Ecuador, y a decir verdad, de toda Sudamérica, con la excepción de la costa de Piura, en el Perú, al sur de Tumbes, la cual se adelanta unas cuantas millas más sobre el Pacífico. En este lado de la costa ecuatoriana no es posible hallar fondeaderos seguros, pues se halla azotado permanentemente por las olas y vientos del Sur, y se hace peligroso por los muchos arrecifes y bajos. Antiguamente se llamaba toda esta sección la "costa mala". La

Puntilla es una lengua de tierra baja, arenosa, más o menos de 2.000 metros de ancho, que se extiende desde la planicie de Salinas, casi al nivel del mar, y luego se levanta bruscamente, en la punta misma de la lengua, un cerro escarpado a la altura de 423 pies sobre el nivel del agua. Geológicamente, esta plataforma natural se compone de capas horizontales de arenisca arcillosa y sirve de asiento a un faro cuyos rayos dominan un amplio horizonte. La proyección forma el costado Sur de la bahía de Santa Elena con el pequeño puerto de Ballenita. De éste al **pueblo de Santa Elena** hay una distancia media de una milla. El puerto, abierto a las brisas septentrionales, presta sin embargo ciertas facilidades para el comercio, siendo necesario, eso sí, que los buques de gran calado fondeen muy afuera. Santa Elena constituye la toma de tierra para el cable de la costa occidental. Según se indica en el capítulo sobre los recursos minerales del país, aquí se ha comenzado ya a explotar los ricos recursos petroleros de la **región**.

La costa continúa hacia el norte hasta el cabo de San Lorenzo, y hasta allí descienden varios riachuelos, desde la cordillera de Chongón, que corre al noroeste, a partir de Guayaquil, con rumbo a la costa. Esta cadena está compuesta de rocas cretáceas y de pórfido, similares a las de los Andes. Estos cerros marcan el límite de la gran sabana de Santa Elena y el Morro, la cual, por otra parte, tiene sólo pequeñas elevaciones. Entre el Morro y Chanduy se alza una cadenita de colinas de poca altura, y una extensión de 18 milas. Su mayor elevación alcanza 825 pies, si bien los Altos de Chanduy, al Este del pueblo de ese nombre, se elevan casi a 1.000 pies de altura. La cúspide de su punto más alto permite una magnífica vista de casi toda la península. La península, de formación diluvial o cuaternaria tiene apenas vegetación y carece de ríos, excepto en su parte Norte. El principal de ellos es el Jabita, que se seca parcialmente en el Verano. A este le sigue una serie de ríos, comunmente cortos y torrenciales. La aproximación a la costa de la cordillera de Chongón suscita un cambio sumamente marcado en el clima y la vida vegetal de esta pequeña zona — mayor humedad y vegetación más vigorosa—. Una vez que se alejan de nuevo los cerros, la costa recupera su carácter seco y desaparece la humedad. Cerca de la desembocadu-

ra de los ríos que hemos mencionado encontramos pequeños pueblos, con unas pocas casas, la vida de cuyos ocupantes gira alrededor de las posibilidades económicas de las vías fluviales. Mencionaremos, como principal, el pueblo de Manglar Alto. Esta península, compuesta de llanuras pétreas y onduladas recuerda a los desiertos de la costa peruana. Sus principales plantas son el cactus y el algarrobo. La Punta de Salango, en el centro de la bahía de Santa Elena, tiene en sus inmediaciones algunas islitas. Una de ellas, la isla Salango, mide dos millas de circunferencia y se levanta a una altura de 524 pies. Es bien arbolada y la frecuentan los balleneros en busca de agua y provisiones. A poca distancia se halla la ensenada de Machalilla, la que constituye un fondeadero de primera clase para los buques veleros que reciben la tagua (marfil vegetal) de una parte de la provincia de Manabí. Casi enfrente de dicha ensenada se levanta la isla de la Plata. Su área mide algunas millas cuadradas, y en sus alrededores se encuentra la perla y la concha-perla. La isla se levanta a 790 pies, y el fondeadero se encuentra en el lado Este. Esta isla tiene un curioso interés histórico, pues se dice que allí desembarcó el pirata Drake, en 1579, para proceder a la repartición del botín obtenido en el saqueo del buque-tesoro español **Cacafuego**. Volviendo otra vez al continente, a través de la Cordillera Baja, encontramos la cuenca del río Guayas y todos sus tributarios. En Jipijapa, famoso por sus sombreros "Panamá", se levanta el cerro Bravo, parte de un grupo de ellos, el más alto de los cuales, el Montecristi, alcanza una altura de 1.500 pies. Al pie del cerro se halla el pueblo del mismo nombre. En otro Capítulo (1) describiremos las plataformas prehistóricas y grandes asientos de piedra labrada que se encuentran en el cerro de Montecristi. Estas reliquias del pasado se cuentan entre las maravillas del Ecuador.

Allende el Cabo de San Lorenzo y la Punta San Mateo la costa enrumba hacia el Este dando lugar a la formación de la bahía de Manta, análoga, en muchos respectos, a la

(1) En el Capítulo sobre las Antigüedades. Villavicencio las mencionó por primera vez, pero su descripción completa fué hecha por la expedición Savile, (1907).

de Santa Elena. La bahía se cierra con la punta de Jaramijó. Varios ríos cortan sus riberas, siendo los principales el Portoviejo y el Chone. Este último desemboca en la pequeña bahía de Caráquez. En el extremo sur de la bahía de Manta se halla el pequeño puerto del mismo nombre. El ancho valle del río Portoviejo, que descende hasta la bahía de Manta, separa dos grupos de cerros. Este valle, o como se le llama también, ensenada de Charapotó, comienza en un macizo de cerros húmedos a gran distancia de la costa. Portoviejo, la capital de la provincia de Manabí, está situada a unas 15 millas de la desembocadura del río, contándose, además, otros pueblos en la inmediaciones. Portoviejo es una antigua ciudad de unos 6.000 habitantes. Posee una catedral, un colegio, afamado en la república, la casa del gobernador y el palacio arzobispal. El río no es navegable, tanto por la escasez de agua cuanto por su curso torrentoso. A este respecto es muy análogo a los numerosos ríos que atraviesan la costa peruana. Manta es el principal puerto de Manabí. La industria pesquera de la perla, iniciada aquí, hubo de interrumpirse por las depredaciones de los bucaneros y la presencia de los feroces tiburones **mantas** que infestan la costa. El puerto cuenta con una casa aduanera y un faro. Una vía férrea sirve de conexión con el interior hasta la ciudad de Santa Ana y la de Portoviejo, descritas en otro lugar.

La bahía de Caráquez penetra en forma de un amplio río unas 8 millas tierra adentro. El pueblo se halla al principio de la bahía. La entrada a la bahía mide una milla de ancho, pero más adentro se ensancha. A no ser por un arrecife que se extiende transversalmente delante de su boca, interceptando el paso de los buques de gran calado, la bahía de Caráquez sería el mejor de los puertos de la costa ecuatoriana; sobre sus aguas podría flotar cualquier barco, por grande que fuere. A causa de este obstáculo los buques se ven obligados a fondear fuera del arrecife. Se considera factible, sin que sea prohibitivo su costo, la apertura de un canal a través de ese bajío. Si alguna vez llega a realizarse la construcción del ferrocarril entre Quito y Bahía de Caráquez, proyectado desde tiempos atrás, indudablemente habrá de hacerse la obra mencionada. El pueblo de Caráquez, reclinado en colinas recubiertas de verdura, presenta

un aspecto sumamente pintoresco y su importancia no es poca como centro de salida para la región fértil y fructífera que se extiende a sus espaldas. El río Chone, que desemboca en la bahía, tiene sus vertientes allende los cerros y recibe varios afluentes, entre ellos el Garrapata y el San Lorenzo. En la orilla se asienta el pueblo de Chone. Una vía férrea pone en contacto Caráquez y Chone, centro de una rica zona cacaotera.

A unas cuantas millas al norte de Bahía de Caráquez el río Briseño se precipita al mar. Este río nace en los alrededores de Chone y si bien su caudal es pequeño ordinariamente, en la estación lluviosa crece en forma considerable y es muy difícil vadearlo. Cosa igual ocurre con otros ríos en la zona húmeda.

Al norte de Bahía de Caráquez, y especialmente más allá de Cabo Pasado, a una distancia de 12 millas, el aspecto del litoral cambia completamente. Debido a la mayor humedad, el bosque de los cerros se torna espeso y numerosos ríos descienden al Océano. La causa de este fenómeno no es meramente local, como lo es cerca de Manglar Alto, por la presencia de la cordillera de Colonche. Tampoco se debe necesariamente a la acción de las **montañas**, pues las llanuras hállanse también cubiertas de bosques. Suele observarse este fenómeno desde el Cabo Pasado hasta el río Mira y por toda la costa occidental de Colombia. La causa es más compleja: radica en un cambio notable de la temperatura del Océano, ocasionado por la ausencia de la corriente peruana o de Humboldt, como se verá más ampliamente en otro Capítulo. El Cabo Pasado se halla a $0^{\circ}22'$ de Lat. Sur. Es el primer Cabo que se encuentra pasada la línea equinoccial, y a tal circunstancia debe su nombre, atenta la descripción de las exploraciones de Pizarro y Ruiz.

En la pequeña ensenada que forma el Cabo Pasado se esconde el pueblo de Canoa, y en el mismo punto desembocan dos ríos, el Canoa y el Tabuchila. A poco trecho entra al mar el pequeño río Puntilla. Este y los ríos Briseño, Pucá, Colimes y Magro tienen la particularidad de llevar, en tiempo de verano, agua salobre y no potable. 18 millas al norte del Cabo Pasado encontramos la boca del río Jama, tan extenso como el Chone, con varios tributarios. Un sistema fluvial análogo es el del río Cuaque cuya boca se en-

cuentra cerca del río Pedernales. Este pequeño río del litoral tiene la distinción de correr sobre la línea equinoccial, y su boca hállase situada casi sobre la Línea. Los nombres de otros pequeños ríos y cabos entre Pasado y Pedernales, tales como Punta Ballena y río Camarón indican, suficientemente, su origen.

Cerca de Pedernales las montañas comienzan a alejarse de la costa, formando un gran semicírculo alrededor de los esteros de Cojimíes y de Portete, con unas cuantas islas pequeñas. Aquí, como se recordará, se encuentra una extensa planicie plana de manglares, como en el golfo de Guayaquil y la isla de Puná. La boca del estero de Cojimíes tiene tres millas de ancho y se halla dividida en dos ramales por la isla del mismo nombre. Unas seis millas tierra adentro se ensancha formando un lago de pintoresca apariencia, con tres islitas centrales. Este entrante marítimo que de otra manera constituiría un magnífico puerto para los buques de gran tamaño hállase obstruido por inmensos bajos y bancos, denominados **bajos de Cojimíes**. El extremo sur del lago ofrece una vía de comunicación ventajosa para el tráfico por canoa entre los ríos Cojimíes y Pedernales, paralelos a la costa. En este brazo desembocan varios ríos pequeños. Muy próximo a este estero sigue el de Portete, con la isla Zapotal y otras más pequeñas. En esta abra vierten sus aguas unos cuantos ríos que tienen su origen en las alturas de Monpiche. Encontramos a continuación la hoya de Muisne, correspondiente al río del mismo nombre. Su curso es tortuoso y comienza a recibir sus afluentes a tres millas del pueblo de la misma denominación. A su vera pueden contemplarse manglares inmensos. El río se presta, hasta cierto trecho, a la navegación en canoa, lo mismo que algunos de sus tributarios. Al norte de esta región, los cabos San Francisco y Galera marcan un nuevo rumbo a la costa, en dirección Este, aunque ligeramente proclive al Norte. El pueblo de Atacames, situado aquí, fué el villorio indígena visitado por Pizarro en uno de los viajes de la conquista. Unas cuantas millas más allá de los pueblos mencionados más arriba encontramos la boca del importante río Esmeraldas, con la ciudad de ese nombre. Este río no sirve para la navegación por vapor, más que por escasez de caudal a causa de su impetuosa corriente, pues no

deja de correr en ninguna estación; pequeñas canoas circulan por él, aguas arriba. El puerto de Esmeraldas es análogo al de Bahía de Caráquez, por tener, en común con éste, un gran arrecife que cierra la boca del río, e impide, igualmente, la entrada de los buques mayores, los que se ven obligados a echar ancla muy afuera.

El río Esmeraldas es el más bello y el más grande del Ecuador, entre todos los que desaguan en el Pacífico (excepto el Guayas). Nace con los nombres de S. Pedro y Guallabamba unas pocas millas al norte de Quito, y después de recoger todas las aguas del callejón interandino rompe la cordillera occidental de los Andes y desciende a la costa, atravesando, sucesivamente, todas las zonas y climas de la república. Contemplando las tierras bajas del litoral, el viajero sobre este río podría creerse transportado al Amazonas, tal es la humedad, la densa vegetación tropical y la ausencia de seres humanos. De la provincia de Esmeraldas se ha dicho que "es una verdadera joya de la República del Ecuador" pero no labrada, pues a pesar de su belleza y la atracción que tiene para el naturalista y el amante del paisaje, para no mencionar sus posibilidades agrícolas, no cuenta sino con "unos pocos pueblecitos miserables en la costa del mar". "¿Por qué en la inmensa área de más de 400 leguas cuadradas, predestinada, por decirlo así, para la agricultura, resuena el bramido del tigre en lugar del mugido del ganado? ¿Por qué el indio salvaje anda vagando todavía con flecha y bodoquera mientras que casi a su vista los vapores surcan las olas del mar? ¿Por qué ni la codicia siquiera podía atraer a los blancos para poblar las riberas auríferas de los ríos?" (1). Sin embargo ciertas partes de la provincia hallanse bastante pobladas, como suele observarse sobre el río Tiaone, uno de los tributarios del Esmeraldas, cerca del mar, donde existen numerosas **haciendas**. Haremos una descripción completa del río Esmeraldas en páginas posteriores. La distancia entre las ciudades de Quito y Esmeraldas es cuarenta y seis leguas, veinte y dos de las cuales pueden recorrerse en bote, navegando aguas arriba.

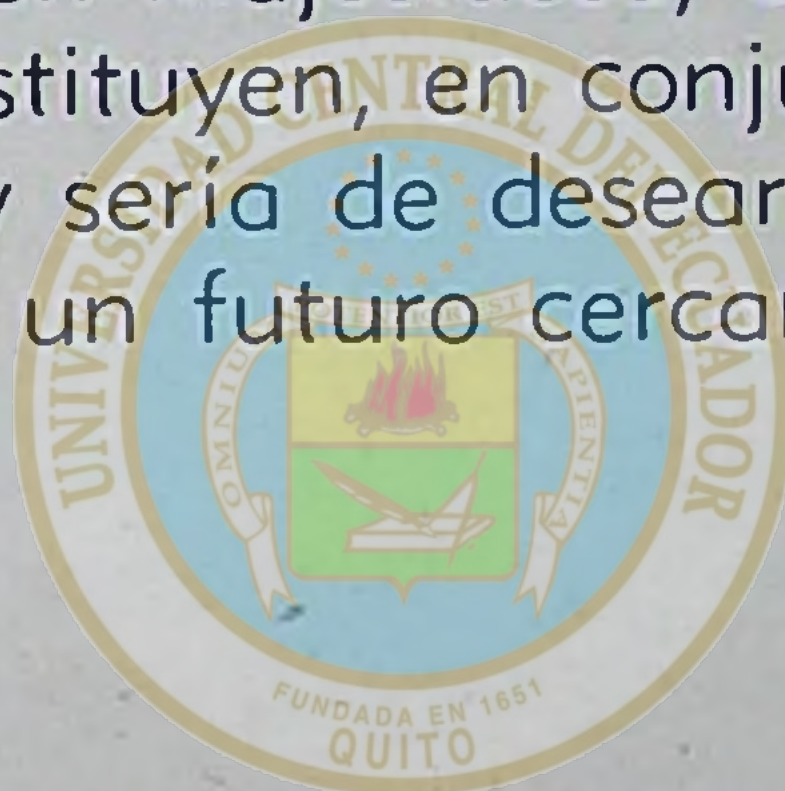
(1) Wolf: *op. cit.*

Pasando el río Verde, la línea litoral vuelve al E. (hasta cerca de la frontera con Colombia), y presenta la boca de varios ríos y una red vasta de esteros e islas: aspecto quebrado, irregular, que nos recuerda ciertas secciones del golfo de Guayaquil. El sistema fluvial del Santiago, que vierte sus aguas aquí, se compone de cuatro ríos grandes y torrenciales, con numerosos tributarios. De éstos los principales son el Bogotá, el Cachabí, el Santiago y el Cayapas. Tienen su origen a gran altura en la cordillera occidental. La navegación por estas vías fluviales sólo es posible por canoa y lanchas a vapor, hasta cierta distancia, pues los rápidos más distantes dificultan un mayor avance. La mayoría de estos ríos son auríferos, y suele encontrarse el oro en los depósitos aluviales a sus orillas. Sus cabeceras se pierden generalmente en territorios casi inaccesibles, y en muchos casos, muy poco conocidos. Los esteros y canales que se ramifican entre las islas, en la boca del Santiago, comunican con tres o cuatro ensanches marinos; los dos más grandes se llaman la Poza y el Pailón, y serían fondeaderos seguros y cómodos si no estuviese obstruida su entrada. Las principales islas son la de la Tola, frente al pueblo del mismo nombre, y las de Santa Rosa y San Pedro. La Tola, fundada en 1741 por el gobernador español Maldonado, fué, otrora, una población floreciente. Los contornos son ricos en valiosas reliquias prehistóricas, como indicamos anteriormente.

Desde la boca del río Santiago se extienden grandes llanuras marítimas hasta el río Mira; en esta región baja rodeada de manglares, los esteros forman un verdadero laberinto. Al sur de la Tola hay una extensa marisma, habitada por pájaros acuáticos, que se dilata hasta el mar: La región entre la boca del Santiago y la Punta Manglares, ésta última en la línea fronteriza con Colombia, se conoce con el nombre de Bahía de Ancón de Sardinas. Se encuentra llena de bajos y bancos de arena, como Cojimíes y Payana, al sur, lo que dificulta el acceso de los buques. Como su nombre lo indica, la bahía es asiento de pesca. Todas estas islas y bajos tienen carácter marino más que fluvial y se originan por el material transportado por las rápidas corrientes que cruzan el litoral desde los cerros lejanos. La costa todavía no está bien marcada y estable. En algunos

lugares avanza el mar, en otros la tierra firme, y en la ganancia de la tierra los manglares son factor de importancia primordial. El río Mira, que forma en su curso inferior la frontera Colombo-ecuatoriana, nace, como el Esmeraldas, en el gran valle interandino e irrumpe a través de la cordillera occidental hasta llegar al Pacífico. Los deltas del Mira, tributarios del puerto colombiano de Tumaco, son navegables. Descripción más completa se encontrará más adelante.

Dotado de grandes ríos, el litoral del Ecuador es una región sumamente favorecida por la naturaleza. Las llanuras fértiles y bien irrigadas, las tierras ondulantes, cubiertas de rico suelo de aluvión, las secciones secas y saludables que alternan con los húmedos bosques de la montaña (1), la vegetación majestuosa, bañada por numerosos ríos navegables, constituyen, en conjunto, una posesión sobremedida valiosa, y sería de desear que tome ímpetu su aprovechamiento en un futuro cercano.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

(1) Hay que anotar que la palabra **montaña** no significa siempre en Sudamérica lo que indica, estrictamente, su nombre, sino en ocasiones, "monte", "floresta" o "tierra forestal" accidentada.